

“El ocaso de los dioses blancos”

“En aquel tiempo aún reinaba nuestro rey Ingvar. Su nombre significa simplemente: “Dios que protege a los demás” o también los antiguos lo comprendían como “Hombre de metal”, tal vez no solo porque era un guerrero, si no también, porque resplandecía por sobre toda su gente y sabía en su serenidad que gozaba del favor de Odín y Thor. El rey Ingvar fue el último soberano que rigió las ciudades de piedra al otro lado del océano, mucho más al sur del territorio de Markland, incluso mucho más al sur de la tierra de los Mexicas. El rey Ingvar llevaba una larga cabellera trenzada, así como también trenzaba su barba que remataba con un pendiente forjado con “Lágrimas del sol”, como le decían al oro los indígenas del lugar. Con hombres de nuestra raza y centenas de hombres oscuros se preparó para resistir el ataque de las tribus salvajes del sur, y aunque disponía de temibles armas y de grandes riquezas, no quiso regresar al norte y se encomendó en la tarea sagrada de concluir su destino, fiel a los designios de nuestros dioses. Yo lo acompañé en esos últimos días de agonía, en los cuales el reino de Tiawanaku se expandía desde las altas montañas frías, hasta la selva cálida de oriente llegando al gran mar de los Atlantes”.

Thorvald “Blikif” o “El del brillo” de Uppsala¹.

****Fragmento inicial del Uppsala codex***

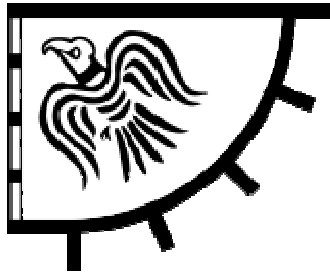
¹**Uppsala Codex:** El código de Uppsala es un manuscrito que recopila relatos de hazañas de héroes y dioses, datados por carbono 14 alrededor del año 1.330 de nuestra era. Este Codex escrito en los ancestrales signos rúnicos, fue hallado en 1.857 dentro de un cofre de bronce, en el interior de una urna funeraria de la vieja catedral de Uppsala. Su origen nos es desconocido hasta ahora, como también las extrañas circunstancias por las cuales fue oculto nuevamente hasta mediados del siglo XX, cuando su contenido fue revelado a un grupo selecto de estudiosos de la edad media, quienes poco a poco han filtrado su contenido, que altera radicalmente la historia oficial sobre el contacto que durante siglos tuvieron los reinos del norte de Europa y el nuevo continente, mucho antes de la llegada del almirante Cristóbal Colón a las islas del Caribe.

La región de Uppsala donde fue encontrado el antiguo texto, se ubica en la parte meridional de la actual Suecia de la cual toma su nombre. Este territorio tiene una particular importancia para el mundo nórdico, pues fue en su etapa arcaica habitado por los *Svear*, pueblo que en la medida en que los dominios de sus reyes se expandían, comenzó a formar el reino de Suecia, que tuvo durante la edad media a Gamla Uppsala como centro principal en lo religioso y político, siendo el último bastión del culto a los antiguos dioses del Walhalla hasta bien entrado el siglo XVII, a pesar de la masiva penetración del cristianismo por Escandinavia.



Mapa de los navegantes nórdicos llamado **“Mapa de Vinland”**, que no es otra cosa que un mapamundi datado en el siglo XV, pero copiado de un original del siglo XIII. Su importancia radica en que además de mostrar África, Asia y Europa, el mapa representa una masa de tierra al oeste en el Atlántico, llamada Vinland (América), explorada y colonizada por Europeos del norte antes de que los reinos de España y Portugal supieran de la existencia de una tierra que llamaron Indias occidentales.

“EL DCASD DE LDS DIDSES BLANCDS”



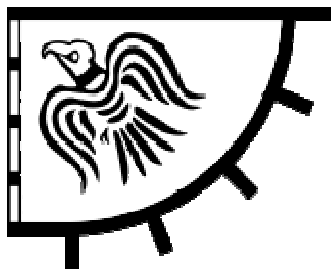
IVÁN IGDR

Este libro fue posible de forjar, sólo a través de las expediciones y registros del profesor Jacques de Mahieu, quien por medio de sus numerosas publicaciones enardeció mi imaginación, guiándome por el laberinto de los siglos a un imperio que ahora duerme también en mí.

IVÁN IGOR

Editorial “La luz en llamas”

Edda de Thorvald “Blikif” de Uppsala.



Prima saga

“La travesía por el mar de los Atlantes”.

“El viaje para llegar hasta Taipikala, capital del imperio de Tiawanaku, en las lejanas colonias al sur del nuevo mundo; comenzó una primavera en Bergen puerto muy principal del reino de Nordveg², cuando no era más que un mozo de pecho fuerte. Esa es ya una época de nostalgia, pues ahora soy un anciano de vista borrosa al que las fuerzas abandonan, y cuyos huesos descoyuntados sufren el frío que anuncia la anhelada muerte. Sin embargo mi espíritu se inflama al evocar el ayer, clamando por sostener la espada nuevamente, clamando por sostener el peso de la armadura sobre los hombros y montar de nuevo a mi fiel *Fehu* para lanzarme a la batalla. Pero eso no sucederá, pues el final de mis días escrito por los dioses antes de nacer, señalaron que debería resignarme a la humillación de la vejez, negándome la gloria del final derramando mi sangre con la de mis enemigos.

-Al contrario de mis deseos, el trazo del destino me deparaba la lucha contra un oponente mucho más poderoso que los que enfrenté en mi vida, que no es otro que el olvido. Por eso dicto a Vaemond mi amanuense esta Edda, por mandato de Odín, que me insufla su aliento divino para que concluya esta tarea sagrada y así finalmente merecer un sitio en el gran salón del Asgard”.

“Recuerdo que pesar de que éramos extranjeros oriundos de Uppsala, de la región meridional de Svealand, fuimos aceptados de inmediato junto a mi amigo Ulf como guerreros libres en una flota de naves que provenía desde la marca de los Daneses, y que cruzaría el gran océano Atlante hasta las tierras nuevas de Sydland³, de la cual habíamos escuchado fabulosas historias en el cantar de los escaldos desde que éramos niños. Hacía mucho que ansiábamos realizar un

² **Nordveg:** Camino al norte, nombre original de la actual Noruega; de nord que significa norte y veg que es camino.

³ **Sydland:** “Territorios del sur” en lengua nórdica antigua. Se refiere a las regiones al sur de Markland (Canadá actual).

gran viaje en busca de honor y fama, como también de ricas tierras que las leyes nos negaban por ser hijos varones de segunda o tercera línea de sucesión de las heredades de nuestros padres. Por ello es que debíamos abandonar el hogar apenas nos hiciéramos hombres, para no ser razón de discordias que provocaran la división del clan familiar.

Una vez emprendida la travesía, la flota fijó curso hacia el poniente aprovechando las corrientes de los caminos del mar durante cinco jornadas hasta arribar a Reikiavik⁴, “La bahía humeante” de Island. Luego de unos días de comerciar y aprovisionarnos, levamos anclas nuevamente con curso al poniente para dirigirnos al puerto de Brattahlid en Groenland, resistiendo el soplo frío de los gigantes de hielo que se perdían errantes entre las líneas del horizonte. Las colonias de “La tierra verde” eran importantes, y alcanzaba a tener entre tres y cinco veces mil, en número de gentes de nuestra raza que habitaban en ella y algunos cientos de Inuits, que era como llamaban a los naturales con los cuales se convivía en paz.

En una semana toda la mercancía dirigida a esta colonia estaba vendida, el agua fresca cargada, los cascos de las naves embreados y las velas cosidas en donde el tejido estaba deshecho. Algunos de los que navegaron hasta allí con nosotros hallaban en Groenland su destino, dejando plaza para los nuevos pasajeros que no se hicieron esperar, hasta que ya no hubo sitio para más gentes deseosas de viajar a las legendarias regiones del Syddland, donde decían que los ríos eran de plata líquida rebosantes de peces dorados que tenían preciosas gemas en vez de ojos. Zarpamos de los muelles de Brattahild una mañana gris de nubes amenazantes. La orden del capitán de la nave madre de levar anclas, se repitió a viva voz en todos los demás barcos de la expedición, siendo obedecida por los hombres de mar, quienes con presurosos movimientos destrabaron los cabos de amarre e izaron las velas. Al Salir de la bahía a mar abierto, se fijó curso al suroeste en dirección a las costas de Vinland, tocando tierra firme en Leifbundir en “La bahía de las medusas”, después de varias semanas de navegación. La travesía hasta “La tierra del vino” fue larga, pues la flota de doce naves en la cual nos embarcamos con Ulf, era como he dicho antes, de comercio y recalaba en cada punto en los cuales se podía transar algo con los naturales de la región a los que se les llamaba *Skraelings*. Estos salvajes eran en su mayoría hostiles, pero algunas tribus nos esperaban ansiosos para obtener los “Secretos de los dioses”; que no eran más que herramientas de agricultura, ropas tejidas, armas forjadas y todos aquellos objetos que desconocían, y por los cuales nos pagaban en oro y plata con magnífica generosidad, ya que esos nobles metales nada significaban para ellos. Según los leguas que nos traducían sus palabras, los indígenas pensaban que estábamos locos o poseídos por el espíritu de los demonios, pues ignoraban lo que era la codicia. Y que incluso se avergonzaban de

⁴ **Reikiavik:** En Reikiavik se fundó el primer asentamiento noruego, liderados por Ingólfur Arnarson para el año 870. Esto está registrado en el Landnámabók (el Libro del Asentamiento). Debido a los vapores de las fuentes termales, la ciudad recibió el nombre Reikiavik, que en Islandés significa ‘Bahía humeante’.

engañarnos en el trueque de aquello que no les valía nada, a cambio de los valiosos tesoros que les entregábamos.

La expedición siguió rumbo al sur cruzando un enorme golfo hasta la tierra del reino de los Mexicas, donde nos servimos con Ulf de cada oportunidad para desembarcar de los Drakkars, para trocar algunas bagatelas por joyas de oro y cuchillos de piedra negra engarzados de gemas que admirábamos por su valor y la belleza.

Con el paso de los días, la flota siguió curso bordeando la costa Mexica hasta la península del Yucatán, y cumpliendo con su misión comercial nuestras naves fondeaban en cada bahía donde las cartas marinerías indicaban lugares de encuentro para el intercambio. Los naturales de esta región llamados mayas, eran muy amistosos y de gran hospitalidad, sin que nuestra presencia les provocara aversión ni tampoco extrañeza por nuestras costumbres. Esto se debía a que el contacto entre los mayas y los hombres del norte tenía más de doscientos años de antigüedad, pues los celtas bajo el mandato del gran rey Madoc de Britannia, erigieron sus asentamientos en aquellas comarcas con el beneplácito de los regentes indígenas del Yucatán. Esto ocurrió mucho antes de la llegada de los nordmanns del gran Ullmann⁵, quien desembarcó con su gente en un lugar llamado Panuco, convirtiéndose en un legendario rey al recibir la adoración de los nativos que lo consideraron un dios venido de una estrella del cielo, dándole el nombre de “Quetzalcóatl”, que significa serpiente emplumada en su lengua Nahuatl. Una vez que dejamos los reinos mayas, nos dirigimos al oriente, a mar adentro, para luego de dos jornadas fijar de nuevo el rumbo hacia el sur, donde la luz del sol es tan potente que ciega los ojos, y la piel se torna bermeja causando grandes dolores que soportábamos con resignación ante las burlas de los marinos y guerreros más experimentados en viajes de esta naturaleza. Durante una semana más continuamos navegando con el favor del viento y del buen clima, hasta que finalmente llegamos a una isla apenas separada de la costa frente a un golfo⁶ que abrazaba a una bahía de mansas aguas cristalinas. Allí, al divisar a la distancia el puerto de Nye Hedeby, supimos que concluía nuestro viaje por mar entre gritos de júbilo, loas y abrazos entre marinos, guerreros y colonos.

Fue en este puerto donde conocimos a Oleg *Águila blanca*, un altísimo veterano de cabello oscuro trenzado, que debía tener en aquella época más de treinta años. Erguido en medio del muelle, escoltado por cinco oficiales y un portaestandarte indígena, conminó a todos los guerreros libres a formar apenas tocamos tierra firme. Torpemente, las casi dos centenas de

⁵ **Ullman:** Legendario Jarl (comandante) que arribó a la bahía de Panuco, en el golfo de México en el año 967 de la era cristiana. Es la segunda llegada de marinos nórdicos a esta zona, la "última llegada" de los hombres blancos para los mayas. Ullman desembarca de 7 Drakkars, con aproximadamente 700 Vikingos, hombres y mujeres, originarios de Schleswig y de las posesiones Danesas de Gran Bretaña. Él ganó el Anahuac donde se volvió el quinto rey de los Toltecas, el “Quetzalcoatl” belicoso. Al cabo de veinte años, dejó una colonia a México y descargó su gente sobre las costas de la actual Venezuela, cruzó Sudamérica hasta el Pacífico a través del actual Ecuador llegando desde allí hasta el altiplano alcanzando las riberas del lago Titi-caca, donde fundó Tiawanaku sobre las ruinas de una ciudad muy anterior.

⁶ Se refiere al golfo de Santos en el sur del actual Brasil.

reclutas hicimos hileras, dando una penosa muestra de disciplina militar. Cuando la hueste logró cierto orden Oleg nos saludó presentándose como nuestro Jarl, convocándonos a un consejo en el fuerte de la colina para cuando cayera el sol, ya que debíamos ayudar a descargar las mercancías y poner en los corrales al ganado, los perros de guerra y los caballos que durante el viaje por mar permanecieron en los vientres de los Drakkars. Entre estos últimos estaban nuestros fieles corceles de batalla: *Odal* de Ulf y mi *Fehu*, que habíamos embarcado en Bergen con el consentimiento del patrón de la nave.

El puerto estaba bien fortificado, protegido desde una colina por el fuerte que nos señaló Oleg, que además era el cuartel que habitaríamos desde ese momento. Pero también nueva Hedeby contaba para su resguardo con una alta empalizada que rodeaba completamente el asentamiento, cubriendo la playa hasta bien entrada al mar, siendo los muelles hechos de enormes troncos amarrados entre sí por sogas de alguna fibra vegetal que desconocía, remachados los tablones transversales con clavos de hierro. El atracadero se conectaba directamente al poblado por medio de un portalón levadizo custodiado por dos sendas atalayas coronadas por las banderas del imperio, que flameaban agitando el carmesí de su paño adornado con un gran sol dorado que refulgía en su centro. La actividad de carga y descarga era incesante, ya que el tráfico con la madre patria al otro lado del océano era constante, lo que se reflejaba en los abundantes comercios, talleres y casas que ofrecían todo tipo de mercancías a granel y al menudeo, que eran de mucho beneficio para los mercaderes que comerciaban con diversos grupos de indígenas dispuestos al trueque. Por lo que pude averiguar este puerto era pequeño comparado con otros que habían al norte, y que el más famoso de ellos llamado “Siete ciudades”, estaba establecido sobre siete pequeñas islas dentro del meandro de un gran río al que le decían Marañón.

Al caer la tarde, luego de asearnos concienzudamente y de ataviarnos con esmero, nos dirigimos con Ulf al salón de consejos del fuerte, cuyas puertas abiertas de par en par nos permitieron observar a varias decenas de guerreros conversando animadamente alrededor de dos grandes fogatas, donde se asaban al amor del fuego distintas piezas de caza ensartadas en sendos espetones, que al girar, eran adobados con salsas de un olor agrisado que producían grandes cantidades de humo ahuyentando a los enjambres de mosquitos. Con Ulf, nos mezclamos en la algazara de los hombres de armas que allí se encontraban, pudiendo reconocer la mayoría de las lenguas y dialectos: se oían las lenguas de Nordveg, el idioma de los guerreros de Dannemark y de sus colonias en Britania que eran la mayoría; habían también bálticos, celtas de Eire, sajones, fineses, frisios, islandeses, normandos, y hasta uno que otro rus venido desde las antiguas colonias orientales de Kiev y Nóvgorod. La alegre algarabía nos contagió de inmediato al encontrarnos con que todos escanciaban escudillas llenas de un brebaje maloliente que servían los indígenas de servicio, y que por las risotadas y bromas que se lanzaban unos a otros, esta bebida debía de tener algo de alcohol. Rápidamente obtuve una pequeña jarra que vacié de un solo sorbo, continuando de inmediato con una segunda ración a pesar de las arcadas que me

provocaba esta espantosa bebida. Ya algo mareado me di cuenta de que entre los hombres se abría paso Oleg seguido de sus cinco escoltas, quienes se situaron detrás de él cuando subió a una pequeña tarima dispuesta un poco más allá de las fogatas. En medio de los murmullos que provocó su anhelada presencia, pidió silencio comenzando su discurso en norrés⁷, agradeciéndonos en el nombre del rey Ingvar el haber cruzado el gran mar y haber enfrentado un viaje tan largo hasta esa nueva tierra. Después nos recordó el “Havamal” que nos recitó con un tono algo irónico:

-Lleva siempre los vestidos limpios y decentes.

-Evita la lujuria.

-Si tienes mucho trabajo que hacer, levántate temprano para que el nuevo día no te sorprenda perdiendo el tiempo.

-No des tu amistad a los enemigos de tus amigos.

-No digas mentiras, pero si alguien te engaña, puedes tú también engañarle.

-Si llegas como invitado a una casa y tienes algo interesante que decir, dilo con moderación. Si no tienes nada que decir, escucha con atención al que te ha invitado.

-No seas ambicioso.

-Bebe si te apetece, pero no te emborraches.

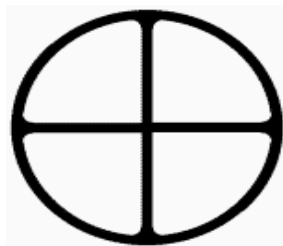
-Si recibes invitados en tu casa, ofréceles agua y toalla para lavarse, y siéntalos luego a tu lado a orilla del fuego.

Para cuando Oleg acabó con el decálogo sobre las buenas costumbres en medio de alegres abucheos y bromas, se refirió a las condiciones generales del imperio Atumuruna⁸, que es el nombre que le daban los nativos a Tiawanaku. Nos narró la historia del reino y sus posesiones, contándonos que la población de gentes nordmanners bordeaba las setenta veces mil almas, pero que estaban desperdigadas por toda la extensión de los enormes territorios dominados por el rey Ingvar. Por esto dependíamos de la alianza con los guaraníes en las tierras bajas, y con los quechuas y aymaraes en la gran meseta, para mantener a raya a otros pueblos hostiles, y sobre todo habló de las constantes luchas contra las tribus salvajes del sur, quienes realizaban de vez en cuando incursiones atacando nuestros puestos y poblados, siendo rechazados en cada ocasión. Pero al parecer las expediciones del enemigo se habían intensificado creciendo mucho

⁷ **Norrés o Nórdico antiguo:** Antiguo idioma del mundo nórdico en la edad media, aceptado como lengua común por varios reinos y pueblos del norte de Europa cuyas gentes se denominaban entre sí como nordmanners.

⁸ **Atumuruna:** Nombre que recibió el imperio blanco de Tiawanaku que deriva de la composición en lengua Nórdica de Hatun que es "gigante" y Runa "pueblo", o sea "Pueblo de Gigantes", quizás debido a la altura de los europeos en relación a la población local. En la tradición Andina siempre se habla que en torno de Tiawanaku existió una gran cultura formada de hombres blancos que dejaron descendencia en el linaje de los incas. Al respecto uno de los cronistas de la Conquista del Perú, Don Pedro Pizarro comenta: “ Las mujeres nobles son gratas de verse; se saben hermosas y en efecto lo son, los cabellos de hombres y mujeres son rubios como el trigo y ciertos individuos tienen la piel mas clara que los españoles...” Paulino Cruz, indio de 135 años, cuenta que hombres que vivían en los antiguos tiempos de los Wairunas, nacidos en la tierra de los constructores de "enormes ciudades de piedra", fueron exterminados por los aukakunas, venidos del Este.

el número de salvajes que participaban de estos ataques, y por ello se temía una gran ofensiva dentro de los próximos meses. Allí Oleg se detuvo contestando algunas preguntas relacionadas con aspectos militares, y luego de satisfacer las dudas, se lanzó a contar las vicisitudes del largo trayecto por tierra que nos esperaba hasta la capital del imperio, hasta Taipikala que significa: “Lugar de los dioses”. Luego, por fin describió las minucias sobre nuestros roles y el monto de la paga, que ante su desmesurada generosidad arrancó gritos y loas para el rey Ingvar. Contestó algunas preguntas más y antes de retirarse, indicó que había más de esa extraña bebida que llamaban “Chicha” para que no olvidáramos que partíamos dentro tres semanas al interior. Satisfechos por la enorme cantidad de riquezas que podíamos ganar al servicio de este rey legendario en todo el mundo del norte, con Ulf nos entregamos a la embriaguez conociendo de esa manera a Ragnar y Thorfinn, soldados Danemann como nosotros recién arribados, entablando una amable camaradería al intercambiar bromas, historias y leyendas hasta que caíamos de borrachos. Pero no vamos a decir que era la primera vez...ni tampoco la última.



Las jornadas siguientes al consejo de bienvenida las dedicamos a los preparativos del viaje y a ejercitarnos con las armas después de tanto tiempo sin usarlas, bajo la atenta supervisión de los

oficiales que secundaban a Oleg, quienes habían sido presentados al dividirnos en escuadrones de veinte hombres cada uno. Utilizábamos las mañanas para el entrenamiento, pues ya antes de mediodía la luz y el calor del ojo de Odín eran tan fuertes, que nos obligaban a refugiarnos en nuestras barracas, de donde no salíamos hasta que las postreras luces de la tarde anunciaban el ocaso. La hora del crepúsculo la esperábamos con ansias para bañarnos en un riachuelo cercano, gozando del agua cálida en medio del verdor de la foresta y la entonación del futuro que se adivinaba pródigo de promesas. Ya estaba en la boca de todos el rumor de que al marchar al interior escoltando la columna de colonos y mercaderes atravesaríamos extrañas regiones, donde existen tribus que obsequiaban exquisitos abalorios como muestra de amistad a los nordmanners que cruzaban por sus territorios. Estas historias y otras más eran crecidas una y otra vez en las cantinas y tabernas del puerto que frecuentábamos durante las noches, donde gastábamos como grandes señores el primer pago que nos hicieron por nuestros servicios al segundo día de arribo. Este salario era en realidad un pequeño tesoro de monedas de plata finamente acuñadas con la efigie del rey Ingvar por una cara y un sol por la otra, rodeada por una leyenda que decía “Sirio es luz y vida”. También recibimos la orden de cobrar en los pañoles del imperio mudas de ropa nueva de color blanco, tan liviana y suave que hacían ver a mi vestidura anterior como arpillera para trapear el piso del cuartel. Este uniforme, botas y una piedra de afilar para las armas eran parte de una serie de artículos que se nos hizo entrega durante los días que permanecimos en Nye Hedeby, que eran guardados en un baúl de cuero de regular tamaño dispuesto a los pies del camastro que se nos asignó al interior de las barracas. Todo lo que recibíamos era un regalo del rey Ingvar a sus soldados por lo que nada debíamos de pagar, pero que era registrado con gran celo por los encargados de los almacenes, debiendo poner su seña cada uno de nosotros al lado de su nombre escrito por un amanuense en unos grandes libros.

Solo al final de aquellas tres semanas se entregó una lanza larga arrojadiza y una lanza corta parecida a un venablo, pudiendo como lo dictan nuestras costumbres, el conservar las espadas, dagas y cuchillos de caza que eran parte de nosotros mismos. El adiestramiento continuó esos días sin novedad, convirtiéndonos de una horda de mercenarios en algo parecido a una unidad militar, que reconocía la disciplina y la jerarquía necesarias para defender la caravana que nos llevaría hasta Taipikala, en las tierras altas de Tiawanaku a más de mil leguas de distancia, cruzando llanuras, selvas, grandes ríos y las misteriosas montañas azules, de las que decían eran custodiadas por negros demonios alados, que saciaban su voracidad en la carne de hombre, atacando a los viajeros solitarios o a los rezagados de alguna tropa.

Al cumplirse el plazo señalado para nuestra partida, ya se habían preparado las recuas de cientos de animales que llevarían la carga de la larga caravana, que al bramar del corno enfiló en

dirección al poniente hacia tierra adentro, para entroncar con el *Peabiru*⁹ o “Camino mullido” que nos llevaría a la capital del imperio. Al poco recorrer la ruta nos envolvió una naturaleza densa, verde y caliente que nos empapaba de su humedad cuando la selva nos ocultaba de un sol implacable. El convoy estaba integrado por seis centenas de gentes entre guerreros, colonos con sus familias y mercaderes con sus ayudantes y lacayos. Aunque casi todos tenían para montar caballos o mulas, la mayoría de los hombres y muchas mujeres que acompañaban a sus esposos o padres simplemente caminaban. Al compás del andar de los caballos fui poseído por el hechizo de aquellos paisajes que atrapaban mis ojos ávidos, de tal manera que casi no sentía el calor rotundo que me producía marchar con el coselete de cuero y el casco puesto. Mi agobio desaparecía ante la maravilla de lo nuevo: de la infinidad de aves que se agitaban y emprendían el vuelo ante nuestro paso, de los árboles de formas enloquecidas, de los animales que apenas se asomaban en la espesura, del color de la tierra y de todo, de hasta el sabor del agua y del olor de la vegetación. Recuerdo que Ulf tan extasiado como yo mismo por todo lo que veíamos, me preguntó mientras se quitaba el casco despejando su larga melena rubia- “¿Thorvald, viste a esos animales que usan para llevar la carga?”.

-“¡Siiiiii, son muy extraños! -Le respondí- Son como ovejas grandes y largas. Grimm dice que se llaman guanacos y que si los molestas te escupen. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! Una “Oveja larga” que escupe ¡ja!, ¡ja!, ¡ja! Esta será una de las cosas que recordaré para contar junto al fuego en casa en algún invierno cuando terminemos el servicio”.

-Ulf se quedó riendo mientras oteaba el horizonte. “Yo creo que vamos a tener que vivir muchos inviernos para contar todo lo que vemos -¡Mira quienes vienen ahí!” - Me alertó señalando a un grupo de unos diez *Skraelings* con el cuerpo pintado que se acercaban a nosotros en absoluto silencio. Blandimos las espadas poniéndonos en guardia, pero luego de unos momentos nos dimos cuenta de que la vanguardia a cargo del espigado Oleg no se inquietaba, instando a los perros de guerra a callar sus furiosos ladridos. A lo lejos pudimos ver como el grupo de indígenas se encontraba amistosamente con el escuadrón del Jarl bajo la sombra de un gran árbol, tan alto como el mismo Irminsul que sostiene los nueve mundos creados por los dioses. Desde el sitio donde me encontraba pude observar la manera en que los salvajes parlamentaron, intercambiando voces y gestos para luego despedirse, desapareciendo en la espesura como si fueran sombras.

Seguimos avanzando por el *Peabiru* algunas horas más, hasta llegar a los pies de un pequeño cordón montañoso que cerraba el poniente. Grimm, como jefe de la columna de colonos, ordenó hacer el campamento a las orillas de un pequeño arroyo cerca de una suave colina, donde se

⁹ **Peabiru:** El *Peabiru* (en lengua tupí , “*permanente*” - camino ”, *Abiru*” - césped abollada) son antiguos caminos utilizados en sudamerica desde mucho antes del descubrimiento de Cristobal Colón, y que unen la costa con el interior. El **camino de Peabiru** fue empleado por primera vez despues de la llegada de los conquistadores Españoles por el jesuita Pedro Lozano quien lo describe en su “Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán ”a principios de siglo XVIII .

estableció un puesto de guardia que por suerte no nos tocó defender con mi amigo. En vez de eso con Ulf montamos la tienda donde dormiríamos, sin dejar de luchar con enjambres de insectos que hacían un festín con nuestra sangre. Mientras finalizábamos la tarea de levantar los postes del toldo, el muchacho quechua asignado a nuestro servicio preparó una fogata de madera verde que emanó nubes de humo espantando a los mosquitos. Al retirarse la peste alada, nos pudimos recostar cerca de la lumbre donde nuestro auxiliar asaba carne fresca de una de las extrañas bestias de carga que se distribuyó poco antes. Mientras comíamos hablamos con Ulf de todo lo que habíamos visto durante la jornada, mientras Wari, como dijo llamarse el mozuelo indígena, nos observaba riéndose al intentar repetir las palabras en norrés que nos escuchaba, y a la vez nos enseñaba algunas palabras de su dialecto. En eso estábamos para cuando llegó Oleg a darnos la mala noticia de que nos tocaba la guardia de antes del amanecer en uno de los corrales de los animales de carga. No pude evitar enojarme e insultar a los demonios de Hel, pues siempre nos tocaban las guardias más pesadas.

-Oleg respondió con una gran sonrisa mostrando sus dientes lobunos, diciendo que esas son las guardias de los guerreros más jóvenes e inexpertos, y que como a nosotros ahora, a él también le había sucedido lo mismo hace más de diez años cuando hizo este viaje por primera vez.

-“Mi señor, acá no hay nadie ni nada, ¿por qué deberíamos hacer guardia?”. Reclamé airado, sumándose Ulf a mi protesta.

-El capitán entrecerró los párpados rumiando su respuesta hasta que alzó apenas la voz diciendo: “Eso es lo vosotros creéis jovenzuelos. Dejáis que vuestros sentidos os engañen y dominen vuestras mentes, pero hasta el más lento de mis hombres sabe que estamos rodeados de enemigos, pues que no los podáis ver no significa que no existan -¿Habéis luchado contra los hombre oscuros algunas vez?”

-“¡Sí mi señor!, en Markland¹⁰ dimos muerte a varios *Skraelings* cuando asediaban el asentamiento de Leifbundir”. Respondí ufano levantando mi espada al cielo.

-El Jarl se quedó en silencio por algunos instantes y señaló. “Sí conozco a los *Skraelings*, pero acá es distinto, en el norte los indígenas se anuncian y gritan sus cánticos de guerra antes de atacar. Pero en este territorio los hombres oscuros son silenciosos, solo sabéis que os atacan cuando una flecha os atraviesa el cuello. Así que debéis de estar atentos muchachos y ante cualquier sonido, por más leve que parezca, den la voz de alarma enseguida. Ya en algunas jornadas más contaremos con la ayuda de nuestros aliados guaraníes¹¹”.

-“¿Guaraníes? ¿Esos eran los *Skrealings* que encontramos durante la marcha?”. Inquirió Ulf muy serio.

¹⁰ **Markland:** Es el nombre dado a una parte de la costa de Labrador, Canadá . nombrado por Leif Eriksson cuando desembarcó en América del Norte. Markland, en lengua nórdica significa "bosque" o "frontera", se sabe que estaba en el norte de Vinland y al sur de Helluland. Liderados por Thorfinn Karlsefni, 160 hombres y mujeres se establecieron en Markland para la protección de invierno durante las exploraciones. La historia se narra en la Saga de los Groenlandeses .

Nuestro Jarl nos explicó que los guaraníes eran nuestros aliados y que juntos luchábamos contra los bárbaros que en diversas tribus y clanes se unían contra nosotros, ahora junto con los “Araucanos de Kari”¹², que cada vez avanzaban más al norte desde el remoto territorio de Chilli. “Ellos jamás aceptarían cualquier forma de dominación. Los guaraníes, así como otros pueblos de la gran meseta creen que son parte de la tierra donde nacen, no como nosotros que creemos ser la descendencia de los dioses del Asgard y que volveremos al cielo cuando muramos. Ellos son parte de un todo, que se expresa en la vida que los rodea y cualquier acción que altere el orden de la naturaleza traerá nefastas consecuencias para nuestro pueblo, como por ejemplo: privarles la libertad. Nuestra alianza se basa en el respeto mutuo que recompensamos con el conocimiento y también la protección de las armas. En la medida en que pase el tiempo os daréis cuenta de la forma en que dependemos de ellos y del valor que por eso tienen para nosotros, pues también obedecen al rey Ingvar como a uno de sus dioses”.

Con estas reveladoras palabras nuestro Jarl se despidió, advirtiéndonos nuevamente sobre la necesidad de estar atentos siempre durante la guardia que nos esperaba en la madrugada, perdiéndose luego en la oscuridad para ir a los puestos de centinelas alrededor de las tiendas de los colonos.

Las jornadas de marcha rumbo al poniente siguieron de la misma forma los días siguientes sin novedades más que atravesar un río llamado Paranapanema, para después cruzar el pequeño curso del Pequiri, y seguir al Oeste siempre alertas ante posibles incursiones de los salvajes hostiles. La tensión de la guardia permanente que debíamos mantener en la marcha, era soportada con largas conversaciones con nuestros compañeros de escuadrón, quienes se enorgullecían de sus linajes y de las hazañas de los hombres de sus familias como las de ellos mismos, que relataban agregando gloriosos detalles nuevos cada vez que repetían la historia a otros camaradas. Este intercambio de sagas más el acechar a las pocas mujeres jóvenes que viajaban en la caravana, se convertían en la única distracción que atenuaba la dureza de nuestros deberes, que incluían la consabida guardia antes del amanecer.

Pero un día, a una jornada de haber atravesado la lengua de agua verdosa del río Ivai, el oficial de mi escuadrón me ordenó durante la marcha que entregara un mensaje a Grimm, quien comandaba el destacamento que protegía la retaguardia. Al cabalgar en sentido contrario del avance de la columna me llamó la atención la presencia majestuosa de una mujer de extraña belleza que no podía ser otra que una Völva¹³, por sus blancos ropajes y la diadema de oro que

¹² **“Araucanos de Kari”:** Conjunto de tribus salvajes provenientes de la zona de Coquimbo en Chile que podrían haber sido Diaguitas aliados a los Calchaquíes Argentinos. El antropólogo JaCques de Mahieu los señala como los causantes de la destrucción de Tiawanaku en el año 1290 de la era cristiana.

¹³ **Völva:** Una völv, vala, wala (antiguo alto alemán), seiðkona, o wicca era una sacerdotisa en la mitología escandinava y entre las tribus germanas. Como las mujeres en general en las sociedades tribales germanas pre-cristianas, las Völvas practicaban seiðr (chamanismo), el cual era considerado como *ergi* (que no era para los hombres), a pesar de que había practicantes hombres llamados *seiðmaðr* (o *Wicca* en antiguo inglés). También

fijaba su largo cabello rubio. Iba montada con la mirada perdida en la distancia como si su espíritu estuviera en otra parte, como si se comunicara con algo o alguien más allá del horizonte. La sacerdotisa era seguida por un pequeño séquito de hombres y mujeres que delataban el origen noble de su ama, y que por sus vestidos podrían indicar que incluso era la esposa de un rey o una princesa. Sin salir de mi sorpresa por la presencia de esa enigmática mujer en una caravana corriente, llegué hasta Grimm para entregarle el mensaje que no era otro que el aviso de los guías nativos de la proximidad del primer gran río a cruzar que los guaraníes llamaban Paraná, donde nos encontraríamos con un destacamento de nuestros aliados aborígenes, custodiando las balsas que nos permitirían atravesar el grueso caudal de este curso de agua tan ancho como la longitud de cien carretas juntas.

Al llegar la caravana cerca de la hora nona a la ribera del gran río, los indígenas auxiliares en un número cercano a la centena, ya tenían dispuestas más de cuarenta largas embarcaciones planas en las cuales se distribuyeron por turnos a los miembros de la caravana, así como a las cabalgaduras, bestias de carga y todo el bagaje que llevábamos en perfecto orden y sincronía. Mientras, a los hombres de armas se nos ordenó establecer un perímetro en semicírculo alrededor del vado, siempre acompañados por los guaraníes que se apostaron más al interior de la selva. Desde mi puesto de guardia pude apreciar como una de las embarcaciones era preparada solo para la misteriosa Völva y su séquito. Recuerdo que la observé tan absorto, que sentía como una extraña y poderosa fuerza me conectaba a ella a pesar de la distancia, y podría jurar por todos los dioses que en un instante, en una pequeña fracción de tiempo, al subir a la embarcación levantó su dorada cabeza y me miró de una forma que aún después de tanto tiempo rememoro cada día, vaciando mis ojos en la profundidad del azul oscuro de sus pupilas. En ese instante una suave voz femenina me habló dentro de mí con estas palabras: *“Sé bienvenido Thorvald de Uppsala, guerrero elegido de entre los hombres de armas del antiguo pueblo de los Svear. Tú serás el mensajero que dará testimonio al futuro”*. Aquel mensaje pronunciado en mi dialecto natal terminó por desarmarme, y necesité mucho tiempo para reaccionar. Estaba confuso y aturdido, emocionado...

Ya sobre la nave la princesa se situó en medio de la barca donde permaneció de pie hasta llegar al otro extremo del río sin moverse un ápice, sin que la brisa moviera uno solo de sus cabellos trenzados ni batiera los pliegues de su saya blanca. Extasiado por su imagen, suspendido en el aire, no sé que cara podría haber tenido, pues Ulf me pegó en la espalda con la cubierta de su escudo, derribándome en medio de las risas de los soldados más cercanos que se burlaban de mi distracción.

asociados a las völvas estaban los encantamientos llamados *galdrar*. Se creía que las völvas poseían tales poderes, y que incluso el padre de los dioses, Odín en persona, consultó una para conocer el futuro de las divinidades

- “¡Ulf, ella me habló!, ¡Te juro por mis ancestros que me habló!”. Recuerdo que exclamé con entusiasmo a mi compañero todavía postrado en el suelo, contemplando embelesado la alba figura de la sacerdotisa en la otra ribera, destacando de entre los demás con un fulgor propio.

-“¿Quién dices que te habló Thorvald?” - Me respondió extrañado. “¿Te refieres a la princesa Gudrun? ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! estás loco mi amigo. Ella jamás te dirigiría la palabra, ni menos miraría a un mísero guerrero desheredado como nosotros”.

-Asombrado de que Ulf supiera su nombre y rango solo pude balbucear: “¿La conoces? ¿Cómo sabes su nombre?”.

-“Todos la conocen amigo” - Me contestó mi camarada tirándome del brazo para que me incorporara. Una vez de pie le pedí que me dijera todo lo que sabía de ella.

-“Sé lo que todos saben - que es la hermana menor del rey Ingvar, que ha cruzado el océano desde su feudo en Schleswig-Holstein en la marca Danesa para ayudar en la lucha contra los salvajes. Dicen que es una hechicera de grandes poderes que cuando era solo una niña fue llevada al templo de Frigga al interior de los bosques fríos de Oland, por lo que es mejor no pensar en ella ni en nada antes de llegar a nuestro destino”. Con ese sabio consejo Ulf me instó a seguir vigilando el cruce del río sin que lograra dejar de pensar en los ojos de la Völva que no se desprendían de mi mirada.

-“Para que os voy a mentir Vaemond. Mis hijos ya lo saben, así que podéis escribirlo: Después de ese primer encuentro con la princesa Gudrun, el resto de la tarde fue para mí como un relámpago que rasga los cielos de norte a sur. Apenas si me percaté de nada. Jamás olvidaré esa mirada en la que sentí toda la fuerza del cosmos, inundándome en la forma de un extraño calor desde los pies hasta la cabeza. ¿Sabía quién era y por qué estaba allí? Había más de seis veces cien hombres y mujeres, además de numerosos auxiliares guaraníes, sin embargo estoy seguro de que ella se había fijado en mí, dejando grabado en mi mente su mensaje que retumbaba en mi cabeza sin darme descanso. Nunca, ni siquiera ahora en la vejez, cuando os dicto estos recuerdos Vaemond, estuve seguro de lo que sucedió ese día, pero solo con el poder de un dios ella podría haber actuado así, siendo el tiempo con su largo brazo quien demostró que mi percepción no estaba del todo equivocada¹⁴”.

Ya en la otra orilla del Paraná descansamos varios días, aprovechando de nadar en sus quietas pero profundas aguas, como de pescar numerosos peces y cazar algunas aves en los alrededores siempre acompañados por Wari y algunos guerreros guaraníes que tenían un sentido especial para detectar el peligro y nos alertaban de posibles incursiones de enemigos. Cada noche al calor del fuego comentábamos con otros guerreros nordmanners de las maravillas que teníamos

¹⁴ **Nota del autor:** Según las investigaciones realizadas durante el siglo XX, Vaemond, quien aparece en esta Edda mencionado como amanuense, sería el autor de numerosas notas que correspondían a comentarios de su señor Thorvald de Uppsala sobre algunos sucesos de carácter íntimo o reflexiones en medio del dictado de las sagas. Los científicos optaron por incluirlas en la relación de hechos que se describen por medio del Uppsala Codex, pues si bien no son parte del canto de Thorvald, si demuestran la naturaleza y el temple de quien protagoniza las acciones, que por lo visto al monje Vaemond le parecieron dignas de ser registradas.

la oportunidad presenciar en el nuevo mundo, además de los acaudalados que seríamos al final del servicio en los años futuros. Pero, siempre había un pero; todo ello sería perfecto si pudiéramos contar con hidromiel o cerveza para beber, como de mujeres solteras aparte de las pocas y esquivas hembras que acompañaban a sus familias en el viaje a la gran meseta.

-“Oye Thorvald”. - Me habló Snorri, un guerrero de Dannemark, mientras removía las brasas de la fogata con un palo largo, “¿Acaso vos creéis que con las riquezas que alcanzaremos en Tiawanaku podremos comprar algunas mujeres a los guaraníes?”.

Antes de que contestara, ya Ulf le respondía con cierto enfado: “¡Vuestra mente esta torcida Danemann! Loki “El mago de las mentiras” habita en vuestra cabeza, pues no sabéis que está prohibido mezclarse! Las leyes de raza rigen también en Sydland y ya lo deberíais entender; no podemos tomar mujeres de los guaraníes y de ningún pueblo local, o tendríais que enfrentar el círculo del consejo y la deshonra”.

-Snorri quedó de una sola pieza ante semejante discurso, mirando a los demás muchachos que se acercaban buscando en ellos apoyo con la mirada. El guerrero Danés iba replicar a Ulf, cuando Ekath *El portador de la espada*, que era un poco mayor que los demás señaló: “Yo estuve dos años de servicio en la isla de Eire¹⁵ y en Dublín¹⁶ podíamos comprar y vender celtas sin necesitar el permiso de los Jarls o de nuestros mayores. Pienso que nuestros camaradas de Uppsala son demasiado conservadores, y que la lejanía de su país de las rutas de comercio, han retrasado las costumbres que se usan en todos los reinos del norte”.

-Reflexioné sobre las palabras de mi compañero de armas pidiendo la palabra para responder: “Eso es cierto Ekath”. Proferí entusiasmado por la atención de la veintena de guerreros que escuchaban atentos la discusión. –“Pero por lo que he escuchado, Dublín es un puerto de comercio de esclavos, se dedica a eso. Acá en esta tierra las gentes son distintas y no podemos tomar mujeres y concebir hijos, pues seremos condenados al exilio y a la vergüenza como lo dicta la costumbre. Yo no regresaré así a casa después de este largo viaje, aunque tenga que amarrarme la verga a una pierna hasta nuestro regreso”.

La mayoría de los soldados aprobó con risas y golpes de sus pies en la tierra mi respuesta, mientras Ulf levantaba mi brazo en señal de victoria ante todos los que gritaban obscenidades y aullidos. De improviso tronó la voz grave de Ginil *Gikolan*, o *El rizado*, que era natural de Jutlandia anunciando su palabra, logrando un completo silencio lleno de expectación ante una de sus escasas intervenciones públicas:

-“Bien han dicho Thorvald y Ulf de Uppsala sobre su pensar en la precaución que debemos tener antes de romper con nuestras tradiciones y leyes, que son las mismas en este asunto en todo el mundo del norte. Pero también Snorri habla con franqueza sobre la necesidad que

¹⁵ **Eire:** Irlanda actual (*Éire* en irlandés; *Ireland*, en inglés)

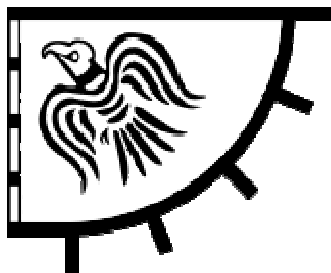
¹⁶ **Dublín:** (en irlandés *Baile Átha Cliath*.) Está ubicada cerca del centro de la costa Este de la isla, en la desembocadura del río Liffey y en el centro del condado de Dublín. Originalmente fue fundada por los vikingos en 841 como base militar y centro de comercio de esclavos, y ha sido capital del país desde la Edad Media.

tenemos de mujeres, y siendo que las pocas de nuestra raza están con sus hombres que son camaradas nuestros. La pregunta que os hago es: ¿Qué hacemos entonces? Estaremos acá tres o cuatro años de servicio, sin contar con los largos meses de viaje de regreso a casa. También entiendo que los guerreros sin mujer que llevan años al lado del rey Ingvar deben de satisfacerse de alguna manera. Situación que nos ha quedado a ojos vista en la gran cantidad de chiquillos mestizos que correteaban en Nye Hedeby, por lo que deduzco que muchos de nuestros camaradas viven amancebados con alguna nativa. Por eso creo que a pesar de que nuestras leyes lo prohíben, podemos yacer con mujeres locales e incluso tomar a alguna como concubina, pero sin hacer alarde de ello”.

-Ginil *Gikolan* continuó: “Hermanos, habiendo despejado esa primera preocupación, debemos solucionar otro problema que cada uno de nosotros ya presagia como una maldición, y es nada menos que algo con que saciar nuestra sed, pues como dice el refrán: “El bien beber alegra la hendidura”. Yo llevo meses sin probar hidromiel o aguardiente, y lo único similar que pude tragar fue ese brebaje de cactus que nos regalaron los Mexicas, y hace poco la “Chicha” y la mala cerveza que bebimos con resignación en Nye Hedeby. Yo os pregunto: ¿No habrá nada en estas tierras que pueda saciar la sed de un hombre?”. Antes de terminar ya todos vitoreaban a Ginil y comentaban las penurias que les provocaba la falta de bebidas fuertes, situación que ya mermaba el ánimo de varios y se traducían en espíritus agriados, miradas taciturnas y un humor que hacía que el dios Loki no se acercara a realizar ninguna de sus crueles bromas. Entonces levantó sus brazos Sunold *El hijo fuerte*, pidiendo la palabra. Los hombres se fueron haciendo callar para escuchar a Sunold, que con el torso desnudo mostraba su experiencia a través de tatuajes y cicatrices, quien con aire de suficiencia dijo: “Yo estuve de servicio un par de años en las colonias que los Varegos tienen en oriente. En la ciudad de Kiev, la capital de nuestros hermanos Rus¹⁷ bebí un excelente licor que se destila de la remolacha o de diferentes granos, ya que allí no hay vides por no darse su cultivo. Pues bien, según el ordenanza guaraní de Adalwolf; los indígenas de esta tierra preparan un licor parecido al aguardiente de los Rus, fermentando unos tubérculos de color marrón que también se pueden comer, y por lo que confirmó el mismo Adalwolf, es una bebida embriagadora mejor que cualquiera que hayamos probado antes. Por eso hermanos, debemos forjar un alambique de bronce y así nuestro segundo problema también estaría solucionado”. Al terminar Sunold de expresar su última palabra, todos gritamos de alegría y satisfacción, golpeando la tierra con los pies, ante la mirada sorprendida de los grupos que acampaban más allá y de los guaraníes que se pusieron de pie alertados por un bullicioso entusiasmo que desconocían, pues ellos eran más bien retraídos y

¹⁷ **Rus:** Nombre que significa “remeros” y que corresponde a los habitantes del territorio de Rus fundado y dirigido por una clase noble vikinga guerrera y sus descendientes. El primer estado de los eslavos orientales, la Rus de Kiev, surgió en el siglo IX y adoptó el cristianismo procedente del Imperio bizantino en 988, comenzando una síntesis de las culturas bizantina y eslava que definiría la cultura rusa durante el siguiente milenio.

silenciosos. Después, poco a poco los hombres se dispusieron a dormir, quedando en vigilia solo los asignados a la primera guardia.



Saga secunda.

“El anillo defensivo del Amambay”

Un par de días más tarde, retomamos la marcha al poniente hasta llegar a un fuerte que se ubicaba en la cima en un cerro llamado Morotí¹⁸. Este era un peñasco que dominaba varias leguas en todas las direcciones, vigilando la confluencia de las dos carreteras que conectaban la capital del imperio con el mar. En el alcázar no vivían más que unos cuarenta soldados nordmanners con sus familias al mando de su Jarl de nombre Ifuil *El testarudo*, que le hacía honor a su nombre, pues yo jamás hubiera accedido a vivir en un lugar como ese, abandonado en su soledad de la mano de nuestros dioses. Pero por lo que supe después, este poblado era una posta indispensable para el tránsito de las caravanas que transportaban mercancías y riquezas entre el gran mar y Tiawanaku, y que los hombres que la custodiaban estaban allí en turnos de dos años a muy buena paga, así que no faltaban los voluntarios que quisieran venir con sus familias a cumplir con el servicio en esta región extraviada, en la cual además se dedicaban a la crianza de ganado y caballos.

Todas las casas de Morotí estaban situadas en una planicie en la cima del cerro y construidas según nuestras reglas y medidas con cimientos de piedra que aquí eran muy abundantes, edificando sillares que soportaban con sus paredes los techos de madera que orientaban sus estructuras hacia el oriente según la dirección del nacimiento del sol. La aldea se rodeaba de una gran muralla de piedra fuerte por el lado más accesible, y con altas empalizadas en el resto del perímetro intercaladas por atalayas de roca labrada que eran custodiadas por nuestra gente. Me di cuenta de que los enormes corrales donde se reguardaban las cientos de cabezas de ganado al pie del cerro, tenían excavados grandes fosos a su alrededor contando también con atalayas de piedra cada cierto trecho comunicadas entre sí con andamios. Al observar todo esto confirmé que los indígenas del lugar debían de ser muy hostiles, significando que no se podía bajar la guardia en ningún momento, tal como nuestros oficiales advertían continuamente desde que arribamos a tierra firme en Nye Hedeby.

Al atardecer Ifuil nos obsequió con un gran banquete de bienvenida, presentándose ataviado con una armadura reluciente y espada al cinto, flanqueado por dos guerreros armados con sendas hachas de guerra. La comida fue servida por indígenas de servicio y algunas mujeres de nuestra raza que los dirigían para atendernos, entre grandes muestras de afecto que supimos disfrutar junto a los colonos con quienes hacíamos el viaje al interior. Las gentes de Morotí expresaban

¹⁸ **Cerro Morotí:** Cerro de los blancos en lengua Guaraní. Según el investigador Franco-argentino y director del museo del hombre de Buenos aires, Jacques de Mahieu; el cerro Morotí era un asentamiento fortificado de hombres blancos nórdicos que custodiaba las rutas nueva y vieja entre la capital del reino de Tiawanku en poder de los vikingos y el atlántico.

con encomiable generosidad en el festín la alegría producida por nuestro arribo, como también por las mercancías de ultramar que traían los comerciantes y buhoneros que eran parte de la caravana, que comenzaron a hacer negocios sin perder el tiempo.

Mientras, la mayoría de nosotros le hacía honor a las bebidas y curiosas comidas con que éramos agasajados: casi todos los platos que nos traían estaban repletos de carne asada de un tipo de vaca que había visto en los corrales que llamaban Cebú, así también de otros animales menores abundantes en la zona, además de frutos dulces y algunos bulbos cocidos en agua que se parecían al pan blanco, que tan pocas veces habíamos probado con Ulf desde que partimos de casa. Nuestros anfitriones nos dejaban comer y beber a gusto conversando de trivialidades y preguntándonos por noticias del otro lado del océano, llevándose no poca decepción al enterarse de que con mi compañero éramos oriundos de Uppsala y no de Dannemark como la mayoría de los colonos. Ante nuestra condición de forasteros, los anfitriones inventaban alguna excusa para cambiar de grupo y poder obtener alguna información de su patria entre otros viajeros o soldados de la caravana. A través de esos esporádicos diálogos nos enteramos que Morotí era un puesto avanzado hacia el poniente que pertenecía a una línea de fuertes que protegían el “Camino de la plata” desde Taipikala hasta los puertos en el mar Atlante, donde barcos normandos transportaban las riquezas de esta tierra al reino de los francos por el puerto de Dieppe, cerca de La Rochelle. Por esto era muy importante el mantener la estructura militar del imperio con su conexión al océano, de la cual se dependía cada día más.

La celebración duró hasta bien avanzada la noche, concluyendo con bailes y cánticos que proclamaban el alivio de nuestra gente en esa parte del imperio por nuestra llegada, como de la esperanza de que vinieran muchos más colonos y soldados desde la madre patria y los territorios del norte, atraídos por la fortuna que podían acumular en el nuevo continente a pesar de las dificultades por la distancia y los *Skraelings* hostiles.

Días más tarde seguimos nuestro camino desviándonos en diagonal hacia el norte para llegar al puesto de Weibingo¹⁹, que se situaba en el encuentro del río Ypané con un gran río llamado Paraguay que significa “Guerreros del mar”²⁰. Al igual que el asentamiento de cerro Morotí, en Weibingo había nordmanners que custodiaban las balsas de transporte fluvial en un número de

¹⁹ **Weibingo:** El nombre "Weibingo" viene del norrés vej (camino) y vink (señalación) o vinkekl (ángulo) de esta manera significa "poste de señalación" o más probablemente "curva de la pista", el punto donde el viajero, siguiendo la ruta desde lo que hoy es Asunción, tenía que doblar a la izquierda para llegar a Potosí (Bolivia).

²⁰ **Paraguay:** Según Jaques de Mahieu, el río Paraguay debe su nombre a los guerreros nórdicos que lo cruzaban en sus embarcaciones y que esta descrito en su libro “Los Vikingos del Paraguay” editorial Hacchete, Argentina, 1976.

veinte hombres de armas con sus familias, que se dedicaban a la agricultura y a la crianza ganado, además de la paga que recibían por sus servicios. Apenas desmontamos, los colonos de la caravana se dirigieron en alegre ánimo a disfrutar del paisaje y aguas del Paraguay, momento aprovechado por el Jarl de la aldea, que convocó a todos los soldados recién llegados a una reunión a la cual nos dirigimos encabezados por Oleg.

En un otero libre de vegetación el Jarl de Weibingo nos aguardaba en el centro de un círculo sagrado. Este oficial de casi nueve pies de estatura llamado Ivar, llevaba el cráneo rapado que compensaba con una larga barba rojiza dividida en dos trenzas que remataban con pesados pendientes de plata, por lo que era llamado *Barba partida*. El enorme jefe local guardó silencio hasta que todos los convocados se hubieran dispuesto en el círculo, atentos a la información que de seguro no nos iba a gustar por su semblante ensombrecido y el gesto agrio de los dos guerreros que lo secundaban. Luego de dar los saludos de rigor y de entregarnos los parabienes por nuestro arribo, nos contó que hace unos días atrás los salvajes tupíes habían atacado nuestros asentamientos militares del complejo del Amambay, solicitándonos con el beneplácito de Oleg acudir en su auxilio, siendo el fuerte del cerro Guazú el primer lugar a liberar del sitio al que lo sometían nuestros enemigos. Según Ivar la lucha había sido tan despiadada como cruel, con un saldo de numerosos muertos por el lado de los enemigos y con algunas bajas de nuestra parte, incluyendo la muerte en combate del Jarl de Guazú de nombre Ull, que había sido un gran amigo para Ivar. Siguiendo con su discurso expresó su preocupación por la osadía de los bárbaros y nos advirtió de los peligros que enfrentaríamos una vez salida la expedición de castigo a su destino. Después de darnos tan preocupantes noticias, Ivar se reunió a solas con Oleg, que como jefe militar de la caravana dispuso más tarde que en conjunto de un destacamento de los hombres de Weibingo iríamos en ayuda de nuestros compatriotas de los asentamientos atacados cuanto antes. Finalmente cerca de un ciento de hombres de armas de nuestra caravana, fuimos elegidos para realizar la expedición que partiría al día siguiente hacia cerro Guazú. Durante las horas que quedaban de luz nos dedicamos a poner a punto los caballos y las armas que serían ocupadas por vez primera en este territorio. La mayoría de nosotros estábamos ansiosos por partir cuanto antes, y solo los hombres de Weibingo se tomaban las cosas con toda la calma y parsimonia que un guerrero puede tener para estas ocasiones.

Al amanecer los auxiliares guaraníes en un número de cinco veces diez, fueron enviados como destacamento de exploradores siguiendo la costumbre, quedando con nosotros solo dos indígenas a modo de guías que tomaron la cabeza de la columna al romper la marcha con los primeros rayos del dios sol. La fuerza expedicionaria fue despedida por las gentes de la aldea y los integrantes de la caravana, quienes quedaron al mando de Grimm esperando nuestro regreso para retomar el camino a Taipikala.

La senda que seguimos era un tramo menor del *Peabiru*, que nos encaminó hacia el noreste por un valle cubierto de vegetación que rodeaba amenazante las orillas de la huella. La ruta la

abordamos con los caballos prestos para el combate y con las armaduras puestas a pesar del calor insufrible que nos mataba lentamente. La vanguardia de la columna estaba compuesta por doce hombres de Weibingo al mando de Ivar, que eran seguidos por nuestro destacamento dirigidos por Oleg, quien cerraba la marcha con un escuadrón. El calor crecía en la medida en que el día se abría paso a través de la espesura, que ya era insoportable sin armadura, pero con ella puesta era como si existiera un pacto de los demonios para asarnos dentro de los coseletes, que ardían sin misericordia aumentando el calor de las cotas de malla.

Al anoecer, cuando ya armábamos las tiendas de campaña y una vez más soportábamos nubes de mosquitos que nos picaban a gusto, aparecieron sigilosamente los guaraníes de la vanguardia, para informar que los enemigos situaban sus tolderíos a poca distancia de donde estábamos. Esto quería decir que los tupíes se encontraban en la proximidad del Guazú²¹ y, según los guaraníes no esperaban ser atacados pues casi no tenían vigilantes, ya que la mayoría de ellos estaban ebrios por los efectos de la “Chicha” con que celebraban sus rituales de guerra. Al preguntárseles por la guarnición de la fortaleza, la respuesta fue que la bandera color sangre con el gran sol dorado en su centro todavía estaba izada al tope de su mástil, y que los sobrevivientes resistían en su interior asistidos por algunas decenas de guaraníes leales, pero que durarían poco, pues no contaban con agua para resistir el asedio de los casi tres cientos de salvajes que plantaban el sitio a aquel lugar.

De todo esto fuimos prevenidos en la asamblea para decidir el ataque que liberaría el puesto fortificado de cerro Guazú, que era el situado más al sur de los cinco asentamientos que formaban el anillo defensivo del Amambay²² y, que juntos vigilaban las rutas de comunicación entre Tiawanaku y el gran océano, que como he dicho antes eran de vital importancia para el reino. Los otros cuatro asentamientos que escalonaban las fronteras hacia el norte también estaban sitiados, lo cual les impedía prestar auxilio al puesto del cerro Guazú. Estos fuertes llevaban por nombres: Ypir, Tupá, Itaguambypé; siendo según decían los hombres de Weibingo, el fuerte de cerro Corá el más importante por su imponente muro defensivo que poseía una torre de observación de notable alcance. Todos estos bastiones estaban contruidos sobre colinas del mismo nombre y formaban una cerradura inviolable que sellaba el paso a los enemigos entre la selva y la sierra de Amambay.

²¹ **Cerro Guazú:** Es un monte de una altura max. De 728 mts. que forma parte de la cordillera del Amambay en el territorio de la Paraguay, según el doctor Jaques de Mahieu en su libro “Los vikingos del Paraguay”, este cerro era uno de los asentamientos fortificados más importantes del anillo defensivo del Amambay, que defendía las vías de comunicación de los reyes blancos de Tiawanaku entre su capital en el altiplano central y el atlántico. En la década de los años setentas, se comprobó la existencia en este lugar del sitio arqueológico más relevante del mundo en relación al registro de escritura runica medieval.

²² **La cordillera del Amambay:** Es un macizo o altiplanicie ubicado en al noreste de Paraguay y al oeste del Brasil específicamente en el estado de Matto Grosso del Sur. Esta cordillera sirve como límite convencional de ambos países.

Tras la rápida decisión de nuestros Jarls de atacar al amanecer aprovechando la sorpresa; Ivar nos explicó la situación enardecido, como si se estuviese preparando para una fiesta con un final sabido. Advertíamos en el timbre de su voz el deseo de venganza por la muerte en combate de Ull, y en las indicaciones para la batalla venidera se adivinaba que no habría prisioneros ni piedad con los heridos del enemigo. Por todo el campamento se extendió una ola de excitación: los hombres preparaban sus armas, afilaban sus hachas de combate y sus espadas, ajustaban los arneses y comprobaban las correas de sus escudos. Dispusimos los caballos con celeridad, no sin antes ver como los guaraníes desaparecían nuevamente en la oscuridad para dirigirse al lugar fijado de la emboscada. En no más de una hora rompimos la marcha a paso redoblado con las armas en ristre, apurando a las cabalgaduras que eran cautelosas en su andar por la penumbra apenas iluminada por una luna menguante. El plan era simple: los auxiliares indígenas con sus arcos y flechas atacarían a los enemigos asaeteándolos en medio de su sueño, para luego cargar con nuestros caballos de batalla arrasándolo todo, empujando a los tupíes hacia el río Ypané-Mi, para cercarlos contra su corriente y pasar a cuchillo a todos los que quedaran atrapados.

Con la consigna establecida, la marcha continuó hasta poco antes del amanecer divisando en la luz mortecina del nuevo día la silueta de una elevación que debía ser el Guazú. La columna se desvió del camino hacia el Oeste, para llegar al campamento de los sitiadores que se hallaba entre la pequeña fortaleza y el afluente. Cuando ya se escuchaba el rumor de la corriente del río en la lejanía, nuestros guías guaraníes se presentaron señalando que todo estaba dispuesto para el ataque. Entonces Ivar les ordenó que avanzaran delante de nosotros y que a su orden dispararan sus flechas sobre los escasos salvajes que hacían de centinelas, e inmediatamente después a los que dormían. Luego dio la señal de avanzar en silencio al destacamento, que se adelantó a paso sigiloso contra las sombras que a la distancia se adivinaban como el enemigo. Yo asía las bridas con una mano, a la vez que con la otra la ponía como un bozal a mi caballo que bufaba nerviosamente ansioso de saltar a la carga. Ulf iba a mi costado luchando porque su hacha no chocara contra la coraza denunciando con su ruido nuestra presencia.

Pero todas estas precauciones fueron desechadas cuando uno de los vigilantes del enemigo gritó la alerta que significó la respuesta acordada con nuestros aliados, que cumplieron a cabalidad con una lluvia de saetas que atravesó al delator y a los demás guardias. El ataque fue arrasador, Ivar bramó la señal de carga, tronó el corno y la caballería cargó siguiendo a los grandes mastines de guerra, que corrían rabiosos en dirección de los tupíes. Los bárbaros, que con torpeza se incorporaban del sueño de su ebriedad, intentaron responder al asalto mientras eran heridos y muertos por las flechas, que los arqueros guaraníes lanzaban desde lo que ahora era la retaguardia de nuestro ataque. Solo en segundos di muerte al primer espantajo que se me cruzó de un golpe de mi espada, adentrándome en el campamento al galope blandiendo mi arma sin piedad sobre los cuerpos delgados de los tupíes, que intentaban la resistencia estupefactos aún por la sorpresa.

Un poco más allá Oleg dirigió una maniobra envolvente con la intención de cerrar el paso de los enemigos que huían al río, lográndolo solo a medias. Ya decenas de ellos se entregaban a las aguas Ypané-Mi iluminados por los primeros rayos del nuevo día, donde luchaban contra la corriente braceando desesperados, hasta que el torrente se los tragaba uno a uno. En ese instante me percaté de que mi amigo Ulf no estaba con nosotros, y regresé cabalgando a los restos de la toltería que estaba sembrado de muertos desperdigados en las más grotescas posiciones. Me detuve en un claro y giré mi percherón mirando en todas direcciones, hasta que encontré a mi amigo apoyado contra un gran árbol entre una rueda de cadáveres despanzurrados.

-“¿Y tú caballo Ulf, dónde está *Odal*?”. Le pregunté aliviado al verlo sonreír mostrándome su hacha doble destilando sangre.

- “Me lo mataron Thorvald. Estos sucios puercos lo atravesaron con sus lanzas y al matarlo caí con él aplastándome la pierna. Al poder liberarme me refugié en este árbol para resistir el ataque de los que ahora vez muertos. ¿Ya los contaste? Deben ser unos ocho sino más”. Me dijo ufano volviéndome a mostrar los cadáveres cercenados a sus pies.

-“El número de enemigos muertos por mi espada deben ser diez por lo menos. No por nada soy Thorvald *Espada larga*. Le respondí bajándome del caballo con mi espada en ristre, hundiendo su punta afilada en los hostiles que aún se movían avanzando hacia Ulf.

Después de ayudarlo a incorporarse, pues estaba exhausto por las heridas y la lucha, lo apoyé en mí para caminar hasta mi bestia y subirlo a la grupa. Una vez arriba de la montura Ulf se desmayó, así que tomé de las bridas a mi *Fehu* y lo guié con su jinete inconsciente entre los restos de cuerpos y toldos hacia el grueso del destacamento que asistía a los heridos procurándoles atención y vendajes. En resumen los auxiliares guaraníes habían perdido cinco hombres y de los nuestros nadie había muerto, pero había tres heridos graves de los cuales uno tenía una fea herida en la garganta.

Recuerdo estar enzarzado con Ragnar y Thorfinn comentando a grandes voces de los sucesos del combate, una vez dejado a Ulf en manos del curandero, cuando todos levantamos la cabeza al sonido ronco de un corno que venía desde la fortaleza de cerro Guazú. El corno resonó varias veces más, hasta que al callar, de una vez se abrieron los portales del bastión y vimos como salía de su arcada una pequeña columna de guerreros a pie dirigidos por quien debía ser su nuevo Jarl montado en un enorme caballo de guerra, que avanzó con su escolta hasta el claro en que nos encontrábamos a orillas del río.

Al llegar esta pequeña comitiva a unos cien pies de nosotros, se detuvieron adelantándose solamente el Jarl, quien saludó con grandes gestos de solemnidad: “¡Salud nordmanners! Mi nombre es Heimdall ²³ Ullsson *El de la mirada lejana*, nuevo Jarl del fuerte de cerro Guazú tras

²³ **Heimdall:** Dios guardián del arco iris que tocando el Gjallarhorn, el cuerno que anuncia la batalla final entre las fuerzas del bien y las del mal, el temido Ragnarok, "El crepúsculo de los dioses". El puente del arco iris unía a

la muerte de mi padre Ull. Os saludo hombres del norte y os doy las gracias por derramar vuestra sangre por nosotros y por el imperio. Nuestro soberano el rey Ingvar deberá saber de vuestras hazañas y recompensaros por ellas. Os pido que aceptéis nuestra hospitalidad, que no será prodiga por los incontables días de penoso sitio, pero en nombre de los habitantes de este asentamiento os ruego que lo recibáis como un regalo que retribuya en parte los sacrificios que habéis realizado”. Una vez terminada su última palabra, Heimdall se quedó en silencio mirándonos de una forma que hizo honor a su apodo esperando repuesta.

Por nuestro lado fue sino Ivar *Barba partida*, quien se adelantó a la tropa y respondió por todos saludando a la memoria de Ull, su amigo de juventud y guerra, añadiendo que fue un buen soldado y que los dioses lo tenían ahora a su lado en el Walhalla en la espera de la lucha final contra las bestias del mal. También aseguró que el rey Ingvar estaría muy satisfecho de que fuera el hijo de su amigo el nuevo Jarl del fuerte de cerro Guazú, y que como no, estaríamos encantados de poder recibir la hospitalidad de los habitantes de la fortaleza, así también de información de los otros fuertes sitiados.

Una vez que los saludos protocolares se cumplieron, los hombres de ambos destacamentos se mezclaron y comenzaron a congratularse con abrazos y otras demostraciones de aprecio contando sus hazañas que no tenían límite en la imaginación, además de darse consejos y noticias sobre el estado de las cosas en ambos lados del océano. Un joven soldado se acercó como otros guerreros de Guazú hasta nuestro grupo saludándonos uno por uno, para luego entablar conversación con Ragnar y Thorfinn en lengua Danne, sin dejar de observarme de soslayo. Hasta que un momento se decidió a preguntarme en norrés de donde venía, ya que ni mis armas ni mis usos eran de Nordveg o de Dannemark, al contrario de mis amigos Daneses que sonreían divertidos. Le conté que venía desde Uppsala en la tierra oriental de los Svear, mirando hacia la costa del Báltico, pero que me había enrolado en el puerto de Bergen para venir a Sydland en busca de hazañas y riquezas. El joven que dijo llamarse Sturl, señaló que todos los hombres del norte eran bienvenidos, aunque la mayoría de ellos eran de Dannemark o de Schleswig²⁴ en la frontera sur con los Sajones. En un momento de nuestro dialogo reparé en una pequeña cadenilla de oro que llevaban colgando de su cuello, de la cual pendía la figura de una cruz. Sturl al reparar en mi curiosidad me dijo con tono solemne: “¡Sí Thorvald de Uppsala, yo soy cristiano!”.

Midgard (la tierra de los hombres) con Asgard (la tierra de los dioses) y terminaba bajo la sombra del poderoso árbol Yggdrasil. Este puente era el que se temía que los gigantes de escarcha llegaran a usarlo para lograr acceder a Asgard. Heimdall accedió con alegría a asumir la responsabilidad y desde entonces veló día y noche el sendero de arco iris que se adentraba en Asgard.

²⁴ **Schleswig-Holstein:** Está marcada por su situación geográfica entre dos mares al sur de la península Danesa y la lucha de influencia entre Dinamarca y Alemania. El río Eider se convirtió a partir del siglo IX en la frontera entre daneses y alemanes. Según el profesor de Mahieu, la mayoría de los hombres blancos de Tiawanku era originarios de allí.

-“¿Pero qué es esto?”- Le respondí fingiendo desconcierto para bromear un poco, tomando con los dedos la cadenilla por la cruz acariciándola. Sturl miró a mis amigos divertido, y fue Thorfinn quien siguió el juego simulando con sus explicaciones sacarme de mi ignorancia.

-“Thorvald. La cruz es el símbolo de la nueva religión que nuestros reyes han adoptado. Ellos se han convertido al cristianismo que cree que solo hay un dios, un dios único que nos envió a su hijo, quien hace muchos siglos murió crucificado por las faltas de todos los hombres”.

-“Y en nombre de el hijo de dios, es que nosotros llevamos su cruz como símbolo de su sacrificio por nosotros”. Remató Sturl, mostrándose satisfecho por la explicación de Thorfinn.

-Aún con ganas de seguir engañando a Sturl, con aire confuso señalé que tanto Thorfinn y Ragnar adoraban a nuestros dioses, y que de hecho ambos llevaban tatuados el martillo de Thor en los brazos.

-“Así es amigo”. Me dijo Ragnar algo más serio. “Es que de dónde venimos nuestro rey nos permite elegir, y ambos hemos optado por la vieja religión de nuestros padres. Pero debo confesaros que también fui algunas veces a la iglesia cristiana de mi pueblo. ¿No está de más el tener a todos los dioses de tu parte, no creéis?”. Concluyó mirando a Thorfinn con una sonrisa cínica.

-“¡Ahhhh!!”. Exclamé aparentando entender, continuando con: “Ya comprendo. En Svear también es parecido, pero de donde yo vengo no hay muchos cristianos todavía”.

-“Cuéntame cómo se vive la religión del único dios Thorvald en la bárbara tierra pagana de Uppsala”. Me pidió Sturl con el sarcasmo marcando las palabras de su pregunta. Revelando que finalmente se había dado cuenta de ser víctima del juego con mis amigos.

Dejé pasar su ofensa ante la mirada de paciencia que me dio Ragnar, que notó el ademán de tomar el pomo de mi espada. Estaba en la razón: lo menos que necesitábamos era una lucha entre nosotros. Me preparé para responder y dije:

-“Sturl, en el corazón de la tierra de los Svear, cerca del lago Malaren vive mi gente desde hace cientos de generaciones, y desde el inicio de los tiempos adoran a los dioses del Asgard que nos protegen de los gigantes de escarcha, que acechan el puente del arco iris protegido por el dios Heimdall. En Gamla Uppsala estaba el centro más grande de la religión de mis antepasados, que hace casi dos veces cien años fue destruido por los cristianos para erigir su propia iglesia. Según me contaba mi abuelo, que ahora goza de los festines del Walhalla junto a las hordas de Odín: En esa época de héroes y gloria, el templo de madera albergaba las estatuas de los dioses talladas ricamente en troncos de árbol que se dibujaban por manos de hábiles ebanistas. Las imágenes sagradas se recubrían de oro, así como también las tejas del techo y grandes cadenas que se dejaban caer desde los vértices de la techumbre hasta el suelo. En este templo los sacerdotes hacían sacrificios de acuerdo a las necesidades de la gente, y que tenían su jornada de mayor importancia cada nueve años donde se sacrificaban animales y hombres, ante la presencia de los reyes y de las gentes venidas desde todas partes de las tierras de norte. Pero de eso ya no

queda nada. Los sacerdotes han muerto sin tener a quien dejar su sabiduría. El templo ha sido suplantado por la nueva religión del “Vite Kritis”²⁵ y nuestros reyes convertidos a la nueva fe, ya no realizan las ceremonias fúnebres de acuerdo a la vieja tradición. Pero tenemos libertad para elegir a nuestros dioses. Como ha dicho Ragnar, muchos de nuestro pueblo practican el cristianismo sin dejar de lado la adoración de los dioses, pero en mi familia hemos sido fieles por siempre y mis hijos serán seguidores también de la religión de mis antepasados. Esa es nuestra verdad Sturl y os ruego que ahora respondáis una pregunta que no puedo dejaros de hacer: -Entonces vosotros los seguidores del Cristo ¿Usan el instrumento que dio muerte a vuestro dios como símbolo, y vos lo lleváis colgado del cuello para que os proteja? ¿No hay una gran contradicción en ello?”.

-Sturl me miró un poco ofendido Pero explicó que llevaban la cruz por el significado del sacrificio del hijo de ese dios.

-Luego de algunos instantes repliqué que: “A pesar de todo lo que me decís Sturl de Guazú, para mí es cosa muy extraña que haya gente que crea en un solo dios y que ese dios envíe a su hijo entre los hombre dejándolo morir crucificado sin hacer nada.”-¿De qué sirve ser dios entonces? pregunté. “Por ello me quedo con los dioses del Asgard, que además de ser comprensibles para mí, son más numerosos y pueden cumplir con sus promesas”.

-Sturl prosiguió su defensa agregando, que en Taipikala había sacerdotes cristianos que podían ampliar las respuestas que me había entregado, pero que yo no quería escuchar. La discusión hubiera seguido de no ser por los gritos de un oficial, quien en la distancia nos ordenaba acumular los cuerpos de los enemigos con sus armas y restos de tolderías en una pira, para quemarlos de una vez con la brea que ya habían encargado al fuerte.

Con Sturl y los dos danemann, nos pusimos a acarrear los cuerpos de los desdichados que habían perdido la vida esa madrugada, sorprendiéndome su ligero peso que no concordaba para nada con la vitalidad y fuerza que demostraban en combate. Con la ayuda de todos, en un breve lapso los cuerpos y otros restos estaban arrimados en un gran montículo, donde los hombres de Guazú vertieron la brea fresca traída en toneles. Luego le prendieron fuego a las más de dos centenas de cadáveres tupíes, que ardieron mientras nosotros les dábamos la espalda, alejándonos en busca de la fortaleza del cerro Guazú y el banquete de la victoria.

La comida fue modesta pero llena de atenciones por parte de soldados de Guazú, sus familias y también de los guaraníes que allí vivían, felices de haber sido liberados de los tupíes que los habían sitiado aprovechando su superioridad numérica. El frugal festejo se extendió hasta el caer del sol, que fue el momento en que todos los guerreros que veníamos en la caravana fuimos llamados a reunión por Oleg, quien nos informó la triste noticia de que Harald había muerto debido a la herida de lanza que recibió en la garganta. Añadió que las exequias se realizarían al

²⁵ **Vite krist:** Dios blanco o Cristo blanco: esa fue la forma en que llamaron a Jesucristo los antiguos habitantes de lo que ahora es Suecia cuando llegaron los primeros evangelizadores cristianos.

pie de la fortaleza en una pira, ya que el guerrero muerto era adorador de los antiguos dioses. Después nos comunicó que en la mañana siguiente reanudaríamos la marcha al norte para liberar a cerro Ypir. Esta vez secundados por Heimdall y sus hombres, pues Ivar debía regresar a Weibingo para dar a conocer nuestra victoria y transmitir el mensaje de nuestro Jarl a Grimm: de que navegara el Paraguay río abajo y subiera el curso del “Río de los pájaros” o Pilcomayo en dirección a la ruta del Potosí. Pues nuestra campaña podría demorar algunas semanas, siendo urgente sacar a los colonos de la zona de peligro para hacerla llegar a salvo a Taipikala. Por una parte las noticias me alegraron, ya que mi brazo ardía deseoso de más batallas y así probar mi valor. Pero algo de amargura nubló mis ojos al asumir que no vería a la princesa Gudrun durante mucho tiempo y encontrarme en su mirada azul profundo.

Las guardias de esa noche fueron cumplidas por los soldados de Guazú, para que nosotros pudiéramos rendirle homenaje a Harald como lo dictan las antiguas costumbres. Su cuerpo ataviado en la dignidad de un guerrero junto con todas sus armas, fue alzado sobre la cima de la pira de leña y madera seca, que lo acogió en su elevación cuadriculada rodeado por una pequeña muchedumbre de guerreros de nuestra columna como de habitantes de Guazú. Me fijé que en el cuello llevaba una venda que le cubría la herida; un detalle que le permitiría entrar a la residencia de los dioses, disfrutando con ellos el banquete y el combate incesante hasta la llegada de la batalla final. Fue el mismo Heimdall que era también un *Godi*, quien se aproximó hasta los pies de la pira, declamando las oraciones rituales sosteniendo una antorcha que refulgía en la oscuridad. Luego encendió la hoguera en su base que prendió de una sola vez, envolviendo el cuerpo de nuestro camarada, que fue devorado por las llamas hasta convertirse en cenizas que el viento elevó al cielo.

Antes de la hora prima ya marchábamos por el camino secundario que nos llevaría hasta el bastión del Ypir, que tenía ese nombre en honor de un gran rey del imperio Atumuruna, que estaba sepultado en una cripta en el interior de sus profundidades. La cámara funeraria del egregio rey Ypir era la más importante de la necrópolis²⁶ excavada en las entrañas de la colina, que resguardaba los cuerpos embalsamados de los distintos reyes de Tiawanaku y sus familias en el descanso eterno.

Durante la marcha oí que se contaban quimeras y fantasías entre los jinetes de mi escuadrón sobre el poder de estos monarcas remotos, sin embargo los más antiguos yacían muertos desde hacían siglos. Un veterano sargento de Guazú que iba delante de mi caballo, decía que los reyes resucitaban en los solsticios, levantándose de sus sepulcros para reunirse en un salón de

²⁶**Necrópolis de los reyes de Tiawanaku:** Según Jacques de Mahieu en su libro “Los vikingos del Paraguay”, en la década del 40 del siglo xx, un ingeniero Alemán de nombre Fritz Berger en base a una serie de investigaciones previas, descubrió que había una serie de acueductos subterráneos en los alrededores de cerro ypir. Pero lo más sorprendente fue la comprobación del profesor de Mahieu de verificar una gran cavidad artificial dentro del cerro y una gran cantidad de supuestos entierros en los campos de alrededor.

consejos labrado en una caverna revestida de oro, y que allí congregados discernían sobre los asuntos del imperio. El curtido soldado, aseguraba que estos concilios contaban con la presencia del mismísimo rey Ingvar, quien utilizaba sus poderes de *Godi* para transportarse por el aire, cruzando cientos de leguas desde su palacio en Taipikala hasta el santuario de sus ancestros. El sargento comentó para finalizar su historia, que cada final del año solar el regente anunciaba sus dictámenes para el siguiente periodo, que eran de tal grado sabios y certeros, que nadie dudaba de que era asistido por las almas de sus antepasados que vivían dentro de su cuerpo.

Con todas esas fábulas alimentando mi imaginación, casi no noté el corto trayecto hasta las cercanías de nuestro destino. Pasada la hora sexta los exploradores nativos informaron a Heimdall, que iba en la cabeza de su columna sobre la proximidad del cerro Ypir, que la zona no tenía señales de la presencia de salvajes. Eso nos hizo pensar lo peor, pues imaginábamos que los nuestros habían sido derrotados por los bárbaros, llevándose a los niños y mujeres como prisioneros para convertirlos en esclavos. Apesadumbrados por la posibilidad del desastre, espoleamos a los caballos arrancando al galope. Al poco tiempo de carrera se abrió en el horizonte un valle, permitiendo divisar el cerro que sostenía el puesto fortificado, donde un guardia nos hacía señales blandiendo una banderola al cielo, gritándonos algo a la distancia.

Un bramido de corno nos hizo detenernos tirando de las bridas en seco, luchando por contener a nuestras cabalgaduras que caracoleaban frenéticas al dominar su impulso. Luego de unos instantes, la caballería fue controlada y las filas de jinetes formaron manteniendo la disposición de ataque. Heimdall envió un emisario hasta la base del cerro fortificado, que regresó con la noticia de que hace solo unas horas los sitiadores se habían retirado en silencio hacia el norte, para unirse a las fuerzas que atacaban cerro Corá o “Cerro de cerros”, Tupá e Ytaguambipé.

Los enemigos alertados por sus batidores sobre la derrota sufrida en cerro Guazú y de la masacre allí realizada por nuestras armas, se replegaban para ganar tiempo y poder resistirnos de mejor manera. Heimdall nos ordenó abreviar a los caballos en el riachuelo próximo sin descabalar, mientras él con tres guardias irían a ver la situación de los habitantes del Ypir.

A su regreso dio orden de partir de inmediato a cerro Corá, principal bastión del cerrojo del Amambay, que era como llamaban a la línea defensiva de fuertes que liberábamos de sus agresores. Excitados por la cercanía de la batalla decisiva, cruzamos el pequeño torrente donde habían bebido nuestras bestias por el vado más cercano, orientando la marcha primero al trote hacia el noreste. Luego de un par de horas giramos en un cruce caminero para el norte, retomando el *Peabiru* principal que se extendía casi en línea recta, lo que nos permitió cabalgar reventando cinchas en busca del enemigo en veloz avance, hasta poder ver la cima del cerro Tupá o “Cerro dios” junto a la cresta del “Cerro de cerros”.

Los macizos rocosos aparecieron entre la vegetación y el cielo como gigantes de piedra recostados contra el horizonte, destacando en toda su majestad la mole del Corá, fortificado por un gran muro de unos novecientos pies de largo y unos veinticinco de alto: los muros de piedras

talladas verticalmente eran de dimensiones irregulares, que a pesar de sus diversos tamaños encajaban unas contra otras perfectamente, lisas como la mejor fortaleza del continente madre. El monumental muro estaba rematado por una torre circular en su cota más elevada, desde la cual decían que se podía observar la confluencia completa de los dos caminos que recorrían la ruta desde el altiplano a la costa. Sobre las murallas y en la torre divisábamos las siluetas de los guardias del fuerte haciéndonos señales con los brazos y las armas. Por lo cual apuramos a las bestias avanzando a la carrera en dirección a ellos dirigidos por Heimdall.

El Jarl de guerra era seguido en primer lugar por el destacamento de Guazú, que se habían armado en su totalidad con largas hachas de guerra²⁷ como una forma de distinguirse de nuestros escuadrones de reclutas. Ya bastante cerca de la base del cerro, los batidores adelantados tomaron contacto con un mensajero que había salido a nuestro encuentro, comunicándole a un oficial, que tanto la guarnición del Corá como la de Itaguambypé estaban atacando a los tupíes para destruirlos definitivamente. Estas tropas que habían resistido feroces ataques durante días, y que al saber la noticia de la victoria de Guazú y de nuestro avance para socorrerlos, decidieron atacar a los tupíes rodeándolos para cercarlos aprovechando la ventaja de la sorpresa absoluta. Situación que pudimos comprobar, cuando por fin alcanzamos el campo de batalla detrás de Heimdall, quien destrabó del pescante la larga hacha de dos filos y gritó la orden de alinearse en dos filas detrás de su estandarte.

Apenas el último jinete de la hueste estuvo situado en su puesto de combate; el Jarl del bastión de Guazú adelantó su corcel gritando que la venganza cabalgaba con nosotros en nombre de su padre, lanzándonos a la carga entre aullidos y maldiciones contra las filas tupíes, que ya se encontraban encajonados contra el río Aquidaban, soportando con enormes bajas las feroces acometidas de los hombres de la fortalezas que los atacaban sin descanso. Solo pasaron algunos segundos para que mi espada cortara la cabeza del enemigo que me disparó la flecha que rebotó en mi cota de malla. Después de eso perdí la cuenta de los adversarios que hería y mataba a voluntad, mientras mi *Fehu*, aplastaba con sus pezuñas herradas a los caídos sin misericordia. Por todas partes se libraba una lucha sin cuartel, los salvajes caían como juncos cegados, y la carnicería se acrecentó al incorporarse dos compañías de guerreros guaraníes a pie comandados por sus Kuracas. Las tropas de infantes nativos demostraron en la brega el odio ancestral que los poseía contra nuestros enemigos, un odio duro y antiguo. Su acometida fue tan atroz, que al

²⁷ **Las hachas largas danesas:** Fueron empleadas tanto por vikingos como por sajones. Eran armas desarrolladas específicamente para la guerra, pues era más ligera en su "cabeza" (poll, en inglés antiguo), con un asta mucho más larga, y de mejores materiales que las herramientas típicas de talar. La leyenda de esta hacha la iniciaron los Huscarles (guerreros o guardias de élite de los reyes escandinavos) y las famosísimas y terroríficas incursiones, de los vikingos por toda la Europa medieval. El hacha Vikinga fue una de las armas que más huellas dejó en la historia del mundo medieval por el "terror" que los pueblos nórdicos provocaron a los reinos europeos del sur en sus históricas incursiones y saqueos. Tenía la fama de "**hacedora de huérfanos**" perdurando mucho tiempo por su eficacia y también por la "fuerza" de quienes las blandían, dejando "huella" en la historia.

destruir las primeras líneas de tupíes cargando con escudos y lanzas de bronce en formación, luego abandonaban sus armas matando a los que quedaban en pie con sus propias manos. Reconozco que no pude dejar de observar la crueldad inusitada que los guaraníes demostraban en la guerra, que nada tenía que ver con la actitud contemplativa y silenciosa con que se reconocían. Esto se debía, por lo que me enteré después, a que los tupíes solían tomar prisioneros entre nuestros aliados en sus guerras, que descuartizan vivos para comerse sus miembros como parte de sus ritos.

En un momento un cacique tupí gritó algo en su lengua varias veces. Entonces los guerreros enemigos sobrevivientes dieron vuelta corriendo al río que los recibió con su cauce pleno y lento, que les permitió alcanzar a nado la otra orilla en medio de una nube de flechas de nuestros arqueros guaraníes.

El corno de Heimdall tronó en el aire anunciando el final de la batalla, clamando la reunión de las tropas de Tiawanaku ondeando las banderas del imperio, mientras los guaraníes remataban a los tupíes heridos que se arrastraban en dirección al Aquidaban. Al ver que nuestra compañía de guerreros libres se acercaba al lugar señalado por sus emblemas, Heimdall sonrió extrañamente arengándonos por la victoria alcanzada y felicitándonos por el bautismo de guerra recién acaecido.

Luego de romper filas, me reuní con Ulf, Thorfinn y Ragnar, y junto con otros soldados venidos de la caravana hacia Tiawanaku nos dirigimos al río, donde desmontamos de los caballos a los que les sacamos el peso de las monturas y guarniciones de metal, dejándolos pacer y beber a gusto como un merecido premio a las exigencias que les habíamos impuesto desde que salimos del puesto de Weibingo. Una inesperada calma se extendió por el valle acariciado por la brisa fresca y húmeda, que llegaba con suavidad a la ribera donde nos tendimos con mis camaradas semidesnudos al liberarnos de las cotas de malla, tabardos, cascos y coseletes. Los coloquios fluían con descaro entre las hazañas de cada uno y del futuro de la campaña. Me preguntaba si seguiríamos hacia el norte, pero ya no era necesario, pues los enemigos habían sido aniquilados por cientos y los pocos que pudieron escapar del cerco mortal que les tendimos, eran perseguidos con saña por las dos compañías de guaraníes que entraron en la brega en el último momento. Luego de un par de horas de descanso decidí bañarme en un pequeño remanso, donde ya varios de nuestros camaradas recibían aliviados el contacto con el agua fría, después de tanto tiempo soportando el calor insufrible de las corazas sobre el cuerpo.

Después de zambullirme me tendí sobre la hierba gozando de una inmensa paz y del sopor que sentía, ya que el agua me relajó aún más de lo que estaba, quedándome dormido profundamente. Al cabo de un tiempo indeterminado desperté con gran sobresalto, sin saber muy bien donde estaba. El sol ya se iba alejando al poniente alargando con sus rayos oblicuos las formas de todas las cosas, que se estiraban en largas sombras sobre la superficie. Algo asustado me incorporé tomando el tahalí con mi espada y mis ropas, caminando de regreso al fuerte hasta

encontrar a Ulf, a quien le hice sentir mi molestia por dejarme solo en ese paraje sin avisarme, cuando podía haber enemigos ocultos al acecho. El se excusó bromeando sobre no interrumpir mi sueño con la Völva Gudrun y de los numerosos hijos que me daría una vez que el rey Ingvar aprobara nuestra unión.

-“Pero para que veáis que soy un buen amigo. Mientras soñabais con vuestro feliz futuro, llevé al establo del fuerte Corá a *Fehu*, que vagaba por la orilla del río sin ninguna intención de volveros a ver, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!”. Terminadas las burlas de Ulf. Me dijo con aire más severo:

“Bueno Thorvald, ya es hora de que alguien nos diga que hacer y donde vamos a dormir esta noche. Así que vamos a buscar a algún oficial, pues ya deben de haber regresado del consejo de Jarls en la fortaleza del “Cerco de cerros”.

Mientras mi camarada me instruía sobre las condiciones de las pequeñas ciudadelas amuralladas que habíamos liberado y de sus gentes, nos acercamos a paso lento hacia el amparo de la torre de observación del Corá, donde apoyados en una saliente de la colina se hallaban los establos y abrevaderos del complejo militar, que debían de albergar a no menos de quinientos caballos, más numerosas dependencias para guardar los aperos y otras impedimentas. Al llegar a los grupos de guerreros que descansaban riendo y jugando a los dados mientras esperaban las instrucciones, le pregunté a Ulf por los hombres de Guazú, ya que no veía por ninguna parte a Sturl y temía que nuestro debate quedara inconcluso- “Están en la fortaleza del cerro Tupá. Heimdall ordenó que su séquito y los guerreros de Gauzú se fueran de inmediato a reunir en ese cuartel al terminar la batalla.”

-“¿Qué extraño Ulf? No creo que sean necesarias tantas precauciones si los tupíes fueron aniquilados y a los pocos sobrevivientes los persiguen los guaraníes hacia el norte”.

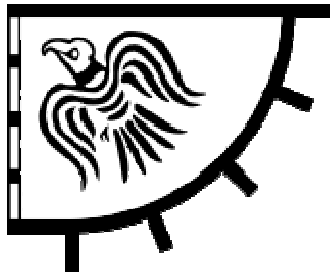
-Mi amigo agregó que no sabía la razón de aquella orden, pero que había visto a Oleg y a Heimdall discutiendo acaloradamente antes de que ambos partieran por separado al consejo de Jarls.

El nuevo comentario de Ulf me dejó pensativo, pero no le quise dar más vueltas al asunto, pues Ragnar y Thorffin, más Sunold, Snorri y Ekath hacían una rueda alrededor del *Gikolan* que herido en una pierna, estaba recibiendo las curaciones de una mujer nordmanner asistida por una bella muchacha que debía ser su hija. Ginil había perdido el sentido, pues la flecha que lo hirió estaba envenenada. La mujer procuraba contestar nuestras preguntas por el estado del juto sin levantar la cabeza, explicándonos que las puntas de flecha y lanzas envenenadas eran habituales en las tribus salvajes del norte cercanas a la cuenca del río Marañón. El veneno era obtenido de las serpientes venenosas que abundaban en las selvas donde vivían los tupíes, que empapaban las puntas de sus armas con ponzoña para que estas fueran más letales. Pero no había de que preocuparse afirmó la mujer supurando la herida de nuestro compañero: los guaraníes le habían dado el secreto del antídoto a los hombres blancos, que ahora era utilizado para salvar de la

muerte a Ginil, que tenía su rostro de un color gris más cercano de cabalgar con las Walkirias²⁸ que de seguir junto a nosotros.

Esa noche la oscuridad cayó con lentitud cubriendo el campo de batalla regado de muertos con su manto de penumbras, vistiendo paulatinamente las laderas y murallas de las fortalezas con sus ropajes oscuros. Sobre los muros y torres de los castros del Corá e Itaguambypé resplandecieron los brillos de grandes antorchas y fogones, encendidos para acompañar a los soldados de guardia que se paseaban por las almenas atisbando el horizonte.

²⁸ **Walkirias:** Son dísir, deidades femeninas menores que servían a Odín bajo el comando de Freyja, en la mitología nórdica. Su propósito era elegir a los más heroicos de aquellos caídos en batalla y llevarlos al Walhalla donde se convertían en Einherjar (hombres-ejército). Esto era necesario ya que Odín precisaba guerreros para que luchasen a su lado en la batalla del fin del mundo, el Ragnarök. Su residencia habitual era el Vingólf, situado al lado del Walhalla. Dicho edificio contaba con quinientas cuarenta puertas por donde entraban los héroes caídos para que las guerreras los curasen, deleitasen con su belleza y donde también "sirven hidromiel (o cerveza) y cuidan de la vajilla y las vasijas para beber".



Saga terci

“La hermandad de piratas del Báltico”.

Los pobladores del Corá nos ofrecieron comida y bebida en abundancia, sin embargo lo agotadas que se encontraban las despensas y silos por el sitio que se había prolongado por casi dos semanas. Recuerdo que esa noche comí con gran apetito y bebí algunos sorbos de “Chicha”, pero sentía una gran necesidad de soledad, para hacer un alto en la vorágine de los últimos meses deteniendo en mi memoria los hechos que ahora, después de toda una vida cuento en estas sagas.

Me despedí de Ulf y de mis otros amigos para recorrer una calzada en dirección al cerro de la fortaleza, al llegar a sus pies subí por una estrecha escalinata tallada en la roca, que ascendía por la ladera más escarpada de la colina que sostenía el fuerte. En el trayecto había cogido una antorcha que me anunciaba desde lejos a los guardias de turno esa noche. Al llegar hasta los puestos de los centinelas, estos me abrían paso saludándome y preguntando por mi lugar de origen más allá del mar, en las tierras del norte. Respondí a la curiosidad de esos soldados con respeto, pero con poco interés despidiéndome con cortesía, sin dejar duda de que quería continuar mi camino a la meseta donde estaban los murallones de la fortaleza, para llegar desde allí a la torre de observación y poder contemplar la noche y sus racimos de estrellas.

Más tarde, apoyado en la parte superior de las piedras de la torre, me di cuenta de la cercanía del fortín del Itaguambyté o Cerro del Murallón como le decían también. En la oscuridad se podía adivinar su bulto de unos tres mil pies²⁹ de largo, elevándose tres veces cien de alto desde su asiento en la pequeña llanura que compartía con el Corá. Las dimensiones e importancia de este enorme complejo militar me produjo una gran satisfacción por mi pueblo, que mezclaba con el orgullo de ser parte de los guerreros al servicio del rey Ingvar de Tiawanaku. Todas estas impresiones me pusieron en contacto con el pasado más reciente, el del último año y las innumerables aventuras que marcaban mi vida desde que salí de Uppsala con la bendición de mi

²⁹ El pie danés constituye la unidad de medida utilizada por los hombres del norte durante la era vikinga y parte de la edad media y equivale en el sistema centesimal moderno a 29,33 cm

padre y de mi hermano mayor, quien sería por ley el heredero de todas las posesiones del clan, así como también lo sería su primogénito varón en el futuro, dejando a los hermanos menores la tarea de la búsqueda de honor y riquezas lejos de casa, para no crear disputas y la partición de la propiedad que mi padre había heredado de mi abuelo y así sucesivamente por generaciones, hasta el remoto tiempo en que los dioses habitaban la tierra junto a los hombres. Claro que extrañaba mi patria en Svear: la granja de mi padre ocupaba una gran extensión de tierras fértiles para los cultivos y las pasturas del ganado, además de riachuelos para la pesca y bosques para la leña que ocupábamos para calentar la vivienda común en los largos inviernos. Mi vida allí transcurría apacible entre las dos estaciones del año, marcadas por las actividades y los trabajos de cada época. En los meses que se conocen como abril hasta octubre, llevaban el nombre de las faenas correspondientes: mes de la esquila, mes de cortar el grano, mes del huevo, mes del heno, mes de recoger el ganado. A partir de octubre, el clima impedía salir a trabajar al aire libre, así que muchas de las tareas tenían lugar en el interior de la granja, la mayoría de ellas en la vivienda común; una construcción larga, abovedada y cubierta de cálida turba. El conjunto de la propiedad de mi padre incluía un establo, almacenes, retretes, una herrería y un baño de vapor a base de piedras calentadas al fuego. Por todo ello éramos considerados como un clan rico, como también lo era la familia de mi amigo Ulf que vivía en la propiedad vecina. En verano, mi padre con el de Ulf eran convocados a unas asambleas llamadas "Cing", donde se discutían los problemas comunes y formulaban las leyes. La familia era la base de todo, incluida la conducta individual, ya que del comportamiento impropio de uno de sus miembros se hacía responsable a la familia entera, pudiendo un clan ofendido, hacer pagar con su vida a cualquier miembro del clan ofensor, iniciándose por ello largas guerras tribales de venganza.

Fue en un "Cing" que mi padre tomó la decisión de que ya era el tiempo en que debía emprender el obligado exilio, pues mi partida estaba acordada hacía años, ya que había cumplido con creces la mayoría de edad ³⁰ hace ocho estaciones³¹ atrás. El aviso de mi alejamiento llegó por medio de una pequeña conferencia en la presencia de todos los varones de la familia, entregándome en esa ceremonia una gran espada que había sido enviada a templar al mejor herrero de Uppsala, como un valioso regalo que me demostraba el respeto y cariño de mis mayores. También me dieron un caballo de batalla llamado *Fehu*, de brillante pelaje oscuro, enjaezado con gran esmero y con alforjas repletas de provisiones para el largo camino que emprendería para encontrar mi futuro escrito por los dioses en el árbol de la vida.

³⁰ En el antiguo mundo Nórdico, la mayoría de edad de un hombre comenzaba a los trece años.

³¹ El calendario de los hombres del norte dividía los años en dos estaciones: invierno y verano.

Al cumplir una luna completa tras el aviso, mi padre me comunicó que no marcharía solo, pues mi amigo Ulf en igual condición que la mía, había aceptado ser mi compañero al abandonar las tierras de su clan. Ambas familias que fraternizaban desde pretéritas generaciones, nos brindaron una gran fiesta de despedida a la que asistieron todos los integrantes de ambos clanes, incluyendo a mujeres y niños. A Ulf y mi nos dieron un sitio de honor en la mesa principal, cada uno sentado al lado derecho de su padre, mientras nuestros hermanos mayores, algo incómodos se ubicaban al lado izquierdo. A continuación del gran banquete, hubo discursos por parte de cada patriarca, quienes algo ebrios relataron las historias de cada familia remontándose hasta el mismo principio de los tiempos. También fuimos víctimas de sentidos abrazos de cada uno de nuestros parientes, quienes nos llenaron los oídos de consejos y recomendaciones, hasta que sin darnos cuenta llegó el amanecer con la hora pactada para comenzar el viaje. Con el sol saliente derramando luz a chorros con sus rayos, con Ulf nos despedimos de nuestros respectivos padres quienes nos acompañaron a montar nuestros caballos, que eran sostenidos por los caballerizos a la salida de la estancia donde se había llevado a cabo la fiesta.

Ya en camino con mi camarada, nos dimos cuenta sin mucho esfuerzo que nuestros padres se habían puesto de acuerdo en reunir nuestros destinos desde siempre, intentando de esa manera el que nuestra amistad fuera una de las formas en que nos protegeríamos de todas las adversidades que deberíamos enfrentar en el encuentro con la ventura, pues así lo querían los dioses.

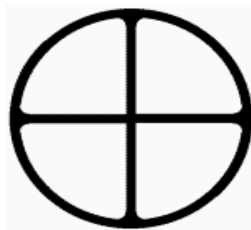
A mi compañero le llamó mucho la atención la larga espada entregada por mis mayores, así que en vez de llamarme Thorvald Dursson o hijo de Durs; me apodó de ahí en adelante Thorvald *Espada larga*, que solo en sus letras alcanzaba la gloria de los famosos guerreros conocidos por las historias que contaban los escaldos. Sin embargo mi naciente título me llenó de orgullo, pues me hacía fantasear con colmar de proezas la memoria de otros guerreros con mi apodo de combate. Aunque jamás había matado a un hombre en batalla ni en ninguna circunstancia, y las luchas que había tenido hasta entonces no pasaban de pugilatos con otros chicos de las cercanías.

Rememoro a mi padre, que consiente de mis escasas expectativas de sobrevivir por mi nula experiencia en las artes de la guerra, me sometió a un duro entrenamiento desde que cumplí trece inviernos de vida como cualquier muchacho de mi edad. Asimismo durante ese periodo me enseñó a contar, a leer y escribir en la lengua Svear y en Latín, y más adelante me hizo entrega de un pergamino de piel de ciervo escrito en Futhark³², el dialecto de los antiguos que

³² **Futhark:** El uso del futhark joven aparece en Escandinavia probablemente a partir del siglo IX. Mientras que durante el periodo de las migraciones el futhark antiguo había sido prácticamente un "secreto" conocido sólo por una élite letrada, del cual sólo han sobrevivido unas 350 inscripciones. La alfabetización de la población en futhark joven se generalizó por toda Escandinavia, como atestigua el gran número de piedras rúnicas, unas 6.000, y otras inscripciones, algunas hasta con textos de contenido trivial. El futhark joven empezó a ser conocido en Europa como el "alfabeto de los nórdicos". Aparecen referencias a él como el *abecedarium nordmannicum* en el Codex

me descifró, instándome a memorizar sus signos que manifiestan tanto las palabras de los hombres como las señales de las deidades. El arcaico pellejo enrollado instruía sobre la forma de obrar de un auténtico guerrero. Aún veo sus ojos grises brillando a la luz de la lumbre del fuego, cuando me hizo dar voto de que lo entonaría todas las mañanas de mi vida. Juramento que aún cumplo mi fiel Vaemond, a pesar de ser ya un anciano que solo cuenta historias al abrigo del fogón. Escuchadlo amigo de mis labios, registradlo con la habilidad que tanta reputación os ha dado como copista, poned diligencia que ya no se oye en ninguna región de las tierras del norte:

- Sé bravo y agresivo.*
- Aprovecha todas las oportunidades.*
- Usa diversos métodos de ataque.*
- Sé ágil y versátil.*
- Ataca a un enemigo por vez.*
- No planifiques todo excesivamente.*
- Usa las mejores armas y mantenlas en buen estado.*
- Elige buenos compañeros de batalla.*
- No hagas promesas que no puedas mantener.*



Luego de dos días de marcha por caminos llenos de lodo que se abrían paso por bosques y granjas de cultivo, llegamos a un pequeño puerto fluvial en la ribera oriental del gran lago Malaren, donde por unas pocas monedas nos embarcamos rumbo al puerto-fortaleza de Stockholm³³ que había sido fundada sobre la pequeña isla de Stadsholmen hacía cuarenta años. El puerto se reducía entonces a la pequeña isla llamada Gamla Stan, donde se erigía un gran fuerte que protegía a Svealand de las invasiones de flotas extranjeras y de los piratas del Báltico. Al entrar al burgo de Stockholm luego de desembarcar en sus muelles, buscamos una posada barata para nosotros, pero no escatimamos gastos con un establo que diera los cuidados adecuados a los caballos de batalla que nos habían regalado nuestros clanes. La verdad es que esos días, quizás semanas solo nos dedicamos a empinar el codo, emborrachándonos en compañía de mujeres del puerto en cada taberna que abría sus puertas de par en par a esos jóvenes ricos que éramos en ese tiempo lejano. El dinero entregado por nuestras familias disminuía a ojos vistas cada día lo que nos produjo un gran pesar, obligándonos a pensar en la posibilidad de ofrecernos como guerreros libres en alguna expedición de comercio o saqueo, que era la única guisa de ganar fortuna pronta no sin enfrentar pocos peligros.

Fue una de las mujerzuelas que frecuentábamos, quien nos dio la noticia de que un tal Olaf de Gotland, un “Rey del mar”³⁴ al mando de cuatro naves estaba de paso en el puerto, y que necesitaba buenos brazos para atacar poblados de los bálticos que no estaban bajo la bandera de Dannemark. Con Ulf nos pareció una magnífica oportunidad de comenzar a forjar nuestro destino, indagando por todos sitios el paradero de ese famoso jefe. Cuando por fin dimos con el paradero de Olaf *El afortunado* como le decían, este estaba supervisando el calafateo de la que supusimos era la nave madre por su enorme tamaño y extensos aparejos. Nos presentamos con grandes aspavientos, pero Olaf de Gotland, que era un marino enorme de brazos llenos de cicatrices, apenas si nos miró entre las greñas de su larga cabellera suelta, que ya se teñía de blanco por la edad. Luego de dar algunas órdenes a sus hombres ignorándonos, giró dirigiéndose a una trampilla abierta llamando a gritos a un marino de nombre Gimmlur, a quien encargó darnos las condiciones del trato de enganche. Luego Olaf saltó al muelle, cruzándolo para subir a otra de las naves en el extremo contrario. Gimmlur subió a cubierta con la boca llena de maldiciones y se acercó observándonos de pies a cabeza. Sin demora nos habló de las

³³ **Stockholm:** La primera mención de la ciudad de Estocolmo data de 1252. La ciudad se reducía entonces a la pequeña isla llamada Gamla Stan. Fue fundada por Birger Jarl, con el objetivo de proteger a Suecia de las invasiones de flotas extranjeras y para poder poner fin a los pillajes de los cuales eran víctimas ciudades como Sigtuna, situada sobre el lago Mälaren.

³⁴ **Rey del mar:** Denominación Escandinava para los comandantes de las expediciones de comercio y saqueo en la era vikinga. Las duras circunstancias de vida, la falta de recursos y la expansión demográfica, hicieron que grupos de hombres abandonaran sus tierras y empezaran a explorar nuevos horizontes desde el año 856. Por ello, los primeros vikingos deseosos de conocer rutas con nuevas tierras para comerciar y poblar se lanzaron al mar en busca de riqueza y fama creándose el nombre de reyes del mar o “Vikinger”.

condiciones del trato que consistían en que no había soldada y que la mitad del botín saqueado pertenecía al capitán, mientras que la mitad restante se repartía entre los hombres según su rango y antigüedad en las expediciones de saqueo. Agregó que cada uno debía llevar sus armas y que si moríamos nuestros cuerpos serían lanzados al mar sin más ceremonia. Con Ulf nos miramos asintiendo conformes con la alianza, que se selló con el juramento solemne de los piratas de la hermandad del Báltico.

Antes de que el sol saliera, dos días después de engancharnos como marinos, ya estábamos al pie del muelle con nuestros caballos y todas nuestras armas dispuestas para entrar al combate ahí mismo si era necesario. Con mirada incrédula al vernos, Gimmlur se separó del grupo de guerreros que instruía aproximándose, mientras vociferaba a los cuatro vientos, que desde el principio pensó que éramos un lastre, un par de inservibles inútiles, solo dos estúpidos hijos de terratenientes que no sobreviviríamos a la primera lucha. Con la cara descompuesta nos ordenó que dejáramos las armas en la cubierta y que luego de embarcar a los caballos dentro de los Drakkars ayudáramos a la carga de algunas provisiones y agua dulce, y que si teníamos que entrar en combate, esto no sería antes de dos o tres días más. Avergonzados, nos despojamos de todo obedeciendo y nos dedicamos a cargar todo tipo de bagajes entre las burlas y risas de los otros soldados que nos miraban con desprecio.

Ya navegando en el mar, me fui a la proa de la “Sigrun” que Gimmlur dirigía del timón, pudiendo contar desde ahí a los cerca de veinte guerreros que la tripulaban, que sumando a los hombres de las otras tres naves, debíamos de ser cerca de un ciento los expedicionarios que asaltaríamos el puerto Báltico de Pärnu. Durante la navegación pude contemplar como las velas cuadradas de los otros tres Drakkars se hinchaban con el viento a favor, permitiendo que las líneas ágiles de las embarcaciones surcaran las aguas con una velocidad sorprendente. El secreto de estas máquinas de batalla excepcionales parecía estar en los mástiles centrales, sólidamente encajados y de su quilla curva de extremos afilados que aprovechaban la fuerza de las olas.

Después de dos jornadas de navegación se avistó la costa en el horizonte, esto fue pasado medio día, cambiando el plan original de ataque al puerto de Pärnu. A través de señas con espejos se transmitió el mensaje de reunión en un punto más alejado al sur de la bahía de Pärnu. Ya cerca de la costa, la nave madre timoneada por Olaf se adelantó seguida por las otras tres embarcaciones hacia un fondeadero oculto tras un gran roquerío, que a primera vista no tenía ningún acceso a las cornisas superiores del acantilado coronado de pinos. Esta caleta era una de las muchas ensenadas furtivas de los piratas del mar Báltico, cuya ubicación se resguardaba en el más absoluto secreto. La revelación a extraños a la hermandad del Báltico del sitio de estas guaridas, era pagada con la muerte en la más cruel tormento: “Las alas del águila”, en la cual se amarraban los brazos del desdichado a un potro de tortura con el pecho hacia abajo y el verdugo abría con un gran cuchillo dentado la piel de la espalda con profundos cortes que dejaran a la vista las costillas que luego eran levantadas con violencia dejándolas abiertas a cada lado,

simulando unas alas sangrantes del espantajo, que solo moría desangrado algún tiempo después de la ejecución.

Desembarcamos todos menos los guerreros más viejos que quedarían al cuidado de las naves, pues el ataque debía hacerse con velocidad, debiendo cruzar a toda marcha el bosque que nos separaba de Pärnu antes que alguien nos viera y diera la alarma. Las órdenes de Olaf eran precisas: el ataque se realizaría envolviendo el poblado en dos alas: una sería dirigida por Berth, el capitán de una de las naves menores y la otra por el mismo Olaf. No habría piedad con nadie que se nos opusiera, debiendo despojar la iglesia y las casas de los comerciantes en primer lugar. La consigna también incluía que no se esperaría a nadie después de la llamada a retirarse, conviniendo estar atentos y no ceder a la tentación por alguna mujer o más riquezas que robar. Siguiendo a Olaf nos pusimos en marcha subiendo el acantilado por una escalera tallada en la roca del acantilado, ascendiendo con grandes dificultades ayudados por cuerdas que colgaban desde la cima. Las sogas estaban amarradas a los árboles cercanos al borde del precipicio por varios exploradores enviados con antelación, quienes nos ayudaban desde la altura a contener el bamboleo que nuestros movimientos provocaban en las lías, haciendo peligrar a los hombres que venían mas abajo. Ya arriba, respirando apenas por el esfuerzo de trepar el risco, Olaf nos ordenó avanzar dirigidos por un explorador llamado Theolbald. Marchamos siguiendo al guía progresando a través de la penumbra de un tupido bosque, resoplábamos por el brío de nuestros pasos sudando a chorros por el peso de las corazas y las armas. Una que otra ave emitía graznidos que rompían la quietud de la foresta, haciéndonos pensar que habíamos sido avistados por nuestros enemigos quienes se hacían señales para emboscarnos. Pero Theobald giraba dándonos tranquilidad e instándonos a apurar la marcha hasta una pequeña colina poblada de abetos que se divisaba adelante. Trepamos la colina apoyándonos de los troncos de los árboles para no resbalar en el suelo cubierto de filamentos de pinos secos, que brillaban como si fueran delgadas varillas de metal. Cerca de la cima del cerro nos fuimos reuniendo hasta completar la hueste, y entonces pudimos asomarnos sobre la cresta arbolada para ver el puerto de Pärnu a orillas de un río del mismo nombre que desembocaba en la bahía.

La pequeña ciudad solo contaba con una empalizada que obstruía el paso desde tierra adentro para su defensa, no tenía murallas de piedra todavía, pues las estaban erigiendo hacía poco y solo sobresalían los cimientos desde la superficie de la tierra. Todo se veía en calma, pudiendo avistar desde el altozano como las mujeres iban al río a buscar agua, el trabajo en los talleres, como de la actividad del mercado en la plaza. Encontrándose la ciudadela a completa merced de nuestro ataque, Olaf no espero más. Dividió en dos nuestra pequeña tropa, quedando junto a Ulf bajo las órdenes de Berth, quien comandaría el ataque envolvente por el lado de la desembocadura del río, para neutralizar la resistencia de los marinos del puerto, mientras Olaf atacaba el portalón principal de la empalizada y aniquilaba la guardia. Prestos al asalto, descendimos por la orilla derecha de la colina con una rapidez vertiginosa que provocó que

algunos cayeran rodando algún trecho. Antes de llegar al llano cruzado por un camino, nos percatamos de un pastor que nos observaba petrificado mientras su rebaño de ovejas se desperdigaba sin control. No le dimos importancia, pues ya Berth cruzaba el río provocando el pavor de las mujeres, que al vernos abandonaban las coladas y huían gritando en busca de la protección de la ciudadela que ya era asaltada por la banda de Olaf. Llegamos al puerto encontrando alguna oposición por parte de hombres de mar que se defendían con remos, cuchillos de pescado, palos o lo que tuvieran a mano siendo masacrados sin misericordia. Un báltico de mi edad me atacó con un arpón después de haber herido en una pierna a uno de los nuestros. Esquivé el arponazo con el escudo y me giré sobre mi mismo como me enseñó mi padre, descargando el peso de mi larga espada en su espalda, abriendo un gran tajo que dejó entrever sus vísceras por un costado, desplomándose sin siquiera gemir. Ulf un poco más allá, hacía otro tanto con un hombre algo mayor que intentaba derribarlo con una maza de carpintero, pero mi amigo le clavó una de las hojas de su hacha en el pecho y continuó avanzando. Las callejuelas estaban llenas de cadáveres y ya algunos guerreros se adentraban en las casas para buscar el ansiado botín. Con Ulf junto a una decena de hombres seguimos a Berth, quien iba al encuentro de Olaf en la plaza de Pärnu avanzando entre las ruinas sin encontrar resistencia. Despejado el camino, llegamos hasta el mercado donde esperaba Olaf atisbando en todas direcciones con su espada tinta en sangre en su mano. El encuentro entre los dos jefes confirmó el éxito del ataque y la muerte de los guardias y de la mayoría de los hombres que no huyeron hacia el bosque con sus familias, quedando la ciudad-puerto libre para el saqueo que debía hacerse con rapidez. Con Ulf nos dispusimos a encontrar nuestro botín en la casa de un comerciante que habíamos visto camino al mercado. Llegamos en un suspiro ante su pesada puerta que forzamos a empujones hasta que cedió abriéndose violentamente. Con la espada en ristre entré en la penumbra de la planta baja sin que nada indicara que había alguien vivo en aquel lugar. De pronto, un bulto sobresalió de las sombras, y la silueta de un hombre se me abalanzó gritando al golpearme con algo pesado en el hombro que me dobló de dolor, lanzando lejos mi espada. Mi atacante al verme desarmado cayó sobre mí para rematarme, cayendo ambos al piso en medio de forcejeos, hasta que pude alcanzar mi cuchillo que enterré con toda mi fuerza en su estómago, mientras Ulf por detrás lo abría en canal con su hacha. Mi amigo me ayudó a ponerme de pie y al recuperar mi espada tirada en un rincón, me percaté de la presencia de una portezuela en el suelo que Ulf hendió con su arma. Ya vencida la trampilla, con la luz que dejaba entrar la puerta abierta, logramos entrever unas formas difusas que adivinaban al comerciante y su familia, quien al verse atrapado, salió de su escondite suplicando piedad para él y los suyos, entregando todas sus riquezas a cambio de sus vidas. Satisfechos por el botín de abalorios, joyas, platos y copas de plata, más distintas monedas; salimos de la casa del rico mercader al escuchar el sonido del corno que nos llamaba a retirarnos hasta la misma colina donde habíamos avistado Pärnu por primera vez.

Una vez reunidos con el resto de la hueste, seguimos la ruta de regreso a las naves sin novedad dichosos de la rapiña. Luego de que todos hubieran descendido el acantilado para llegar al fondeadero, Berth ordenó retirar las cuerdas e hizo el recuento de las bajas que solo eran tres heridos leves, pero cinco de nuestros hombres no contestaron el llamado, siendo un guerrero llamado Sven *El alto*, quien informó que los ausentes se habían dirigido a una granja cercana para continuar el pillaje, desobedeciendo las indicaciones de Olaf, quien incluso no permitió que capturásemos mujeres para no demorar la retirada.

Los Drakkars se hicieron a la mar apenas el último de los guerreros depositó los tesoros robados en unos grandes cofres que al regresar ya estaban esperando por nosotros en la playa del fondeadero. Con Ulf dejamos las valiosas joyas que habíamos tomado con gran aflicción y desconfianza, embarcándonos en la nave entre maldiciones. Gimmlur nos miraba desde el timón sonriendo, mientras daba órdenes a los veleros para que jalaran los cabos de la gran vela cuadrada para aprovechar el viento, adentrándonos en el mar siguiendo la nave madre de Olaf, que se erguía con su gran dragón de proa señalando el Oeste, en dirección a la gran isla de Gotland³⁵.

Pasamos la noche surcando la gruesa mar que se agitaba por un viento algo cálido, que solo podía anunciar una tormenta suave, pero no por eso menos peligrosa si no se tomaban las debidas providencias, lo cual hacía fruncir el ceño a nuestro Jarl en el remo-timón. Luego de un par de horas de lluvia en un mustio amanecer, avistamos en el horizonte la gran isla de los dioses que nos mostraba su cara oriente desde la distancia. Rodeamos la costa de la isla hasta el otro lado, para descender hacia el sur bordeando su cara poniente hasta llegar al puerto de Wisby, que tal como Stockholm había sido fundada hacia pocas decenas de años. El puerto estaba tranquilo y en su bahía solo había algunas naves de pesca, pues la mayoría de los Drakkars habían zarpado en busca de riquezas a todos los rincones del mundo conocido a través del comercio y el saqueo. Recuerdo que ya caía la tarde cuando desembarcamos, anhelantes del llamado de Olaf para recibir nuestra parte acordada del botín. Llenos de alegría, junto con mi compañero fuimos agasajados con gran cantidad de joyas, monedas y hasta de un relicario de plata que debíamos dividir con Ulf si queríamos gastarlo, pero ambos decidimos dejarlo de ahorro para lo que nos podría deparar el mañana. Esperamos en la borda que nuestros camaradas recibieran su parte, solazándonos de sus caras de expectación parecidas a las de niños antes de recibir una golosina del padre. Olaf, sentado en un taburete en medio de la cubierta de la nave madre, iba preguntando el nombre y el Drakkar en que servía a cada hombre que se adelantaba de la fila en que esperaba su turno, luego sacaba dos o tres puñados de los cofres abiertos y se

³⁵ **Gotland:** Literalmente significa: “La tierra de los dioses”, ubicada en el medio del mar Báltico, a 90 kms. al Este de Suecia y 130 Km. al oeste del más cercano de los países bálticos, Letonia. Miles de hallazgos arqueológicos nos dicen que Gotland era el centro comercial más importante de la era vikinga. A partir de esta base los vikingos viajaron por toda Europa y otras partes del mundo para el comercio y el saqueo. La mayoría de todos los tesoros de plata Vikingos en el mundo han sido encontrados en esta isla.

los entregaba al guerrero, mientras un escribano registraba el pago y la conformidad de los felices soldados que se retiraban, adentrándose por las callejuelas que conducían al barrio de las tabernas y prostíbulos entre risas y empujones con otros camaradas.

Nos sentíamos llegando a la patria, pues desde hace mucho tiempo que la isla de Gotland estaba bajo la protección del rey de Svear, quien había ordenado erigir para conocimiento de todo aquel que pasara por la plaza de Wisvy, una gran estela de piedra con una inscripción tallada en Futhark que leí con curiosidad:

“Por lo tanto, por su propia voluntad, los Gotlanders se convierten en súbditos del rey de Svear y, por esto, pueden viajar libremente y sin riesgo a cualquier punto del reino sin pagar peaje ni otros impuestos. Además, los Svears tienen el derecho de ir a la isla de Gotland sin restricción en el grano ni otra prohibición. El rey ha de ofrecer protección y ayuda siempre que la necesiten y lo hayan pedido. El rey y los Jarls habrán de enviar emisarios al “Cing” de Gotland para recibir el dinero de los impuestos. Estos emisarios habrán de proclamar pasaje libre para todos los Gotlanders a todos los puntos del mar del rey en Uppsala y lo mismo para todo aquel que quiera viajar hacia la isla de Gotland”.

Pensando en lo justo que me parecía el acuerdo entre mi rey y los habitantes de la isla, fui interrumpido por Ulf quien me dijo que siguiéramos al grupo que encabezaba Sven a una taberna, donde decían que servían la mejor hidromiel meseras de pechos desnudos que eran capaces de todo por una moneda. Con la lujuria brillando en nuestras pupilas caminamos hasta una taberna que estaba en el sótano de una gran casa de piedra, donde Sven entró saludando a grandes voces. *El alto* se acomodó en la cabecera de un mesón desocupado, al mismo tiempo que agarraba del talle a una muchacha que pasaba con una jarra de cerveza, sentándola sobre sus piernas con grandes risas que presagiaban una juerga memorable. Nuestro grupo pidió varias jarras de cerveza negra e hidromiel además de sendos platos de piezas de caza, carnes y pescado con especias. Bebimos y despachamos en un breve tiempo ese banquete disfrutando de la compañía sinuosa de algunas furcias que ya olían, por la calidad del festín, que estábamos en buena racha y poseíamos cada uno de nosotros el dinero suficiente para pagar por los placeres de todas ellas juntas.

Otras gentes nos miraban de soslayo envidiando de seguro nuestra fortuna. Solo un grupo nos ignoraba y se dedicaban a echar chistes algo borrachos en una mesa cercana a la puerta. Los reconocí como Rus por los abundantes tatuajes en el cuerpo, y por llevar la cabeza rapada dejándose algunos un mechón trenzado que caía desde la coronilla hasta la nuca. Le pregunté Sven la razón por la cual esos guerreros del mar estaban en Wisby, respondiéndome que estábamos en el principal puerto de partida de los barcos mercantes que se dirigían a las antiguas colonias de oriente, al Kievan Rus³⁶, y desde allí en dirección a la ruta de la especias en un lugar llamado Samarkanda.

³⁶ La **Rus de Kiev** o el **Estado Ruso antiguo**¹ fue el primer Estado eslavo oriental, dirigido desde la ciudad de Kiev, ciudad capital de la actual Ucrania, desde aproximadamente 880 hasta mediados del siglo XII. Los reinados de

Satisfecho y sorprendido con la noticia de que inclusive habían ciudades para comerciar más allá del lejano reino Rus, me avoqué a beber de mi jarra observando a Ulf, quien abrazaba a dos mujeres mientras hacía divertidas morisquetas que terminaron por hacerme estallar en carcajadas. Sí, estábamos dichosos de regresar con vida y riquezas de nuestra primera expedición como guerreros-navegantes, de disfrutar del premio de los dioses por los peligros librados en la aventura. Con esos pensamientos en mi mente me entregué a la bebida y a las caricias de una joven mesonera que se me ofrecía con una sonrisa, que me amaneció al día siguiente en un camastro del segundo piso de la taberna. Cuando por fin desperté, mi compañera de la noche ya se había ido sin dejar rastros de su presencia mas que su agradable olor en mis ropas esparcidas por los tablones del piso. Me vestí con rapidez, tomé mis armas y salí al exterior gozando el estar vivo tocado por cientos de pequeños rayos del sol, que iluminaban el cielo azul con todo el esplendor de la estación del buen clima.

Después de comer algo en una cocinería, me perdí por las angostas callejuelas pavimentadas con lozas de piedra admirando el gran muro, “El Ringmuren”³⁷, de más de diez mil pies de largo y veinte de alto que dividía la ciudad de la campiña y por supuesto de los campesinos, que al parecer debían soportar altos impuestos y precios bajos por el pago de sus cosechas. El gran muro estaba intercalado por grandes torres siendo la más alta la que llamaban Kruttornet o “Torre de la pólvora”. En mi recorrido también admiré una gran iglesia cristiana que no pudo si no dejarme enmudecido por su tamaño y lo hermosa que eran sus líneas que apuntaban al cielo, como queriendo alcanzar a su dios con la punta de sus delgados dedos de piedra alzados al cenit. En todo ese trayecto mi sed aumentaba, haciendo clamar a mi garganta por alguna bebida que no debía ser agua. Al mandato de la resaca, mis pies tomaron la dirección del puerto para buscar a Ulf, cosa que no me llevó mucho tiempo al hallarlo bebiendo y jugando a los dados con otros compañeros de la nave de Gimmlur. Llamé a mi amigo a un lado y lo invité a beber conmigo alardeando y riendo de la juerga junto a las muchachas de la taberna, pero también acordando pagar por el cuidado de nuestros caballos de batalla, que habíamos dejado en la mejor caballeriza del lugar, continuando luego la parranda hasta bien avanzada la noche.

Luego de una semana Olaf *El Afortunado*, nos convocó al muelle para convencernos de realizar otra expedición aprovechando el buen clima, pero a tierras más lejanas y por supuesto más ricas que la pequeña ciudad de Pärnu. La noticia de la nueva expedición nos llenó de satisfacción corriendo de boca en boca por todas las tabernas y posadas de Wisby, pues Olaf necesitaba de más hombres de armas para poder mitigar la deserción de varios guerreros que se enlistaron para otras expediciones.

Vladimir el Grande (980-1015) y su hijo Yaroslav I el Sabio (1019-1054) supusieron la edad de oro de Kiev, que vio la aceptación del cristianismo ortodoxo y la creación del primer código o cuerpo legal escrito en lengua eslava, el *Russkaya Pravda*. Rus de Kiev fue el mayor Estado europeo de la Edad Media.

³⁷ “**Ringmuren**”: Muralla de piedra de 3,4 km de longitud llamada “*Ringmuren*” que rodea la ciudad de Wisby.

Recuerdo que el día fijado para la leva, llegó un gran número de buscavidas de todas las layas y orígenes a solicitar un puesto para la incursión. Con mi compañero no perdíamos de vista a los aspirantes, riéndonos de ellos mientras ayudábamos a estibar la carga, ya que muchos no tenían ni siquiera una daga con la cual embestir en una incursión. Entre el variopinto desfile de seres que se entrevistaban con Olaf y sus lugartenientes, pude reconocer a un Rus que había estado en la taberna cuando días atrás celebrábamos el botín obtenido en Pärnu. Su porte era algo arrogante y estaba vestido de una manera extraña o al menos no como nosotros acostumbrábamos, llevando por calzas unas bombachas que estaban cubiertas hasta la rodilla por unas botas negras, y en vez de camisa usaba una gran saya que le caía desde los hombros hasta más abajo del vientre, ciñendo su cintura por un cinto muy ancho, desde cuyos costados colgaban una larga espada curva y dos puñales. Pude escuchar que se presentó como Rúrik de Velikiy Nóvgorod³⁸, declamando sin mirar a nadie la línea de sus ancestros como si fuera un príncipe que se anuncia ante la corte de un gran rey. Me divirtió su desparpajo y se lo señalé a Ulf quien solo exclamó un breve:

-“Le doy una semana antes de que lo maten”.

-Yo asentí la apuesta de mi amigo, despreciando al novato como si fuéramos experimentados veteranos de guerras de muchos años. Pero para sorpresa nuestra, Olaf lo aceptó casi enseguida luego de un corto intercambio de palabras, asignándole un puesto en la nave de Gimmlur *El amigo del viento*, convirtiéndose en nuestro camarada a bordo de la “Sigrun” en la travesía por venir a partir de la mañana siguiente.

Nuevamente zarpamos, esta vez con rumbo al poniente rodeando las tierras de los jutos, para luego cambiar rumbo al sur, a la tierra de los belgas donde atacamos y saqueamos numerosas aldeas, monasterios, pueblos y pequeñas ciudades, sin contar algunas naves de carga que encontramos en alta mar y que despojamos de todas sus riquezas continuando así nuestro devastador trayecto hasta llegar al puerto de Dieppe en Normandía³⁹, donde recalamos para descansar y aprovisionarnos para conseguir regresar a Wisby antes del invierno.

Durante el período de la expedición, Rúrik de Nóvgorod se reveló como un gran compañero de viaje y también un guerrero osado, siempre dispuesto a la lucha sin importar lo difícil que fuera nuestra empresa. Se le veía con el ceño fruncido cuando debía al igual que todos nosotros, al no

³⁸ **Velikiy Novgorod:** Nóvgorod, también llamada Velikiy Nóvgorod (“Nóvgorod la Grande”). Es mencionada por primera vez en el año 856, siendo, junto con Moscú y Kiev, una de las ciudades más importantes de Europa oriental durante la Edad Media, y el único principado que escapó del dominio Mongol tras la conquista de Rusia.

³⁹ **Normandía:** A partir del principio del siglo VIII, varias invasiones sucesivas de piratas vikingos, en su mayoría daneses, saquearon y arrasaron la región, llegando a sitiar París a mediados del siglo IX. El jefe vikingo Rollon (Gange Rolf en Noruego) llegó a un acuerdo con el rey Carlos III de Francia quien le concedió el área de Normandía a cambio de defenderla contra los ataques piratas, mediante el Tratado de Saint-Clair-sur-Epte en 911. La región se convirtió entonces en un ducado llamado Normandía, de *Northmanorum* o *Nortmanni* que significa “Hombres del norte”, nombre con el que se denominaba a los invasores vikingos. Rollon fue nombrado primer duque de Normandía con el nombre de Roberto I.

haber viento a favor, tomar los remos y batir las aguas con sus paletas hasta que las rachas eran lo suficientemente fuertes que permitieran liberarnos de esa penosa tarea. Durante los descansos y las comidas se mostraba alegre, y casi siempre esbozaba una sonrisa mientras en un malísimo norrés nos contaba las historias de cada uno de los tatuajes que cubrían su piel que dejaba al descubierto cada vez que el sol calentaba el aire. Rúrik decía que para los Rus los tatuajes no tenían solo un sentido ornamental como lo era en la tierra de Svear; sino que marcaban las etapas de la vida de un guerrero, así como su origen y linaje: “Si sabes leer los símbolos de los tatuajes, podrás conocer toda la vida del hombre que los lleva”, recuerdo que nos decía con su acento fuerte. Pero también algunos de ellos tenían un sentido religioso, nos explicó:

- “Pues mi pueblo cree que cuando un guerrero muere, está tan confundido por haber dejado su cuerpo, que no encuentra el camino para llegar a su destino en el reino del más allá; por eso el espíritu se guía por los tatuajes para recordar quién es, eligiendo el camino que debe tomar”. También nos contaba que en su ciudad natal más allá de la tierra de los fineses, gobernaba un gran príncipe de nombre Dimitri Aleksandrovich o hijo de Aleksei Nevsky, pero que en realidad el príncipe estaba en otra ciudad y casi nunca iba para Nóvgorod “La grande”, así que una junta de nobles llamados Boyardos regían la ciudad y sus posesiones en su nombre, y que entre esos Boyardos se encontraba su padre, quien lo repudió por haber asesinado al hijo de uno de sus amigos en una disputa de borrachos cuando tenía un poco más de veinte años. Sin jamás contarnos la razón que generó la pendencia a pesar de que se la preguntamos varias veces, siempre repetía la misma frase. “Así que aquí me tienen - remataba cada vez que concluía su historia personal- En vez de ayudar a dirigir los destinos de mi ciudad y atacar a las hordas de perros mongoles y tártaros, estoy junto a un grupo de piratas desheredados asaltando pueblos indefensos. Triste es mi fortuna”.

En las tabernas de Dieppe conocimos a muchos marinos de todas partes del mundo, de los cuales algunos habían navegado hasta Sydland, a esa tierra nueva al otro lado del gran océano de la que se hablaba tanto. Estos hombres de mar confirmaban lo que ya habíamos escuchado en nuestra Uppsala natal, alimentando mi imaginación con las visiones de esas tierras vírgenes, donde ya hace mucho, hombres de nuestra raza habían fundado ciudades, reinos e imperios; siendo el más famoso de todos el imperio del rey Ingvar. Decían los marinos normandos que este monarca gobernaba desde una ciudad monumental hecha de piedra revestida de placas de oro, situada en las alturas cerca del cielo, donde vivían más de doscientas veces mil gentes entre nordmanners y nativos en perfecta armonía. También nos dijeron de las enormes riquezas de oro, plata, otros metales y piedras preciosas que poseía ese reino lejano, además de disponer en

abundancia una madera llamada “Palo Brasil”⁴⁰, que transportaban numerosas naves de carga a Dieppe en un tráfico regular con ese reino de ultramar.

Ulf y yo, jamás habíamos tenido tan generosa descripción, ni tan numerosos testigos de las maravillas de ese continente del otro lado del gran océano de los Atlantes. Mi espíritu se enardeció con las promesas de las grandes hazañas y riquezas que podíamos encontrar en el reino del gran Ingvar. Pero ya habíamos jurado lealtad a Olaf y debíamos regresar con la pequeña flota a Wisby y esperar allí la nueva estación de buen clima, pues ya los vientos se hacían más fríos y tempestuosos y la mar estaba más rizada que cuando salimos de la isla de Gotland. Al cabo de dos semanas de descanso, en la cual las naves fueron calafateadas y las velas reparadas y cubiertas de sebo de pescado, zarpamos de regreso a Wisby en un viaje que duró diez jornadas, ya que hicimos una pequeña escala en Bergen antes de enfilar definitivamente al este y tocar tierra amiga.

Al arribar al puerto de Wisby, Olaf como era costumbre nos repartió el resto del botín y nos despidió junto a Ulf, preguntando si estaríamos hospedando en “El cuervo de Odín”, en caso de que necesitara nuestros servicios. Asentimos sonriendo con las bolsas de monedas en la mano, pues eso significaba más aventuras y recompensas, pero sobre todo indicaba el reconocimiento de nuestro Jarl como parte de su tripulación permanente de navegantes-guerreros.

Wisby estaba tal cual la dejamos, pero notábamos la tirantez en el aire debajo de la aparente calma de las actividades de pesca y comercio cotidianas, por lo que presagiábamos que el conflicto entre los burgueses de la ciudad con los campesinos llegaba a una máxima tensión. El presentimiento se hizo realidad al adentrarnos en el puerto, notando que las gentes del lugar nos evitaban, tal vez por ser extranjeros de Uppsala siendo confundidos con mercenarios godos, que según nos contaron después, llegaban por decenas para ponerse al servicio de la ciudad, mientras soldados estonios apoyaban a su vez a los campesinos y hacendados de la campiña cercana. A pesar de todo ello, igualmente nos dirigimos al barrio de las tabernas a iniciar la francachela que nos merecíamos después de la incursión a Bélgica y Normandía, pero siempre alertas a cualquier indicio de hostilidad, pues no era nuestra intención el dejar los huesos tan lejos de casa.

Los hechos acaecieron con velocidad: unos dos días después de arribar a Wisby, cuando el amanecer todavía se presentía, Ulf me despertó sobresaltado por la baraúnda que se escuchaba en las calles. Gritos de mujeres y niños, voces de oficiales ordenando a soldados que apresuraran la marcha, anunciaban el esperado ataque de las fuerzas de los campesinos

⁴⁰ **Palo brasil:** Cuando los navegantes portugueses descubren Brasil, el 22 de abril de 1500, inmediatamente ven tal “madera de brasil”, que era extremadamente abundante. -Jacques de Mahieu lo indica como una de las valiosas cargas que los Normandos llevaba al viejo continente en su intercambio con Sudamérica antes de Colón.

gotlanders y caballeros estonios. Salí de mi jergón con rapidez y vistiéndome como pude agarré mis armas, a la vez que mi amigo asía su enorme hacha doble asomada por el ventanuco que daba al exterior. A una señal bajamos corriendo la escalera de madera y de dos trancos ganamos la puerta abierta, vislumbrando en la luz lechosa del amanecer a un tumulto de gentes empujándose y luchando por llegar a su destino en la estrechez de la calleja. Salimos de la posada con gran dificultad, abriéndonos paso a empellones hasta alcanzar el zócalo del mercado, donde soldados y hombres capaces de cargar armas corrían hacia las murallas seguidos por una compañía de mercenarios que cantaban en germano sus himnos de guerra. Ulf me hizo una seña para que lo siguiera por el quicio que dejaban las paredes contiguas de dos casas consiguiendo llegar a la siguiente callejuela, y así continuar por entre las dos paredes de una serie de bodegas hasta llegar a la parte posterior de la ciudad. Wisby era un caos, algunas casas ya ardían por el impacto de los proyectiles encendidos de catapultas iluminando el cielo nublado. Se podían ver las almenas del “Ringmurenn” llenas de hombres que disparaban sus arcos y ballestas al enemigo que intuíamos numeroso y furibundo. Le grité a Ulf que fuéramos al puerto a buscar refugio en las naves de Olaf, ya que esa guerra no nos incumbía y que además éramos forasteros fácilmente confundibles como enemigos por ambos bandos. Ulf resopló haciendo un gesto afirmativo y corrimos hasta los muelles donde tropezamos con la imagen de un puerto semivacío, que ya no albergaba en su bahía las naves de la flotilla de Olaf, pues seguramente se habían hecho a la mar apenas estallaron las primeras escaramuzas. Desconsolados nos miramos sin saber qué hacer, la confusión nos dominó algunos momentos interminables que fue roto por la herrería de un escuadrón de caballería que atravesó galopando un calle cercana. De pronto mi mente se abrió con la solución, gritándole a mi amigo que fuéramos a las caballerizas de maese Kirk donde estaban nuestros magníficos caballos e intentáramos salir de la ciudad sitiada en ellos. Entre vociferar mi idea y abrir los portalones del establo no recuerdo nada más, solo que dos palafreneros armados con garrotes nos intentaron cerrar el paso, pero al ver nuestros rostros desencajados y las armas en ristre listas para destriparlos, balbucearon preguntando quiénes éramos. Uno de los mozos de cuadra que estaba más atrás señaló reconocernos y gracias a ello y una moneda de plata para cada uno, nuestras magnificas bestias de combate estaban enjaezadas y ensilladas antes de que el sol saliera totalmente. Montados y armados galopamos hasta el extremo de uno de los muros que se hundía en el mar, que por efecto de la bajamar dejaba libre un pequeño trecho de arena húmeda hacia donde espoleamos a nuestros corceles, sabiendo que la escasa guarnición de las murallas en esa zona no nos impediría poder huir de la ciudad sitiada. Raudamente cruzamos la playa entre el recodo del muro y el mar sin que nadie diera la alerta, ya que los escasos centinelas estaban atentos a los combates que se luchaban en las puertas principales que daban al interior de la isla. Cabalgamos durante horas, primero por la playa y después a campo traviesa rumbo al sur sin mirar atrás hasta que el sol en su posición nos advirtió que ya era mediodía. Nos detuvimos en

un claro de un bosque de abetos para descansar a los caballos, que resoplaban completamente sudados por el esfuerzo a que los sometimos en nuestra escapada. Al desmontar, dejando a los caballos pacer en libertad, nos desembarazamos de las armas y demás impedimenta, tendiéndonos en la hierba fresca con la respiración agitada por todo lo vivido en las últimas horas.

“Es increíble, le dije a Ulf: Ayer estábamos bebiendo tranquilamente en “El cuervo de Odín”, disfrutando de la compañía de Uta y Fraya. Pero ahora somos fugitivos en una isla que se desangra por la guerra, donde para ambos bandos somos extranjeros sospechosos de luchar junto a sus adversarios.”

-“Y por añadidura nuestro Jarl se hizo a la mar dejándonos a la deriva en una tierra que no es nuestra. Agregó con sorna Ulf. ¿Pero qué haremos Thorvald?, ¿Tenéis alguna idea?”

- “Creo mi amigo, que debemos pensar en salir de Gotland cuanto antes, y por eso contemos las riquezas que conquistamos con Olaf que todavía poseemos. Revisad vuestro talego y vertid su contenido sobre mi escudo”.

Ambos sacamos del interior de nuestras ropas el talego donde cada uno guardaba su botín. Cosido con cerdas de morsa para impedir pérdidas, con una daga fuimos cortando las hebras al mismo tiempo, vertiendo la pequeña fortuna ahorrada durante meses de correrías sobre el lado plano del escudo. El resultado fue un menudo montón de monedas de diversos orígenes de oro y plata, incluyendo algunos maravedíes sarracenos, también teníamos algunas caras alhajas de rica platería; la mayoría cristianas, y una que otra joya menor como anillos engarzados. En realidad la visión de nuestros tesoros era alentadora y agradecemos a los dioses la prudencia de no gastar todo en las tabernas y prostíbulos del puerto. Por otra parte poseíamos buenas armas y dos magníficos caballos de batalla. Con todo eso podríamos sobrevivir por varios meses. Sonreímos e hicimos algunos comentarios felices sobre el futuro, pero debíamos salir de Gotland con premura y proveernos cuanto antes de comida y agua. Por eso dejamos que los caballos descansaran un poco más y luego reanudamos la marcha a trote suave siempre al sur. Antes del anochecer elegimos seguir por un sendero en dirección a la costa que bordeamos buscando una aldea de pescadores que nos pudieran ayudar a cruzar hasta Smaland en tierra firme. Ya entrada la noche avistamos algunas luces que debían pertenecer a la aldea de Klintehamn de la que habíamos oído de su existencia en Wisby, pero como era tarde y los ánimos estaban agitados por la guerra, decidimos pasar la noche en el bosque de manera de no asustar con nuestra presencia a los habitantes del pequeño poblado y darnos a conocer al día siguiente, cuando la luz permitiera que nos vieran acercarnos desde lejos en paz.

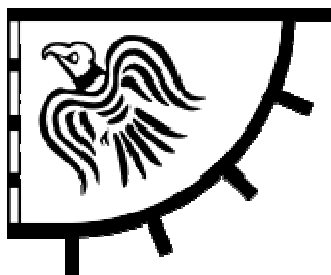
Poco antes del amanecer alistamos a las bestias y montamos rumbo a Klintehamn con paso de camino. Las armas enfundadas estaban visibles en una posición que dificultaba su rápido uso. En la lejanía un pescador que reparaba sus redes nos avistó dando la alarma, que se tradujo en la presencia de numerosos hombres que acudieron al llamado. Los pescadores se apostaron

blandiendo algunos viejos arpones como lanzas detrás de los cascos de algunos botes varados en la playa. Con Ulf nos miramos y ya a unos ciento cincuenta pies nos detuvimos mostrando la mejor de nuestras sonrisas, que la verdad no obtuvieron mas respuesta que la petición de su jefe de nombre Filgus de que nos retiráramos inmediatamente. Desmonté apenas Filgus terminó de hablar y me adelanté dejando la espada sobre la montura. Ya lo suficientemente cerca para que mis palabras pudieran ser escuchadas por todos; me presenté junto a Ulf como guerreros libres de Uppsala, y que como extranjeros no queríamos problemas, solicitándoles comida, agua dulce y transporte para llegar a cualquier parte de la costa de Smaland. Los rostros de los hombres de la aldea mostraban su extrema desconfianza a pesar de mis palabras de paz, así que le pedí a Ulf que pusiera a la vista el relicario que habíamos robado en Pärnu, para demostrar que teníamos con que pagar por sus atenciones. Mi compañero agitó suavemente el relicario de plata que brillaba bajo los primeros rayos del sol, esbozando una gran sonrisa y otros gestos que casi me hacen estallar en carcajadas. Pero el ardid causó efecto y los lugareños en boca del Filgus nos invitaron a acercarnos y llegar a un trato, que consistió en acceder a nuestras peticiones a cambio de tan rica joya, sin embargo de los grandes servicios que obtuvimos por ella era un precio demasiado alto, pero la situación lo exigía.

Embarcamos entrada la noche en una barcaza de carga con cinco hombres como tripulación, quienes desplegaron la única vela con habilidad para aprovechar el viento a favor que apresuró el viaje, pues al alba del día siguiente, ya estábamos ascendiendo un fiordo arbolado, felices de haber cumplido así la primera parte de lo que sería nuestra gran aventura, que continuó en un recorrido de varias semanas por oscuros caminos cruzando Smaland y el reino de Skania, hasta el otro extremo de la península para llegar al puerto de Bergen en el país de Nordveg. El viaje fue penoso, ya que la buena época concluía su paso para dejar al invierno morder nuestras manos y rostros con las dentelladas de las primeras ventiscas, que nos hacían sentir como si nuestras gruesas capas de piel fueran hechas de las suaves telas de oriente. El duro clima dificultó nuestra llegada a tan famoso puerto, pero lo logramos, encontrando posada y establo para los caballos. Allí, en la taberna donde hospedamos esperaríamos el deshielo para enrolarnos en alguna expedición que nos ofreciera un trato similar al que habíamos tenido con Olaf y los piratas del Báltico.

-“La casualidad no existe Vaemond, ya os lo había dicho antes. Pues el primer enganchador que apareció en la taberna al llegar la primavera, resultó ser que pregonaba la travesía a las comarcas misteriosas de Sydland. El reclutador que algo tenía de bardo, describía el viaje a un territorio cubierto por verdes selvas alimentadas por ríos cristalinos, poblado de muchas ciudades portentosas erigidas en piedra y revestidas de oro. Con Ulf nos miramos y sin decir más nos registramos como soldados libres, y ese fue el final de la historia de nuestra correría antes de llegar a ser oficiales del imperio de Tiawanaku. Esa historia que ahora recuerdo nostálgico cada noche, en una existencia que hace mucho no es mía sino de los antiguos dioses,

que desaparecen como los templos para su alabanza en un mundo con un nuevo dios y un nuevo orden que no reconozco”.



Saga cuarta.

“La necrópolis de los reyes arcanos”.

Los días que vinieron en el cerco de fuertes del Amambay, fueron de alegre descubrimiento de las condiciones en las que vivían cerca de diez veces cien nordmanners, en los pueblos que eran protegidos por las fortalezas de los cerros Corá, Tupá e Itaguambypé. Mi escuadra quedó con el mandato de engrosar la guarnición de esta última en la ribera del Aquidaban. Este fuerte era el más cercano al territorio de nuestros enemigos, aunque de estos no debía de quedar casi nada, ya que los guaraníes que los persiguieron después de su derrota, volvieron los días siguientes del interior de la selva en pequeños grupos o simplemente solos, pero siempre con una o dos cabezas de tupíes como trofeos, que de seguro terminarían adornando sus chozas cuando regresaran a sus aldeas.

El nuevo Jarl de Guazú: Heimdall *El de la mirada lejana*, se retiró a su bastión el cuarto día tras la batalla. Su tropa desfiló imperturbable ante los ojos de Oleg, que los miraba con ira contenida, produciéndome gran inquietud. Entre los hombres que regresaban a la fortaleza de Guazú distinguí a Sturl, quien desvió la mirada al intuir mi saludo lo cual me provocó cierta desazón y aumentó mi desconcierto, ya que no comprendía que una discusión entre mi Jarl y el suyo agriara la relación de camaradería entre los soldados al servicio del rey Ingvar.

Thorfinn me sacó de mis divagaciones avisándome que Oleg nos convocaba a una asamblea para entregar las órdenes de la semana que venía, y que no era otra cosa que los turnos de guardia -Pero para sorpresa de todos- Nuestro Jarl también solicitó voluntarios para batir territorio enemigo, con el fin de consolidar la victoria desplazando a los salvajes al otro lado del río Apa. Ni Ulf ni yo, ni ninguno de nuestros cercanos nos ofrecimos a pesar de la mirada insistente del arrogante de Ekath, que fue el primero en levantar su brazo como señal de aceptación del reto que la expedición significaba. Yo en cambio, quería ser asignado al destacamento que desharía el camino hasta Weibingo, para alcanzar a la caravana de colonos donde iba la princesa Gudrun, que ya debía estar recorriendo el *Peabiru* al Potosí. Pero la suerte me fue adversa y otro fue el escuadrón que regresó al Paraguay.

Como era de suponer, Ekath fue nombrado comandante de algo más de treinta guerreros que acompañados de un gran grupo de guaraníes sedientos de sangre, se internaron en la selva al

amanecer del día siguiente rumbo al noreste desapareciendo entre la vegetación sin demora. Los días que siguieron a la partida de la expedición de Ekath se sucedieron de manera agradable, pues éramos atendidos con magnífica generosidad por los colonos de Itaguambypé, quienes vivían en prosperidad. El progreso de estos poblados también se hacía evidente en la gran cantidad de niños que deambulaban jugueteando por ahí. De hecho había muchas chicas jóvenes con las cuales entablamos trato con mis amigos, pero poco más se podía hacer sin un compromiso formal, ya que sus padres eran colonos y a la vez guerreros al servicio del rey y no nos perdían de vista ni un momento. Sin embargo me alivió el poder constatar que había mujeres de nuestra raza sin marido, y quizás algún día pudiera desposar a alguna de ellas si decidía quedarme en esa tierra.

Cada día de la semana me correspondía hacer una guardia de seis horas en una atalaya que daba a la selva. Estas guardias cambiaban de horario cada inicio de semana y cuando el turno no coincidía con las horas más calurosas de la tarde, me dirigía junto a otros camaradas a gozar de las aguas de unos baños que estaban en las cercanías. Al sur del Cerro Itaguambypé o *cerro del Murallón* nacía un pequeño arroyo llamado Aquidabán-Nigui, que se dirigía primero hacia el norte y, luego trazaba una amplia curva que lo mandaba a desembocar en otro arroyo, afluente del Aquidabán, debajo del Cerro Corá. Después de unos cientos de pies, el arroyo quebraba su curso en una cascada al pie de la cual se formó con el tiempo un foso natural, de fondo arenoso, cuya agua tranquila y límpida invita al baño. Accedíamos a este lugar bendecido por los dioses por un sendero que conduce a la cima de la piedra de caída de la cascada, que las aguas cubren sólo en parte, por lo menos en la estación seca que fue la época cuando estuve allí. Al lado de la corriente, la roca domina desde un poco más de diez pies, una pequeña playa situada a orillas de los baños, cuya única vía de acceso son cuatro escalones que descienden hasta casi tocar el agua. En esa misma orilla había también unas casetas hechas con piedras para los baños de vapor y una atalaya para protección, que en forma permanente tenía asignados a dos centinelas para evitar sorpresas desagradables cuando los baños eran usados por nuestra gente.

En ese lugar que debía ser parecido al divino Asgard, pasábamos tardes enteras bañándonos y jugueteando en el agua tibia con otros soldados de la expedición y algunos guerreros que habitaban el lugar, quienes nos convidaban jarras llenas de un extraño licor elaborado en base a los tubérculos llamados “papa”, y que resultó ser una bebida embriagadora que invitaba a la risa y a la conversación. Un par de guerreros de nuestra edad del asentamiento de Itaguambypé, de nombres Ymir e Iskul nos contaban que a pesar de su juventud ya tenían esposa e hijos, además de una gran extensión de tierra asignada por el Jarl del fuerte en nombre del rey Ingvar. Aquella perspectiva me llenó de satisfacción, pues ser tan joven y ya poseer una cantidad de tierra superior a las que poseía toda mi familia en Uppsala, era una manifestación de que los dioses deseaban que nuestro pueblo habitara esas tierras y dejara una abundante descendencia, cosa que por lo visto ya practicaban desde hace mucho nuestros nuevos amigos. En esas largas

conversaciones en las cuales intercambiábamos todo tipo de anécdotas reales e imaginarias, es que le pregunté a Iskul que había más al norte, si es que habían otros reinos de nordmanners u otras civilizaciones. El me respondió que solo había tribus de hostiles, pero que había muchos ríos de gran caudal que los Drakkares remontaban desde el interior hasta el puerto de una isla llamada Marajó, en la desembocadura del gran río, en un delta que era tan grande como un mar⁴¹. Iskul me miró extrañado por no tener conocimiento del puerto de Marajó, pues casi todas las flotas que venían del continente madre hacían escala en ese lugar, antes de seguir viaje al sur o adentrarse por el gran río en busca de los dominios de Tiawanaku. Yo le expliqué el derrotero de la flota en la que habíamos llegado, y que habíamos desembarcado sin recalar en ninguna parte desde la tierra de los Mexicas hasta llegar Nye Hedeby. Luego desvié la conversación a los sucesos de los días anteriores, para llegar finalmente a preguntar a boca de jarro la razón del súbito alejamiento de Heimdall con los guerreros de Guazú.

Ambos guerreros se consultaron en silencio, mirando alrededor que no hubiera nadie que nos pudiera escuchar.

-“¿Es que no les dijeron nada antes de venir desde la patria?” Me preguntó Ymir, que sin esperar contestación me describió la situación del imperio: “Ya hace tiempo Thorvald, que los tupíes y otros pueblos aborígenes hostilizan cada vez más las fronteras del imperio, pujando por obtener nuestra tierra y sus riquezas. Y si bien se les mantiene a raya, cada vez son más fuertes las ofensivas y por ello la necesidad de guerreros que defiendan la ruta entre la gran ciudad de Taipikala y el mar. Por eso es que los reclutaron y nos les preguntaron su origen. Pues antes solo eran aceptados los oriundos de Dannemark y Schleswig-Holstein, pero ya ves; la necesidad provoca tomar medidas desesperadas”.

Estas últimas palabras las dijo sonriendo con picardía, pegándole un palmetazo en el hombro a Iskul, quien estalló en carcajadas que no pude evitar imitar, relajando un poco el tono alarmante en que Ymir me describía la situación. Entonces repliqué señalando que yo veía a los poblados y fortalezas llenas de gentes de nuestra raza, ya ricas en oro y plata, además de granjas que producen grandes cosechas y poseen numerosos animales que colman las tierras de pastura.

⁴¹ **Río Amazonas:** Según Jaques de Mahieu en su libro “Drakkares en el Amazonas”, los nórdicos establecieron varios puestos de reabastecimiento en distintos lugares de las rutas navegables en el Amazonas estableciendo escalas planificadas en su ir y venir entre el interior de Sudamérica y el océano atlántico, que incluía el gran centro que actualmente se le denomina “Séte ciudades” en las cercanías de la ciudad de Bahía.

El profesor de Maheiu señala que: “Los vikingos, ya lo sabemos, utilizaban como bases marítimas, en el Sur, el golfo de Santos y la isla Santa Catalina, a donde llegaban las dos ramificaciones del Peaviru, ese “Camino Mullido” que bajaba del Altiplano. Entre esos dos puertos se extendía la costa del Guayrá que, en el globo terráqueo de Vulpius, construido en 1542, lleva por nombre “costa danesa”. La navegación por estas vías se trataba probablemente, ante todo, de una navegación de cabotaje, y varias razones la justificaban. Por un lado, para ir de Tiawanaku a la isla de Marajó y a Siete Ciudades, había que recorrer, en primer lugar, antes de llegar al Amazonas, unos 2.000 Km. de los caminos accidentados que se convertirían, más tarde, en las calzadas reales incaicas: La ruta del sur podía ser más fácil. Lo era indudablemente, por otra parte, durante la estación de las lluvias, cuando las aguas turbulentas del Gran Río, cuyo nivel subía varios metros, transportaban enormes troncos sumergidos que constituían un grave peligro para embarcaciones livianas como eran los Drakkares.

-“Eso es cierto extranjero de Uppsala”- Contestó Iskul- “A pesar de que la diosa Freya nos bendice con muchos hijos y de que tenemos todo para ser felices en esta tierra nueva; aún somos muy pocos para controlar las grandes posesiones del imperio. Por eso desde hace algunos años, muchos son los que desean replegarse hacia el centro del imperio manteniendo las rutas bajo buena custodia. Pero nuestro soberano se opone a ello sin escuchar a su pueblo, que soporta sus guerras con una obediencia que amenaza con acabarse de un momento a otro. Como otros Jarls, Heimdall se opone a lo que llama: “la inmolación del rey”, conspirando para proteger las vidas de nuestra gente. Tal vez por eso es que viste discutir a tu Jarl con el regente de Guazú, pues Oleg es fiel al rey Ingvar sin presentar objeción a sus decisiones.”

- “No pretendemos agobiarlos, mas aun existe un problema que agita los corazones de los nordmanners, haciéndoles perder el sentido de la conquista de esta tierra”.

Asombrado de que hubiera todavía más dificultades solo atiné a escuchar lo que esta vez me contó Ymir:

-“Durante muchos años, desde la fundación de Tiawanaku hace casi dos centurias sobre las ruinas de un imperio anterior, el imperio Atumuruna ha subsistido sin la ayuda de nadie, en un aislamiento que ha favorecido el desarrollo de una civilización que puede competir con cualquiera de la tierra madre, desde donde viajaron nuestros antepasados buscando nuevos horizontes. Pero hace seis veces diez años que el gran rey Ypir decidió abrir rutas de comercio y de intercambio con Dannemark y Normandía, que ha permitido un tráfico permanente de todo tipo de mercancías hacia nosotros y la salida de lingotes de oro y plata en una retribución con felices resultados para ambas partes. Pero es que al poco tiempo de esta nueva política, llegaron hasta Taipikala los monjes de la orden de la Cruz Paté⁴², convirtiéndose en el transcurso de los años en los mayores socios comerciales del imperio. Estos sacerdotes de la nueva religión que inunda el mundo con la idea de un dios único hijo de un simple carpintero, son los que se llevan la mayor cantidad de oro y plata al continente madre en su flota de naves que son más grandes que cinco de nuestros Drakkars.

⁴² **Caballeros templarios en América:** Tras las huellas de los vikingos nórdicos y de los Normandos (vikingos asentados en Francia) con sus mapas del "Nuevo Mundo", vendrán a Sudamérica los Monjes-Caballeros Templarios. Los descendientes de vikingos daneses, provenientes de la región del Schleswig, habían acrecentado la extensión de un imperio preexistente. Desde aproximadamente el 1200 después de Cristo al 1307, los Templarios comerciaron con los vikingos, principalmente para traer la plata sudamericana hasta el puerto militar templario de La Rochelle en Francia. Hacia 1150, los vikingos asentados en el Lago Titicaca, una vez conquistado su imperio y aseguradas sus vías de comunicación con el Atlántico, gracias a su alianza con los aborígenes guaraníes, reanudaron su contacto con Europa, más precisamente con el Puerto de Dieppe, a algunos kilómetros del Puerto Militar Templario de Saint-Valery-en-caux. Se aliaron entonces a los Caballeros Templarios, en una alianza secreta tan común para esta Orden. Los vikingos aportaron lingotes de plata y los templarios sus artesanos y arquitectos, gracias a los cuales surgieron los grandes templos de Tiawanaku.

Estos monjes cristianos son también avezados guerreros con mucho poder, y que finalmente obtuvieron la prebenda para edificar en la gran ciudad de la laguna sus iglesias y monasterios, propagando su fe y también sus negocios. De alguna manera ya compiten por el poder con nuestro rey, que es seguidor de Odín y Thor como lo han sido todos nuestros soberanos y nobles desde que se fundó este imperio. La lucha por las conciencias de los nordmanners y de los indígenas ya sale a las calles empedradas de Taipikala, y tenemos conocimiento de que se han provocado serios enfrentamientos entre los dos bandos, llegando al extremo de derramar sangre en un momento tan crítico como este. Como podéis ver el panorama no es nada alentador Thorvald. Por un lado tenemos un problema militar de acaparar una gran extensión de territorio con una población que no es suficiente para controlar las fronteras sin la ayuda de los guaraníes, y por otro está la disputa de poder en nombre de una religión que desplaza a los antiguos dioses, generando el rechazo de nuestra gente más conservadora, que es tolerante con las otras creencias, pero que no aceptará que le impongan una religión que no es la de nuestros padres y renegar de la tradición y las antiguas costumbres.”

Al terminar de hablar mi compañero de armas, es que no pude menos que resoplar meneando la cabeza al imaginar el atolladero en que me encontraba. Me quedé pensativo por unos momentos, mirando desde la orilla de los baños el cielo que ya se teñía de rojo en el horizonte estirándose al poniente. Seguimos conversando con Ymir de posibles soluciones, mientras Iskul chapoteaba en el agua que adquiría un tono oscuro acusando la cada vez menos cantidad de luz que bajaba a esa pequeña hondonada, despidiéndonos de su regazo hasta la tarde siguiente.

Pasaron un par de semanas más antes de que emprendiéramos la marcha al sur para regresar a Weibingo. En ese período de tiempo fui asignado a regañadientes a una patrulla para merodear el lado Este del círculo de fortalezas, verificando que *El camino mullido* seguía en perfecto estado y sin enemigos al acecho. Tal como le había sucedido a Ekath en su expedición a las selvas del norte, yo también regresé al cabo de unos días sin novedad, lo cual coincidió con la información de los exploradores guaraníes que declaraban con una acusada satisfacción que los tupíes no volverían en muchísimo tiempo a osar traspasar las fronteras. Con la seguridad de haber dejado en buen pie las defensas de las fortalezas del Itaguambyé, Corá y Tupá, deshicimos el camino hasta cerro Ypir, donde acampamos al amparo de las murallas de la fortaleza.

En la noche alrededor de una fogata, le recordé a Ulf las historias que contó ese viejo soldado de Guazú sobre la existencia de la necrópolis de los antiguos reyes de Tiawanaku en el interior del cerro Ypir. Otros guerreros que compartían el descanso con nosotros mostraron su interés, aportando lo que sabían sobre los secretos de los sepulcros arcanos, provocándose una animada conversación que se encauzó en procurar autorización para visitar tan mítico cementerio al día siguiente. Oleg asintió al exponerle nuestro deseo, comprometiéndose a tramitar la autorización a Utahild, el Jarl de Ypir, quien después de la hora tercia comunicó por medio de un bedel

guaraní su permiso, indicando en el mensaje que solo se le franquearía el paso a diez guerreros conducidos por el mismo Oleg. Decidimos ir a la necrópolis esa misma tarde, sorteando los cupos entre los numerosos soldados interesados, que maldecían cuando la suerte les daba la espalda dejándolos confinados al campamento. La fortuna me sonrió, pero no así a Ulf, quien debería aguardar a mi regreso para saber lo que había visto dentro de las cavernas de la colina, formada de dos lomos de roca cubiertos de una densa vegetación.

Liderados por nuestro jefe, los diez afortunados seguimos a dos guerreros nordmanners de Ypir, que habían sido encomendados por Utahild para guiarnos en la expedición. Estos soldados nos condujeron en silencio por un sendero que recorría la base de la colina, atravesando un complejo de acueductos labrados en piedra, hasta llegar a un recodo, que al rebasarlo nos permitió enfrentar una gran entrada tallada en la roca del cerro, que en su arcada superior tenía grabada la frase: *“Igual victoria”* en Futhark. El acceso era custodiado por tres guerreros que saludaron a nuestros guías, permitiéndonos el paso a un corto túnel iluminado por largas teas, por donde llegamos hasta un portalón de bronce que cerraba el paso a esta primera cámara. Entonces Oleg extrajo de su cinturón una llave de oro que introdujo en la cerradura abriendo la puerta de par en par, dejando entrever en la oscuridad una enorme caverna que nos intimidó desde el primer momento.

-“¿Cómo describir lo que sentí en ese lugar mi querido Vaemon? Si, ya sé que pensáis que es otro delirio de este anciano loco al que debéis servir. También mis hijos me han cuestionado, pero por todo lo más sagrado, juro que nunca tuve oportunidad de contemplar algo de tal magnificencia como que lo que ahora os he de deciros. Escribid Vaemon y no preguntéis nada hasta que termine de dictaros”.

Con un antorcha en la mano cada uno, nos internamos por un largo corredor excavado por mano del hombre hasta un vestíbulo de grandes dimensiones. Aquel enorme recinto, alto y ancho como una catedral, tenía los muros cincelados delicadamente con imágenes que narraban los sucesos más importantes de la historia del imperio. Estos relieves nos parecían brillar desde la entrada, siendo instados por los guías a acercarnos para poder apreciarlos de mejor manera. Al aproximarme pude distinguir que los brillos correspondían a que las figuras humanas estaban repujadas con láminas de oro y plata que simulaban ropajes y armaduras, mientras los ojos eran imitados por piedras de distintos colores, siendo las más bella la de color azul, que también había sido utilizada para representar a los astros en el cielo. Alelados por todo aquello que veíamos, seguimos avanzando ante la seña de los guías, que tomaron un corredor de paredes lisas que pronto se convirtió en una escalera por la que descendimos varios niveles hasta las profundidades de la tierra.

Nuestro pequeño grupo iba enmudecido, y solo Oleg intercambiaba de cuando en cuando algunas palabras con los guardias de Ypir. Cada rellano de la escalinata, abría nuevos ramales que comunicaban con otras cámaras, pero nadie quiso o pudo preguntar sobre su uso,

suponiendo que eran conjuntos de tumbas. Las gradas de piedra resonaban al contacto de las botas, trizando un pesado silencio que nos abrumó por un soplo de tiempo interminable. Mis manos sudaban, sentía que hollábamos un lugar sagrado, en el que tal vez no debíamos de haber entrado. Cientos de preguntas me acometían: ¿Quiénes había construido todo ese complejo debajo de la superficie? ¿Tenía algún límite? ¿Cuánto habían demorado en hacerlo? Nada me calzaba. Si los antepasados habían creado este lugar, debieron haber demorado varias centurias, sin embargo el imperio había sido fundado apenas dos veces cien años atrás.

El reclamo de un camarada con el que tropecé, me devolvió de mis cavilaciones constatando que lográbamos alcanzar el final, bajando una suave rampa de sillares en dirección a una enorme puerta de plata que chirrió sus goznes al batirla para entrar. Al traspasar el portal mi respiración se detuvo. Frente a mí se abría un extenso salón circular de llanos muros dorados, de los que sobresalían las tumbas yacentes de los monarcas de Tiawanaku. Los sepulcros estaban dispuestos a cierta distancia uno de otro en perfecta cadencia, con la cabeza hacia el los muros revestidos y los pies hacia el centro de la cámara donde estaba situada una mesa de piedra verde rodeada de sillas del mismo mineral, en un número que superaban por uno el total de reyes sepultados allí. En ese instante vino a mi mente las palabras del veterano de Guazú, quien dijo que el rey Ingvar se reunía con sus ancestros en busca de consejos que lo ayudaran a dirigir el imperio- ¿Pero cómo era posible ese prodigio? -buscaba una explicación, mas cada cosa en la que reparaba del portentoso salón, me producía una vorágine de pensamientos que no podía controlar. Oleg nos pidió que miráramos hacia arriba. Una vez más quedé de una pieza, sobre nuestras testas, varias decenas de pies en lo alto, la bóveda de la cámara de los reyes se expandía en una colosal cúpula en la que titilaban a lo lejos todas las estrellas del cielo, representadas con piedras preciosas que las dibujaban con perfección inconcebible. Pude reconocer a Orión, a sirio, como a los astros que orientan la navegación en el océano. Giré sobre mi mismo pasmado como todos los demás, vi soles y lunas, planetas y constelaciones que ignoraba de su existencia. ¡Todo era tan real! Pero estábamos a cientos de pies al interior de la montaña. Los guías nos dieron algunos momentos más antes de urgirnos a regresar. Esos momentos los usé para indagar en las inscripciones al pie de cada sepulcro real, llegando así al primer rey de Tiawanaku, el gran Ullman, en cuya estela decía que: “El suyo era el viaje de una raza que venía desde el cielo”.

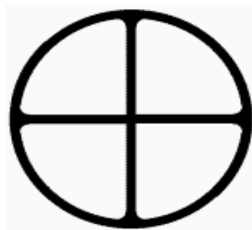
El retorno al puesto de cerro Guazú apenas lo recuerdo. El destacamento encabezado por nuestro Jarl iba al trote con sus estandartes y banderas al viento, pero mi mente estaba atrapada en las visiones de la necrópolis de Ypir, donde mi espíritu vagaba recorriendo sus pasillos y mausoleos ancestrales, que describí a Ulf tan vívidamente como mi estado me lo permitió cuando regresé al campamento. Pues recién habíamos salvado algunas decenas de pies en el aire libre, cuando fui presa de mareos y de un profundo dolor que me golpeaba el pecho. Los otros soldados que fueron testigos de los mismos portentos en el santuario, padecieron al igual que

yo, todo tipo de fenómenos que atribuyeron a sortilegios de los fantasmas de los reyes, que nos hacían sufrir estragos por la profanación de su descanso.

-Pero no. No podía ser. “Éramos hombres de guerra nordmanners al servicio del imperio y de su regente, quien nos dio su bienvenida y por ello éramos también servidores del pasado de Tiawanaku; pues el rey Ingvar era la encarnación de todos sus ancestros, así como él mismo será parte de su descendencia extendiendo su poder en el futuro, en que continuaré cumpliendo homenaje a mi juramento, bajo la gracia de los monarcas Atumurunas en otra época y en otro lugar” –

Ese no era yo, esas palabras las escuché dentro de mí, pero no emanaron de mi mente. Sin embargo fui inundado de una gran tranquilidad, terminando el malestar de mi cuerpo por retirarse –“No Vaemond, no tengo explicación. Solo trato de exponeros los hechos tal como sucedieron o al menos como yo los viví. Ulf no entendía nada, y solo el poder infinito de los dioses me armó de la paciencia para responder a las interminables preguntas de mi amigo, que no me dio tregua hasta llegar al pie de la fortaleza de Guazú”.

Apenas llegamos a nuestro destino, vimos desmontar a Oleg y sus cinco oficiales, que se dirigieron a entrevistarse con Heimdall. La reunión se prolongó por muchas horas, y ya oscurecía cuando pude observar que las puertas de la sala de consejos en la ciudadela se abrían dejando salir a los Jarls seguidos por sus escoltas. Caminaron juntos hasta el rellano que daba a la puerta principal de la fortaleza, donde se despidieron de un abrazo. Estaba claro, era un gesto que todos debíamos de ver. En esa ocasión se despedían como amigos, pues habían llegado a un acuerdo que solo hoy, después de tanto tiempo comprendo en su significado.



Cruzamos las leguas que nos faltaban para llegar a Weibingo con veloz ligereza, notando el arribo de nuevos viajeros al puerto del río Paraguay, donde el orondo Ivar nos agasajó con un festín memorable. En medio de la borrachera se presentaron bardos recién llegados del otro lado del mar, quienes cantaban las proezas de las recientes batallas con absoluta ignorancia de los acontecimientos, llegando a nombrar a los tupíes como hijos de Loki “El gran trapacero”, siendo que nuestros enemigos no tenían ni las más mínima noción de quien era nuestro dios del mal.

Dos días de descanso fue lo único que pudimos lograr, antes de que Oleg nos llamara a reunión para anunciar que debíamos escoltar a la nueva caravana en tránsito a Tiawanaku, según las ordenes traídas por un mensajero desde la gran ciudad de piedra. También nos alertó de que no era una caravana común, pues llegaban en ella varios sacerdotes de la antigua religión a asistir al rey Ingvar, pues era sabida la fidelidad del soberano a los dioses del Asgard. No pude menos que sentirme dichoso por nuestra próxima misión, y que los designios divinos hubieran propiciado mi encuentro con los magos blancos confortando mi fe en Thor y Odín, en un tiempo de mi existencia en que me sentía confundido por todos los hechos de los que había sido testigo. Lleno de curiosidad por la presencia de los escasos sacerdotes que quedaban del antiguo culto, merodeé en mis guardias el campamento de la caravana, observando a los sacerdotes vestidos con albas sayas realizar sus tareas. -Al verlos me recordaban mi tierra natal cuando era un niño y la impresión que dejaban en mí sus oraciones y sacrificios a los dioses- De pronto un viejo sacerdote que se aseaba junto a su tienda me llamó, para mi sorpresa por mi nombre, diciéndome algo que no alcanzaba a entender. Me acerqué con timidez al *Seid*⁴³, quien me alentaba a aproximarme con gestos amables, hasta que al llegar a él me preguntó mirándome directamente a los ojos: “¿Entonces vos sois Thorvald de Uppsala, muchacho?”

Sentí que me extraía del alma los recuerdos de mi vida completa exponiéndolos a la luz del sol, como cuando las mujeres tienden las ropas de la colada para que se sequen.

-Le dije que sí, que respondía a ese nombre y que era originario de Uppsala junto con mi compañero Ulf.

-“¡¡Ah!! Ulf también está aquí, lo suponía pero no estaba seguro. Las runas me dijeron que vio la muerte hace muy poco”. Agregó con satisfacción mirándome misteriosamente. “Ya veré que puedo hacer con vosotros. Ahora idos. Os haré llamar cuando os necesite”.

-Ante mi sorpresa por ser despedido de improviso, solo atiné a preguntar sobre su nombre.

-“Me llamo Asleik y sirvo a los dioses de nuestros antepasados desde siempre, eso es todo lo que tenéis que saber en este momento. Ahora debéis iros que ya nos encontraremos nuevamente”.

⁴³**Seid o seiðr:** El Seid era un tipo de magia que involucraba el encantamiento con hechizos, que también podía ser llamado *galdrar* o *galðrar* (sing. *galdr* o *galðr*, cf. inglés antiguo: *gealdor* o *galdor*). Los practicantes de Seid eran predominantemente mujeres (*völva*, o *seiðkona*, lit. "mujer seid"), aunque también había practicantes masculinos (*seiðmaðr*, lit. "hombre seid").

Desconcertado por este insólito encuentro me retiré sin dejar de observar al *Seid* que se trenzaba con esmero sus largos cabellos canos.

Apenas recuperé la dignidad de mis pasos, me dirigí con apuro a contarle a Ulf sobre el sacerdote que al parecer nos conocía desde antes, tal vez en medio del peregrinaje que cada año realizábamos con nuestros clanes a Gammla Uppsala para pedir favores a los dioses. -Esa fue la versión más cuerda que le esboqué a mi amigo, que debo reconocer no le satisfizo en nada.

Ulf preocupado me reprendió con el argumento de que: “Primero había sido la obsesión con la Völva y ahora os aparece un misterioso *Seid*, Thorvald. ¡Si los dioses quisieran algo de nosotros ya nos lo harían saber a través de señales en la naturaleza!, ¿no creéis? Es mejor que dejéis de pensar en tonterías. Vos no sois ningún elegido y os recuerdo que somos mercenarios, y que la única razón por la cual estamos acá es la paga. Así que no tratéis de ver debajo del agua otras intenciones. Otra cosa: en dos amaneceres más seguimos nuestro camino a Tiawanaku con la nueva caravana. Ya Oleg avisó a todos, así que preparaos y revisad como está vuestro caballo y pertrechos, que nos pasaran revista para designar los puestos en la columna”.

Cuando se nos convocó a reunión para distribuir los puestos de escoltas un día antes de la partida, no fue sorpresa que se nos asignara como escoltas de los magos blancos en el tránsito que restaba a Taipikala. Ulf me caló una mirada llena de encono y apenas se dio la orden de volver a nuestras ocupaciones, me achacó la culpa por haber conversado con el brujo en los días anteriores. Pues era claro que el *Seid* nos había solicitado en su séquito. Mascullando me recriminaba con que: “habíamos perdido la oportunidad de ir a la vanguardia o retaguardia de la caravana, situación que nos permitía mucha más libertad que estar a las órdenes y también vigilancia de los sacerdotes, que lo más probable es que nos usaran como sirvientes siendo que éramos guerreros libres...” Soporté el largo discurso de mi compañero con entereza, quien durante varias jornadas, no me dirigió la palabra más que lo necesario para acordar las tareas propias de proteger a los sacerdotes en el transcurso a las altas mesetas.

En la jornada señalada nos embarcamos en grandes balsas para remontar el Paraguay. Estas barcas poseían vela y timón maniobradas por gente de Weibingo, mientras los guaraníes utilizaban largas pértigas para encauzar el rumbo y alejar los troncos y ramas que flotaban sobre el agua. Seguimos navegando en el cauce río abajo durante todo el día hasta recalar en una pequeña ensenada antes de topar el río Pilcomayo.

El viaje hasta el encuentro entre los dos grandes ríos fue aburrido, pues Ulf no me hablaba, y la tripulación de la gran balsa estaba dedicada a sus labores, mientras los siete sacerdotes dirigidos por Askeil solo contemplaban el paisaje con la mirada perdida, en completo mutismo sin mover ningún músculo durante horas. De hecho no bebieron ni una gota de agua a pesar del calor sofocante que me aniquilaba sin piedad.

Esa noche se dispuso de las tiendas sin otras providencias que las guardias de rigor, pues con las primeras luces de la mañana continuaríamos por la marcha por tierra, siguiendo el *Peabiru* que

se extendía rumbo al oriente paralelo al Pilcomayo. Sin ninguna novedad durante la vigilia, una vez desmontado el campamento cada miembro de la caravana tomó su caballo o mula, y detrás de la vanguardia dimos comienzo a la parte final del viaje a la gran ciudad de piedra que regía el gran Ingvar como su rey. Durante la ruta los exploradores indígenas se reportaban a Oleg unas tres o cuatro veces al día. Al parecer sin grandes noticias más allá de señalar el estado del camino o algún accidente en la selva para el cual se debían de tomar precauciones. Esta caravana era mucho más pequeña que la anterior, y solo contaba con alrededor de cien colonos entre los hombres y sus familias, un par de comerciantes y los sacerdotes que se suponía custodiábamos. Pero en realidad me daba la impresión de que ellos nos protegían a nosotros, ya que su serenidad y silencio se expandían con la tranquila certeza de que nada malo nos podía pasar bajo su amparo.

Como el número de personas y bestias era menor, el viaje hacia el Este avanzaba más rápido que de lo pensado recorriendo varias leguas por cada jornada, para descansar antes que oscureciera dejando a buen recaudo, antes de dormir, a las monturas y recuas de llamas y guanacos utilizados para la carga. El semblante de Oleg reflejaba relax y satisfacción por encontrarse en la ruta final hacia la región del Potosí; quizás por las ansias de ver a su familia, pero también por saber que estábamos muy lejos de las zonas de enemigos como los que derrotamos en “El cerrojo del Amambay”. Una de esas noches en que las guardias eran más cortas, ya que solo quedaban los centinelas indispensables, Oleg nos acompañaba como un soldado más al amor del fuego que ahuyentaba a los mosquitos y otras alimañas. Dentro de la camaradería que creaba entre nosotros el fuego y los sorbos de “Chicha”, después de una larga etapa de recorrido por *El camino mullido*, me atreví a preguntar cómo era “La gran meseta” de la cual todos hablaban. Svir, uno de los cinco hombres de Oleg, describió muy serio un paisaje desolado como la superficie de una mesa a miles de pies de altura, donde el aire se convertía en un velo insípido que obligaba a los novatos a boquear angustiosamente para conseguir llenar sus pulmones, aunque muchos morían en el intento de aprender como respirar en esa tierra cerca de los cielos, en medio de una horrible agonía. Ante la expresión que debíamos haber puesto varios de nosotros, los veteranos se rieron a carcajada batiente de la angustia que reflejaban las caras de los bisoños reclutas. Me imaginaba retorciéndome en el suelo con la piel pardusca de los ahogados en el mar. Cuando Ragnar que estaba a mi lado, interrumpió mis infernales visiones con una reflexión llena de cordura.

-“Thorvald, ¿cómo es entonces que las gentes que allí viven logran respirar en las alturas y no han muerto por ello? Luego el danés expuso en voz alta su pregunta al ruedo.

Oleg miró a Svir con aire condescendiente, para que este último advirtiera la realidad del mal de la montaña, como le decía nuestra gente a la falta de aire en la gran meseta. Con toda nuestra atención en el oficial, este nos explicó que ya hacía algunos días que *El camino mullido* iba subiendo de manera imperceptible a lomo de bestia, pero que pronto comenzaríamos a darnos

cuenta de que ascendíamos, pues la vegetación comenzaría a ralear cada vez más, y las temperaturas de la noche disminuirían hasta llegar a un frío, que nosotros solo conocíamos en el invierno de la patria. Cuando ello ocurriera los guaraníes nos abandonarían para regresar a sus aldeas y cotos de caza, pues no soportaban el clima de las altas planicies. Para esa próxima jornada, nos detendríamos en una posada en la que indígenas de nombre quechuas cambiarían las bestias de carga, y a nosotros nos darían a beber una infusión que era el antídoto para soportar la falta de aire. El brebaje se hacía usando las hojas de un arbusto que llamaban “Coca”, que también nos darían para masticar, cosa que debíamos hacer todo el resto del viaje para aminorar los efectos del mal de la montaña y llegar salvos hasta Taipikala.

-“Hasta entonces no deberéis dejar de masticar la “Coca” que les teñirán los dientes de verde y os veréis como Trolls, pero más feos y ridículos”. ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!-Terminó riendo Svir con la complicidad de todos los veteranos que allí estaban.

-Oleg pidió la palabra como un camarada, añadiendo que el clima en “La gran meseta” era templado y mucho más soportable que cerca de la costa. Ya desde allí las poblaciones con colonos irían aumentando en número y dentro de poco estaríamos en el final del trayecto.

La perspectiva de que no moriríamos ahogados me alegró tanto, como saber que ya no sufriría más la tortura del calor insoportable, que me di cuenta había disminuído las últimas jornadas. Con mis compañeros intercambiamos impresiones sobre nuestra llegada a Taipikala y las maravillas que allí veríamos, mientras de vez en cuando miraba de soslayo a Ulf, quien seguía ignorándome conversando con otros compañeros lejos de mí. De verdad no se me ocurría que cosa podía haberlo molestado tanto por tener que escoltar a los sacerdotes, pues ellos apenas si hablaban y solo nos requerían para traer agua limpia en la mañana y en la noche, teniendo mucho tiempo libre para nosotros, al que dábamos buen uso en la caza y explorando los alrededores en medio de la marcha.

Una de esas mañanas Askeil nos envió llamar por medio de un aprendiz un poco mayor que yo que dijo llamarse Sagarth, quien nos advirtió que el sacerdote había tenido una revelación durante el sueño que lo dejó turbado. Nos incorporamos de prisa tomando por el asa los cubos que luego llenamos de agua en un arroyo, para luego apurar el paso hacia la tienda del *Seid*. Al llegar al tendal de Askeil, este salió de ella con el rostro demudado, indicándonos con la mano que dejáramos los cubos repletos de agua fresca en el suelo para sentarnos.

Sentados sobre unas piedras planas pudimos observar a Askeil mientras realizaba las abluciones rituales con el agua recién traída, cantando en sordina una larga letanía. Al terminar con la oración se quedó de pie frente a nosotros en silencio con los ojos cerrados tanto tiempo como para incomodarnos, hasta que sentimos el grito de un águila que surcaba el cielo en dirección al Este. Cuando esa magnífica ave desapareció en el firmamento bajamos las miradas para descubrir que el anciano sacerdote no estaba delante de nosotros, sino que justo detrás de ambos con las manos alzadas sobre nuestras cabezas, y antes de que pudiéramos reaccionar nos

preguntó con voz tremebunda- “¿Vosotros conocéis el significado del Ragnarök?”- Sin que pudiéramos decir nada, el Seid nos describió en final del mundo como lo cuentan las sagas sagradas, con una elocuencia que hasta el día de hoy me las hace recordar palabra por palabra temblando:

“El Ragnarök es el final del tiempo de nuestros dioses y será precedido por el Fimbulvetr, el Invierno de Inviernos: tres inviernos sucesivos se seguirán uno a otro sin verano. Como resultado, explotarán los conflictos y las peleas, y todos los mortales desaparecerán.

Después de una persecución perpetua, el lobo Sköll y su hermano Hati finalmente devorarán a la diosa Sól y a su hermano Máni. Las estrellas desaparecerán de los cielos, sumiendo a la tierra en oscuridad.

La tierra se estremecerá tan violentamente que los árboles serán arrancados de raíz y las montañas caerán; cada unión y cada eslabón se romperá y se separará, liberando a Loki y su hijo, el lobo Fenrir. El terrible hocico de este lobo se abrirá tanto, que la parte inferior de su quijada raspará contra la tierra y la parte superior de su quijada ejercerá presión contra el cielo. Las llamas bailarán en sus ojos y saltarán de sus fosas nasales.

Eggthér, el vigilante de los Jotuns, se sentará en su tumba y rasgará su arpa, sonriendo severamente. El gallo rojo Fjalar cantará a los gigantes y el gallo de oro Gullinkambi cantará a los dioses. Un tercer gallo, de color rojo óxido, levantará a los muertos en Hel.

Jörmundgander, la serpiente de Midgard, se levantará del lecho profundo del océano para dirigirse hacia la Tierra, torciéndose y girando en furia sobre sí misma, causando que los mares se alcen y azoten contra la tierra. Con cada respiración, la serpiente arrojará veneno, salpicando la Tierra y el Cielo con él. De las tierras del este, el ejército de Jotun, conducido por Hrym, saldrá de su hogar en Jötunheim y navegará la espantosa nave Naglfar fabricada con las uñas de hombres muertos, que serán liberados por la inundación, hacia los campos de batalla de Vigrid. Desde el norte, una segunda nave fijará sus velas hacia Vigrid, con Loki, ahora desatado, como timonel, y los horrorosos habitantes de Hel como peso muerto.

El mundo entero estará en guerra, el aire temblará con los ruidos, fragores y ecos. En medio de esta agitación, los gigantes de fuego conducidos por Surt, avanzarán hacia el sur y romperán en dos el propio cielo, dejando todo a su paso quemándose en llamas. Mientras cabalgan hacia Bifrost, el puente del arco iris, éste se agrietará y se romperá detrás de ellos. Garm, el perro del infierno frente también conseguirá liberarse. Él se unirá a los gigantes de fuego en su marcha hacia Vigrid.

De esta manera, todos los Jotuns y todos los habitantes de Hel, Fenrir, Jörmundgander, Garm, Surt y los hijos ardientes de Muspelheim, se reunirán en Vigrid. Todos ellos llenarán el vasto terraplén que se extiende a ciento veinte leguas en cada dirección.

Mientras tanto, Heimdall, siendo el primero de los dioses que verá a los enemigos acercarse, soplará su cuerno, que sonará con tal ímpetu que será oído a través de los nueve mundos. Todos los dioses despertarán e inmediatamente se reunirán en consejo. Después Odín montará Sleipnir y galopará a la morada de Mimir para consultarle acerca de la esperanza de su pueblo y de él mismo. Entonces, Yggdrasil, el árbol del mundo, se sacudirá desde la raíz a la punta. Todo en la tierra, el cielo y Hel temblará. Todo. Los dioses Æsir y Einherjer se pondrán sus vestimentas de batalla. Este extenso ejército de 432.000 Einherjer, 800 de cada una de las 540 puertas del Walhalla marchará hacia Vigrid y Odín cabalgará al frente, usando un casco de oro y una faja brillante, sacudiendo a su lanza Gungnir.

En la batalla final Odín se dirigirá hacia Fenrir; y Thor a su derecha, no podrá ayudarlo porque Jörmungandr, su viejo enemigo, inmediatamente lo atacará. Freyrse enfrentará al gigante de fuego Sturt, pero se convertirá en el primero de todos los dioses en sucumbir, pues él habrá prestado su propia espada a su criado Skirnir. Todavía quedará una larga batalla antes de que sucumba Freyr. Tyr logrará matar a Garm, pero será herido tan seriamente que sobrevivirá, pero sólo hasta poco después de que el mundo sea destruido por el fuego. Heimdall se encontrará con Loki, y ninguno sobrevivirá el igualado encuentro. Thor matará a Jörmungandr con su martillo Mjöltnir, pero solo podrá dar nueve pasos antes de caer muerto, envenenado por la saliva que Jörmungandr escupió sobre él. Odín peleará con su poderosa lanza Gungnir contra Fenrir, pero finalmente será devorado por el lobo después de una larga batalla. Para vengar a su padre, Vidar llegará inmediatamente y pondrá un pie en la quijada del lobo. En este pie él calzará el zapato que ha estado forjando desde el principio de los tiempos, que consiste en tiras de cuero cortadas por los hombres sobre los dedos del pie y los talones de sus zapatos. Con una mano agarrará la quijada del lobo y quebrará su garganta, matándole por fin.

Entonces, Sturt quemará al mundo entero con fuego. La muerte llegará a todos los seres en la Tierra. El sol se apagará y las estrellas desaparecerán de los cielos. Surgirán vapores tóxicos y las llamas estallarán, abrasando el cielo con el fuego. Finalmente, la tierra se hundirá en el mar.

Después de la destrucción, una tierra nueva emergerá del mar, verde y justa. Los cereales madurarán en los campos que nunca fueron sembrados. El prado Iðavöllr, en el Asgard ahora destruido, no habrá sucumbido al final de todo. El sol reaparecerá como Sól, ya que antes de ser tragada por Sköll, habrá dado a luz a una hija, idéntica a ella. Esta hija virginal reanudará el camino de su madre en el nuevo cielo.

Unos cuantos dioses sobrevivirán a la dura prueba: El hermano de Odín, Vili, los hijos de Odín; Vidar y Vali, los hijos de Thor: Modi y Magni, que heredarán el martillo mágico de su padre, Mjöltnir, y finalmente Hæmir, que sostendrá la varita y preverá lo que está por venir. Balder y su hermano Höðr, quienes murieron antes del Ragnarok, emergerán del

infierno y se postrarán en los aposentos de Odín, el Valhalla de los cielos. Al reunirse en Idavöll, estos dioses se sentarán juntos, discutirán su conocimiento oculto y charlarán sobre muchas cosas que han sucedido, incluyendo el mal de Jörmungandr y Fenrir. En la hierba encontrarán los tableros de ajedrez de oro, los cuales utilizaron los dioses Æsir, y admirarán esta maravilla. Dos seres humanos también escaparán a la destrucción del mundo ocultándose profundamente dentro de la madera del Yggdrasil -algunos dicen que en el Bosque de Hodmimir - donde la espada de Surt no tiene poder de destrucción. Les llamarán Líf y Lífthrasir Emergiendo de su refugio, vivirán en el rocío de la mañana y repoblarán el mundo humano. Adorarán su nuevo panteón de dioses, gobernado por Balder.

Todavía existirán muchas moradas que contendrán las almas de los muertos, otro cielo existe al sur y sobre Asgard, llamado Andlang, y un tercer cielo sobre este, llamado Vidblain; y estos lugares ofrecerán protección. Después de todo, en este mundo nuevo, la maldad y la miseria no existirán más, los dioses y los hombres vivirán juntos en paz y armonía. Los descendientes de Líf y de Lífthrasir habitarán Midgard.”

Askeil concluyó la saga del Ragnarök agitado por pequeñas convulsiones con los ojos abiertos ampliados al horizonte. Un horizonte mucho más allá de nuestro tiempo y espacio, más allá de la primera muerte del primer hombre. Su contacto con los dioses sobrevivientes de la batalla final duró un poco más, y agotado por el esfuerzo del trance se desplomó sobre los hierbajos que tapizaban el suelo. Al unísono con Ulf, nos levantamos para asistir al *Seid*, que recuperaba el conocimiento a pesar del tremendo golpe que se dio al caer. Su respiración entrecortada se agitó cuando por fin reaccionó, batiendo los brazos como si estuviera a punto de ahogarse. Le dimos de beber agua y cuando ya se veía algo mejor lo incorporamos para sentarlo sobre una piedra. Aún consternados por la violenta transformación del sacerdote me atreví a preguntarle la razón por la cual nos había contado la saga del Ragnarök. Askeil me tomó del brazo con gesto de absoluta preocupación, diciéndome que la lucha contra los enemigos de los dioses había sido perdida hacía miles de años y continuó con palabras llenas de amargura:

-“Nuestro tiempo Ulf y Thorvald; la era de los nordmanners, de los hombres blancos del norte ha culminado. La decadencia de nuestra raza, de nuestras costumbres y nuestras creencias cada día es más profunda. Los dioses retroceden al Asgard ante la nueva religión que se apodera de los espíritus de nuestro pueblo. Los ayer legendarios héroes guerreros y navegantes descubridores, son desde hace algunas generaciones señores feudales que solo engordan con las riquezas de sus tierra, mientras sus ojos están obnubilados por la codicia. No hay nuevas sagas que cuenten historias llenas de gloria, braveza y heroísmo. La vida de los pueblos como la de todos los seres vivos es cíclica, tocándonos presenciar el final de todo en lo cual creemos, tal como la vida de los dioses cambió para siempre después del Ragnarök”. Concluyó poseído por la pesadumbre el viejo sacerdote.

Ante tan pesimista visión del futuro lo contradije argumentando que en Uppsala, muchos seguían fieles a los viejos dioses y que se practicaba la vieja religión con el beneplácito del rey Magnus⁴⁴, quien a pesar de ser bautizado en el cristianismo, también adoraba a Odín y a sus descendientes como la mayoría de nuestros paisanos.

-“Así es joven amigo -Me contestó- El templo destruido por el rey Ingold hace cien años en Gamla Uppsala⁴⁵, era el lugar donde se adoraban a nuestros dioses en las ceremonias marcadas en el calendario sellado en el cielo. Todavía es la tierra más fiel a nuestras creencias, donde antes de esta edad aciaga se veneraba a Odín en arboledas, lagos y cercos sagrados durante los rituales “Blóts”, ofreciendo a los dioses sacrificios humanos y animales. Las ceremonias se celebraban en los cambios de estaciones, en tiempos de cosechas y una vez cada nueve años se peregrinaba hasta el templo de la ciudad de Uppsala para hacer ofrendas en el árbol que representaba a Yggdrasil. Del árbol sagrado colgaban los cuerpos de caballos y perros junto a cuerpos humanos. Las ofrendas eran enviadas tanto por reyes como por humildes, y quienes se habían convertido al cristianismo debían pagar un alto precio si deseaban ser absueltos de participar en los ritos ceremoniales. Pero lamento decirles que es casi el único sitio donde ello ocurre, pues vuestro rey, a pesar de ser cristiano, no se atreve a obligar a sus súbditos a renegar de la religión de sus padres, ya que el sostén de su poder es la aprobación que recibe de cada uno de los clanes.

-Ulf con su habitual impertinencia, le espetó angustiado de no poder comprender la razón por la cual estaban los sacerdotes allí. Si sabían con certeza de que todo estaba perdido y que el destino de nuestra raza ya había sido sellado, como el mismo Askeil aseguró en sus palabras.

-El gran mago lo miró con los ojos brillantes, reiterando que la vida de los pueblos como la de los dioses es cíclica, y que la desaparición de nuestra savia vital con sus creencias y costumbres

⁴⁴**Magnus III Birgersson** (1240–1290): Llamado generalmente **Magnus Ladulås** (Magnus Barnlock), fue rey de Suecia de 1275 hasta su muerte en 1290. Él es el *primer Magnus* de gobernar Suecia de modo que la posteridad lo reconozca como rey legítimo y admirado y no como usurpador o un pretendiente al trono. Magnus era el segundo hijo del Jarl de Birger (Birger Magnusson, 1200-66) y Ingeborg Eriksdotter de Suecia, ella misma era la hermana más joven del rey sin hijos Eric XI de Suecia, y la hija más joven de Eric X de Suecia y Riqueza de Dinamarca. Su padre señaló a Magnus como duque de Suecia siendo su hermano mayor el designado para llevar la corona del reino. En 1275, el duque Magnus comenzó una rebelión contra su hermano con ayuda Danesa y lo expulsó del trono convirtiéndose rey de toda Suecia.

⁴⁵**Templo de Uppsala:** Fue un lugar de culto religioso en la región de Gamla Uppsala (Antigua Uppsala), cerca de la moderna Uppsala, Suecia, que fue creado para venerar a los dioses nórdicos desde tiempos prehistóricos. El templo está escasamente documentado, pero se hace referencia a él en sagas nórdicas y en la Gesta Danorum del historiador Romano Saxo Grammaticus. También es descrito por Adán de Bremen. Las mayores controversias con respecto al templo se focalizan específicamente en el lugar de la Antigua Uppsala donde se localizaba y si fue un edificio o no. Algunas personas creen que el templo fue confundido con el salón de los reyes suecos ubicado a decenas de metros de la iglesia actual. Las iglesias solían construirse y consagrarse sobre los antiguos templos paganos y otros sitios de actividades rituales. Durante una excavación en la iglesia actual, los restos de uno o posiblemente varios edificios de madera fueron encontrados bajo los cimientos de la iglesia. Snorri Sturluson escribió que el templo había sido construido por el dios Freyr, quien supuestamente vivió en Uppsala. Snorri y Saxo Grammaticus afirmaban que fue Freyr quien comenzó la tradición de los sacrificios humanos en el templo.

debía ser preparada para su renacer en nueva vida, muchos siglos más delante de la muerte de nuestros descendientes.

Callamos con Ulf, reflexionando las palabras del anciano *Seid*, quien seguía postrado recuperando las fuerzas perdidas por el trance. Sagarth, quien se encontraba prudentemente alerta algunos pies más allá, se acercó despacio con un paño húmedo con el que frotó la frente y el pecho del sacerdote que observaba el horizonte con la mirada quieta. El aprendiz nos indicó con un gesto de que nos fuéramos, pero Askeil lo detuvo con un ademán enérgico que nos sorprendió a los tres:

–“Antes de que vosotros vayáis a ocuparos de las tareas del día, debéis saber que un nuevo Ragnarök sobrevendrá a esta tierra. Los sacerdotes que hemos arribado a los dominios del rey, lo ayudaremos a enfrentar un destino escrito hace miles de años que dicta la suerte de este reino, que será olvidado y enterrado por otros hombres en nuevos reinos. Los habitantes de los países venideros en el futuro no solo no sabrán quienes fuimos, sino que también renegaran del origen de esta civilización, ignorando la verdadera historia en las más absurdas leyendas.

El imperio de Tiawanaku sucumbirá en algún tiempo más. Es su sino hundirse en los velos de épocas extraviadas hasta que amanezca una nueva era. Vosotros Thorvald y Ulf guerreros de Uppsala, habéis sido elegidos desde antes de que nacierais por los dioses para encomendaros una misión sagrada: Tiawanaku ha de caer como antes cayeron los reinos del nordmanners, mas; es voluntad de los Aesir y Vanir⁴⁶, de que los hijos del postrero reducto de nuestra religión en Uppsala, sean los que ultimen los aprestos de un nuevo comienzo de nuestra sangre. Nada más os diré por ahora, ya mucho he hablado. Podéis retiraos”.

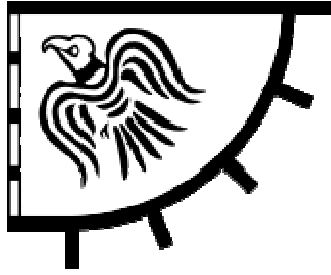
Con los ojos llenos de emoción y temor vimos como Sagarth se llevaba al sumo sacerdote de los magos blancos al interior de la tienda. Despertamos de tan extraña como desconcertante experiencia al llamado de Oleg, quien nos observaba a cierta distancia, requiriéndonos para una

⁴⁶ Los pueblos nórdicos adoraban dos clases de dioses, una de ellas y la principal, es la de los *Æsir*.

En Asgard, el hogar de los dioses, habitaban los *Æsir* (dioses) y las *Asynjur* (diosas). Todos ellos componían la asamblea a cuya cabeza estaba Odín, el más noble y el más importante. Entre otros están Thor, calzado con guantes de hierro y dueño de un cinturón mágico; dios de la fuerza muy cercano a Odín en jerarquía. Baldr, hijo de Odín, es el dios de la belleza y la gentileza. Tyr es el dios del combate (suele creerse que ese papel lo cumple Thor, pero no es exactamente así). Bragi es el dios de la sabiduría y la elocuencia; Heimdall es hijo de nueve doncellas y guardián de los dioses; duerme menos que un pájaro y el sonido de su cuerno puede oírse en cualquier lugar del cielo o de la tierra. Höðr es el misterioso dios ciego. Vidar es el dios taciturno, pero el mejor para resolver cualquier conflicto por difícil que sea. Váli es el dios de los arqueros, su puntería es insuperable. Ull es el dios del combate cuerpo a cuerpo. Forseti es el As de la concordia y la amistad. Loki es la desdicha de todos los *Æsir* y de los hombres; astuto e intrigante, imprevisible y caprichoso, es el dios de la suerte. Entre las diosas o *Ásynjur* del panteón nórdico se cuentan Frigg, esposa de Odín, la vidente; Eir, la curandera; Sjöfn, que conduce los pensamientos de los hombres hacia el amor; Var, diosa de los juramentos; Syn, la guardiana de las puertas; Idunn, esposa de Bragi, que guarda en un estuche las manzanas que morderán los dioses cuando envejezcan.

Vanir Aunque los habitantes originales del cielo eran los *Æsir*, ellos no eran las únicas divinidades que las razas nórdicas veneraban, pues también reconocían el poder de los dioses del mar, del viento, de los bosques y las fuerzas de la naturaleza. Se denominan Vanir, vivían en Vanaheim y gobernaban sus dominios a su deseo. Njörðr rige el viento, el mar y el fuego, y tiene como esposa a Skaði, la cazadora. Frey y Freyja son hijos de Njörðr: Frey rige la lluvia y el sol y se lo invoca para conseguir buenas cosechas, representa la fecundidad; Freyja es la diosa del amor.

reunión antes de levantar el campamento e iniciar la marcha a las tierras altas, donde se iniciaría la travesía definitiva a la ciudad sagrada de los Atumurunas.



Saga quinta

“Taipikala, la ciudad de la tierra del medio”.

“Por lo menos sesenta años tengo, como os dije Vaemond. Vividos intensamente. Mas mi alma y mi corazón están atrapados todavía en los resquicios de mi juventud. Esos años me preguntan: ¿Qué maleficio estragó a mi cuerpo? Al mirarme al espejo de plata que traje desde Taipikala, no reconozco a ese anciano coronado de cabellos blancos que me mira de vuelta. ¿Quién es ese viejo que se burla del verdadero Thorvald *El del brillo* de Uppsala? Lo examino con detención, con la esperanza de encontrar en el reflejo al joven guerrero al servicio del gran rey Ingvar otra vez, al apasionado oficial del imperio que buscaba gloria y hazañas que contar cuando volviera a las tierras del norte. Él está allí, agazapado, esperando montado en el fiel *Fehu* para llevarme de regreso a casa, al gran festín con todos mis ancestros, que me llaman para que ocupe mi lugar junto a ellos; en el Walhalla, donde solo van los valientes.

Los dioses saben bien que he cumplido con sus designios, sirviendo con la fuerza de mi brazo y la luz del entendimiento al destino trazado en las estrellas del cielo, que solo concluirá cuando termine de escribirse esta historia”.

Recuerdo como si fuera ayer mismo, el día en que dimos el primer paso en la ascensión a la gran meseta de la tierra del medio. En la posta de Chaskibamba hicimos el cambio de bestias de carga y nos aprovisionamos de lo necesario para poder enfrentar con éxito el clima y los rigores de la altura. Fue también el sitio donde nos despedimos con sincero agradecimiento del contingente guaraní, que apenas nos vio recomenzar la marcha al día siguiente, se encaminó de regreso a sus regiones cálidas del oriente. El oficial a cargo de Chaskibamba de nombre Varin, nos asignó una pequeña compañía de infantes aymaraes para que nos sirvieran en el último tramo de *El camino mullido*.

Tal como se nos había dicho tantas veces, la senda del *Peabiru* se empinaba durante la ruta, reparado en ello en cada legua que avanzábamos. Cada jornada que sumábamos la vegetación raleaba en medio de un terreno cada vez más árido, donde los frondosos árboles de los valles inferiores, se volvían hatajos de matorrales espinosos rodeados de pedruscos de colores ocre. La caravana serpenteaba por la vía vigilados por oscuras aves, que volaban en lentos círculos sobre nuestras cabezas atisbando la oportunidad de agarrar algún animal de las recuas. De vez

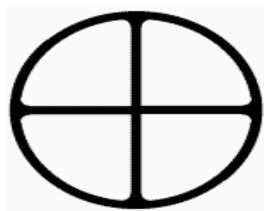
en cuando, alguna “oveja larga”, se desbandaba aterrorizada cuando las enormes aves de rapiña sobrevolaban demasiado bajo. Mientras las montañas de cumbres heladas crecían en el horizonte, elevando sus paredes yermas, donde no crecía nada salvo la soledad y el silencio.

La desolación del paisaje no empequeñecía el contento de todos de estar en el tramo final del largo viaje, y por fin pudiéramos comprobar con nuestros propios ojos las maravillas que se contaban de Taipikala o piedra del medio, capital del imperio de Tiawanaku.

Tal como había contado Svir *Cabeza de perro*, el aire de estas regiones era débil e insuficiente, y solo mascando un montoncito de “Coca” podíamos respirar con algo de alivio, evitando en parte que las narices y oídos estallaran en sangre. A pesar del mal de altura, nuestro entusiasmo no cejaba en ningún momento, sobre todo porque el calor agobiante de las tierras bajas había desaparecido por completo, trocándose por un clima templado de día, pero de noches cada vez más frías en la medida en que avanzábamos en el territorio de la gran meseta.

Cada noche al abrigo de gruesas mantas de lana que nos entregó Varin en Chaskibamba, junto con Ragnar, Sunold, Ekath, Snorri, Thorffin, Ginil ya recuperado de sus heridas, y otros compañeros; recibíamos a un jubiloso Oleg, quien nos regalaba con varias jarras de “Chicha” para desentumecer los huesos. Felices en la embriaguez de esta bebida, a la cual debo reconocer a la distancia de los años que le tomé cierta afición; contábamos historias riéndonos de buena gana de las bromas que salían al paso de las anécdotas, y hasta más de una vez cantamos viejas canciones de navegantes en norrés, contagiando a otros miembros del convoy que se unían a la cantinela.

Águila blanca desembarazado de su rol de comandante, contaba peripecias ocurridas al servicio del rey Ingvar, en relatos que correspondíamos junto a Ulf con las aventuras de pirateo a las ordenes de Olaf *El afortunado*. Oleg reía de buena gana y, casi siempre se ponía a contar algunos chistes sobre los guaraníes y cristianos, que celebrábamos riendo sin parar hasta que perdíamos el aliento. En aquellas noches las guardias eran solo las indispensables junto a los animales, pues no había peligro de enemigos. Por ello se extendía la juerga hasta muy entrada la noche, retirándose los hombres a sus tiendas de acuerdo a la fuerza del cansancio que sintieran. Habitualmente al final, solo quedábamos con Ulf y Oleg en animada conversación, quien dentro de sus confesiones nos contó una de esas noches que él también era oriundo de Uppsala, que la extrañaba mucho, pero que sabía que su destino era morir al servicio del imperio. Esto último lo dijo sin asomo alguno de fatalidad, agregando que solo le importaba como morir y no el momento: “Pues nuestro destino está escrito en el universo por los dioses antes de nacer y nada ni nadie lo puede cambiar”. Rematando con la frase que todavía después de tantos años recuerdo siempre: “Por eso nada sacáis con desvelaros por saber el día de vuestras muertes, pues no viviréis un tris más que aquello que los dioses han dispuesto”.



Unas jornadas más adelante, supimos que ya caminábamos en la región del Potosí, y que la llanura de tierra que veíamos a donde diéramos vuelta la cabeza, era lo que se llamaba la gran meseta. Eso se traducía en que en menos de una semana estaríamos en los extramuros de Taipikala. Alentados por la noticia apuramos de manera espontánea nuestros caballos por una calzada que cada vez era más ancha. La vía empedrada era concurrida por todo tipo de transeúntes y viajeros, tanto nordmanners como indígenas de diversas razas, comprobando con satisfacción la gran cantidad de aldeas y grandes extensiones de cultivos que eran regadas por un ingenioso sistema de canales que surtían de agua fresca los campos. Rememoro la explicación de Svir sobre el significado de las banderas que ondeaban en los edificios más altos de los pueblos que cruzábamos: los emblemas blancos con un gran sol dorado en el centro, era señal de que era una finca o hacienda de gente de nuestra raza, quienes también izaban el bastión oro y grana del imperio como señal de lealtad a su soberano. En cambio donde se enarbola una bandera listada de múltiples colores, pertenecía a los aymaraes, quechuas u otros pueblos regidos por kuracas de su raza, pero dependientes de las leyes del imperio, del cual eran vasallos.

En la tercera noche desde que nos adentráramos en el territorio del Potosí, Oleg nos invitó a encontrarnos la mañana siguiente en la tienda del *Seid* Askeil. El anuncio no nos llamó mucho la atención, de hecho Ulf con quien ya habíamos hecho las paces, dijo que debía ser para recibir nuevas órdenes ahora que se aproximaba el fin de nuestro viaje, y por tanto el deber de custodiar y servir al séquito del gran sacerdote llegaba a su fin. Así que luego de atender a los caballos y afilar nuestras armas nos dirigimos a la fogata donde los otros compañeros ya reían, cantaban y bebían a destajo como si nada fuese más importante.

Al amanecer de día siguiente y con una resaca que me hizo dar arcadas, pues cada vez ingería una mayor cantidad de “Chicha” que la noche anterior. Me levanté quitándome la manta que me protegía del frío, observando que Ulf dormía como un niño de teta, lanzando pedos que delataban que su cuerpo se podría en su interior tanto como el mío. Le di un par de puntapiés para despertarlo sin lograr ninguna reacción, más que un par de insultos en nuestro dialecto antes de girar y seguir durmiendo como si nada hubiera pasado. Lo dejé continuar con su sueño y me fui a un canal de regadío a evacuar mi vientre destruido y a lavar mi adolorido cuerpo con

total despreocupación. Con solo el taparrabos me zambullí en el agua cristalina que corría lentamente sintiendo el aguijón de miles de pequeñas dagas frías, que se clavaban una y otra vez en mi piel congelada. Aterido, lanzaba bufidos al contacto con el agua helada, refregándome con algunas matas de hierbas verdes que crecían en las orillas como una forma de purificarme. Ya terminando mi suplicio me puse la ropa y me cubrí con mi capa, seguidamente agarré dos de los cuencos de cuero para coger agua del canal para las abluciones del sacerdote. Llenos hasta el tope, los alcé de a uno y encaminé en dirección a las tiendas de los magos blancos, cuando sentí el vozarrón de Sagarth reprochando mi actuar:

- “¿No pensareis darle de beber al gran mago Askeil el agua donde habéis vertido la mierda y meados de una noche de borrachera?”.

Di un salto dejando caer los cuencos al suelo perdiéndose toda el agua.

-El hechicero se aproximó mirándome con reprobación: “Cambiareis el agua que yo le llevaré al *Seid*. Vos despertareis a vuestro compañero. Os estaré esperando en la tienda de Askeil”.

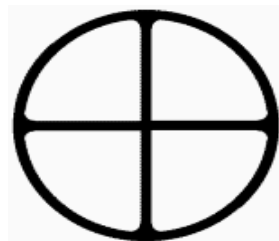
Corriendo me fui a mi tienda y desperté violentamente a Ulf, quien al escucharme solo atinó a responder: “¿Quizás desde cuándo que nos espía Sagarth? Tal vez estuvo fuera de la tienda toda la noche”.

Me quedé pensando en las palabras de mi amigo, mientras este salía de la tienda velozmente hacia el canal para lavarse, azuzándolo, ya que intuía que algo grande se nos iba a anunciar. Acaso de nuevo Askeil entrara en trance y los dioses comunicaran sus designios. Cuando Ulf regresó aseado y correctamente vestido, nos abrochamos los tahalís con las espadas a la cintura y con los cascos en la mano nos pusimos en camino al campamento de los sacerdotes. Sagarth nos salió al encuentro pidiendo silencio con un gesto, e indicando con su mano que observáramos la ceremonia que se realizaba alrededor de una gran piedra que estaba situada justo en el centro del campamento de los sacerdotes. Sobre ella había un cuenco de oro con agua que reposaba sobre una hendidura que debía de haber sido tallada por mano del hombre. Al acercarme un poco más, pude ver que la cavidad estaba repleta de sangre fresca del sacrificio de un guanaco, cuyos despojos descansaban en la base de la gran piedra.

Askeil de pie junto a la roca tenía los ojos cerrados en dirección al sol murmurando una oración, mientras los otros sacerdotes hacían una rueda girando alrededor del gran mago, repitiendo al unísono las palabras sagradas de invocación al astro rey, que había escuchado en una lejana niñez al acudir con mi padre a los sacrificios de Gamla Uppsala. Ulf me dio un codazo señalándome con disimulo que mirara hacia el oriente, donde pude observar a Oleg sentado en un banquillo entregado a una profunda meditación. Fue el propio Askeil quien al terminar la invocación, salió del círculo de *Seids* al encuentro del Jarl con el cuenco de oro levantado al cielo. Al llegar hasta nuestro capitán, el sacerdote vertió el agua consagrada a los dioses sobre su cabeza, para luego verter algunas gotas en dirección de los cuatro puntos del universo. Ensimismado por la ceremonia, apenas si pude seguir a Sagarth cuando nos susurró que lo

acompañáramos hasta el interior de una de las tiendas, donde nos dio de beber una pócima de sabor dulce que nos aliviara de las molestias de la resaca. Después de ingerir la medicina, Sagarth se retiró diciendo que esperásemos allí. Perplejos, sin tener ni la menor idea de las razones que hubieran motivado nuestra presencia en un ritual tan sublime, pasamos un largo rato sin hacer nada, hasta que sentimos algunos ruidos fuera de la tienda que anunciaron la presencia de Askeil seguido por sus sacerdotes, quienes aguardaron en el exterior. El *Seid* se sentó al frente de nosotros y sin demora nos reprochó por la conducta licenciosa que llevábamos, lo que impedía por la impureza de nuestros cuerpos y espíritus el contacto con las otras esferas del universo. Muy serio nos alertó de los peligros de la bebida en exceso, terminando por revelarnos que no éramos dignos de nuestros hados, y que solo una vez que fuéramos oficiales del imperio, comenzaríamos a ser instruidos en la consagración de nuestros destinos. -“Pues hasta ahora no sois mejor que los bárbaros que despreciáis”. Concluyó despidiéndonos con desagrado.

En ese momento no comprendimos el significado de los reproches de Askeil. Por un lado habíamos sido convocados a ver parte de la ceremonia en la que Oleg era ungido como *Godi*, pero por otro, el *Seid* nos indicaba que no servíamos para realizar la misión que se nos encargaría, de la cual desconocíamos totalmente su naturaleza. Pero el transcurso de los años nos develó los acertijos que la juventud impedía resolver.



Ese día un oficial comunicó a todos los reclutas, que en dos jornadas llegaríamos a la ansiada capital Atumuruna, y que por ello se entregarían instrucciones para la entrada a la ciudad, donde seríamos asignados a un cuartel de entrenamiento, donde seríamos instruidos en las maneras y costumbres de los soldados al servicio del imperio. Esos dos días pasaron muy rápido en continuos preparativos para entrar a la ciudad de la laguna. Recuerdo que el desosiego me poseía ante la culminación de tan grande travesía, que ya por el hecho mismo de haber llegado hasta este territorio, me convertiría en héroe de las sagas que se contarían en los largos inviernos de Uppsala.

Durante el trayecto final Oleg no nos dirigió la palabra más que lo indispensable, mientras que Askeil solo nos requería para algunas tareas menores e ir por agua cuando estábamos acampados. En verdad todo lo que había pasado en la ceremonia que presenciábamos con Ulf

quedó por un tiempo sepultado ante la novedad de llegar a la anhelada Taipikala, y porque no, ver de nuevo a la Völva Gudrun, que ya debía de haber arribado a la ciudad algunas semanas atrás.

Fue al atardecer de la segunda jornada- Tal como se anunció- Cuando pudimos divisar en la lejanía los extramuros de la gran ciudad de la piedra del medio.

-“Deteneos Vaemod, esperad que mi aliento se recupere! No, no escribáis nada hasta que os lo ordene. Es difícil de entender para un joven oblato como vos, pero aunque ha pasado una eternidad desde que entré por primera vez a la majestuosa Taipikala, todavía me siento nervioso en la remembranza de ese día inolvidable. No se trata de que la vejez me reblandezca la cabeza, pero está llena de recuerdos que despiertan. La vejez reconstruye con la memoria el tiempo que ha pasado.

-¡Bien, no más excusas que ya estoy sereno! Escribid Vaemond lo que os digo:”

Poco antes de que las madrugadoras aves despertaran, la caravana ya estaba dispuesta para ingresar en orden al interior de la capital del imperio. En la cabeza de la columna iría Oleg *Águila blanca* con sus cinco guerreros, siendo Adalwolf quien llevaría ondeando en su lanza la bandera del imperio. Después los escuadrones de reclutas seguirían a la vanguardia en filas de a tres en fondo, para luego continuar con los sacerdotes encabezados por Askeil, quienes irían escoltados por Ulf y yo. Más atrás vendrían los nuevos colonos y los comerciantes, quienes serían desviados a sus hospedajes apenas cruzáramos los portales de Taipikala.

En completo éxtasis marqué el paso a *Fehu* cuando la columna rompió la marcha al encuentro de la mítica urbe. Con mi corcel al trote, miraba de vez en cuando las caras felices de otros soldados, poseídos por la emoción que nos embargaba a todos. Era un silencio extremo el que dominaba el aire esa mañana fría, pero llena de luz que cruzaba con sus halos gruesas nubes plateadas, que estaban tan cerca que parecía que las podíamos tocar con las manos.

Los árboles crecían frondosos junto a los caseríos que se multiplicaban al aproximarnos a las murallas. Las gentes aparecían por doquier interrumpiendo las labores del nuevo día, para correr hasta la orilla del camino saludando con sus manos y sus blanquísimas sonrisas.

El cielo se abría de a poco, dejando entrever un cielo diáfano de un azul muy profundo. Los caseríos que habíamos cruzado, dieron paso a una continuidad de edificaciones junto a la calzada. El camino empedrado dio su lugar a una calzada de losas de piedra que se abrió al interior de un arrabal de artesanos. Más adelante ya se advertían las murallas ciclópeas que resguardaban el centro administrativo de la capital del imperio, pero era tanto y tan cautivador todo lo que me rodeaba que apenas podía levantar la cabeza, y debo confesar que ni siquiera me acuerdo de haber echado un ojo a Askeil y a los otros sacerdotes.

Al llegar a las enormes puertas de la ciudad, los centinelas tocaron los cornos dándonos la bienvenida permitiéndonos cruzar, luego de que Oleg se adelantara en su caballo y cumpliera el protocolo de esta situación. Los cornos sonaron roncamente una larga nota que precedió

a la orden de transponer el portal. En esos instantes de eternidad, me sentía capaz de conquistar el mundo entero, me sentía heredero del universo. Esos momentos de gloria todavía me estremecen, dejando en evidencia el ser un viejo más cerca de la muerte que de volver a vivir esa llamada de dicha embriagadora. Evoco en mi memoria una y otra vez la ceremonia con que el oficial de guardia se cuadró con sus hombres ante nuestro Jarl, gritando todos ellos al unísono:

- “¡Gloria y larga vida a los héroes del Amambay!”.

Águila blanca saludó a los guardias que rendían honores, ubicándose luego detrás del estandarte que cargaba Adalwolf. Entonces el oficial de guarnición ordenó que los cornos de bronce bramaran, pregonando a las cuatro direcciones de la tierra nuestra entrada a la fabulosa ciudad de los Atumurunas, la más importante de la nueva tierra, que nos sorprendió con su majestuosidad al avanzar por sus calles. Los monumentales palacios y templos nos dejaban la boca abierta por su esplendor y esa extraña belleza que todavía me agita. Al revivir ese trance que fue la marcha triunfal por las ramblas adoquinadas de Taipikala, recuerdo que observábamos admirados todo alrededor, no dejando de maravillarnos por la grandiosidad y poder que emanaba las gigantescas construcciones de piedra, como del cálido recibimiento de los ciudadanos, que no escatimaban agradecimientos por detener a los salvajes tupíes y consolidar la línea de fuertes de la cordillera del Amambay.

Todos los habitantes de Taipikala llevaban sus mejores vestidos, luciendo ricos adornos labrados en oro, llamándome muchísimo la atención unos medallones del disco solar que muchos usaban. Sorprendidos ante la magnificencia de la arquitectura que desbordaba nuestra imaginación, hicimos un giro al terminar la última calle de los barrios y poco antes de enfrentar un gran templo al que le decían Akapana, nos reunimos con los otros escuadrones de caballería, para formar una columna que sería la que finalmente desfilaría ante los ojos del soberano del imperio.

Ya alineados nos enfilamos a través de una larga avenida pavimentada, que dejaba ver a su lado norte otro gigantesco templo que nombraron Kalassasaya o templo de las piedras alzadas⁴⁷.

Pasamos luego por el costado del templo de los sarcófagos o Putuni, hasta llegar al frente del gran palacio “De los cuartos multicolores” donde residía el gran rey Ingvar, señor designado por nuestros dioses para regir la tierra media de la gran meseta.

⁴⁷ **Templo de Kalasasaya:** En el se verificaban con exactitud los cambios de estaciones y el año solar de 365 días. En ambos equinoccios (otoño: 21 de marzo y primavera: 21 de septiembre) el Sol nacía por el centro de la puerta principal de ingreso, a la que se accede por una magnífica escalinata. En el solsticio de invierno (21 de junio) el Sol nacía en el ángulo N.E. el solsticio de verano (21 de diciembre) se marcaba por el nacimiento del Sol en el ángulo S.E. Este muro es conocido como "pared balconera" o "chunchukala".

Seguimos acercándonos a la residencia real ovacionados por aymaraes, quechuas y nordamnners, apabullándonos de vítores, guirnaldas y coronas de flores amarillas y azules, que nos colgaban del cuello en gratitud por nuestros combates triunfales con sincero fervor. Así continuó la marcha hasta que se nos ordenó dar vuelta hacia la derecha, para detenernos frente al atrio del soberano. Desde el lugar donde nos situamos, podíamos ver que el palacio real estaba finamente construido con inmensas piedras y adobes pintados con diversidad de colores, entre los que destacan el verde y el añil. En la parte superior del edificio, sobresalía una terraza cubierta de un toldo blanco bajo el cual se apostaba el rey con la reina Astrid, rodeados por un séquito de nobles cortesanos.

Encabezados por nuestro Jarl, los oficiales salvaron al trote la distancia que nos separaba del sitial del rey para rendirle homenaje. Una alta figura masculina se puso de pie y se aproximó al balcón saliente, dejando que la suave brisa de aquella mañana batiera su blanca túnica, esperando erguido que Oleg con sus caballeros cuadraran sus caballos frente a él.

El gran rey Ingvar, el de la larga barba trenzada estaba allí en todo su esplendor. Coronado sobre su cabellera dorada se dejó ver por completo alzando su espada, permitiendo que el silencio cubriera la explanada repleta por una multitud, que calló ante la señal de su señor.

Si mal no recuerdo, creo que todo el destacamento intentaba controlar la conmoción por vislumbrar al más legendario de todos los reyes del mundo de los hombres del norte. De pronto, de ambos costados del palio real salieron una docena de hombres con refulgentes armaduras, que no podían ser de otro metal que no fuese oro. De sus cintos descolgaron largas trompetas, clamando una invocación al universo haciendo vibrar el aire. Al terminar de retumbar el potente sonido que prosiguió con su eco; el rey Ingvar nos dio la bienvenida en norrés, con una voz de trueno que se escuchaba por toda la explanada, sin embargo apenas parecía mover los labios:

-“Hombres de la raza de los Aesir y los Vanir, herederos de la sangre vertida por los dioses del Asgard. Sois bienvenidos a esta nueva tierra que os ofrece no solo riquezas, sino que os otorga la satisfacción de saber, que con vuestra sangre y sudor se perpetúan los designios que los dioses os han destinado a cumplir.

¡Gloria a los guerreros del Amambay! ¡Larga vida a su Jarl Oleg *Águila blanca*!

Nuestros enemigos ya conocían el peso de la espada que en batalla, vosotros habéis confirmado la voluntad de ser y permanecer por cientos de generaciones en este territorio prodigioso, que nos fue señalado hace siglos como el fruto de nuestros anhelos”.

No sé cuando se extinguieron las palabras de bienvenida del gran rey. Decenas de imágenes habitaban en mi cabeza por el embrujo de lo que allí sucedía, y que mi mente no alcanzaba a comprender. Sentía una extraña y poderosa energía que había emanado entre el rey Ingvar y nosotros, encadenándonos en una sola voluntad: como si en el silencio se hubiera comunicado con cada uno aplacando nuestras ansias y miedos para siempre.

Las trompetas sonaron de nuevo rompiendo el trance, dejándome observar como Oleg adelantaba su caballo hacia el balcón de piedra y agradecía a su señor la dicha de regresar al hogar con gloria. Después de ello, el gran rey se retiró seguido con su corte.

En los cornos de nuestro batallón restalló la señal de avanzar, continuando la columna hasta el final de la avenida, desde donde fuimos conducidos al que sería nuestro cuartel. Al llegar al fuerte, desmontamos, entregando las bestias a los caballerizos. Un oficial nos comunicó que nuestro destacamento sería dividido de acuerdo a su origen para facilitar la convivencia: así los frisios y sajones que eran numerosos hicieron un grupo; los oriundos de Nordveg e Island además de otros soldados de diversas naciones, tuvieron por destino la barraca del Oeste. Los guerreros de Schleswig-Holstein y Dannemark en compañía de algunos normandos fueron enviados a un gran barracón al lado norte del bastión, mientras Ulf y yo como únicos representantes de las tierras de Svealand nos ordenaron sumarnos a estos últimos. Ello nos produjo gran satisfacción, ya que continuaríamos el servicio con la mayoría de los amigos hechos durante la gran marcha desde Nye Hedeby.

En un nutrido grupo de seis veces diez hombres, fuimos conducidos hasta nuestro alojamiento por nuestro nuevo oficial, quien dijo llamarse Wolf. Aquello me inquietó porque significaba que Oleg no sería más nuestro comandante y llevado por la inconformidad le expuse mi descontento al oficial a cargo. Wolf se detuvo en seco para responderme que nuestro Jarl lo seguiría siendo, pero de todos. Ya que Oleg era el condestable de toda la guarnición de Taipikala y solo recibía órdenes del rey Ingvar.

Sorprendido por la respuesta me atreví a hacerle una pregunta más:

-“¿Entonces, porqué tan alto oficial es confiado a hacer un viaje de meses por territorios hostiles, solo para ir en busca de un grupo de colonos y de reclutas recién llegados?”.

Wolf que ya recomenzaba su marcha, solo dijo era mejor preguntárselo directamente al comandante cuando lo viera nuevamente.

Con Ulf nos quedamos mirando confundidos, y discutiendo todo tipo de posibilidades continuamos caminando a una sobria estancia de altos muros de piedra. Ya dentro, Wolf nos condujo al que sería el dormitorio de la tropa, y en medio del cómodo aposento distribuyó uno por uno los lechos cubiertos por sendas mantas de lana que nos prometían el merecido descanso. Después de algunas instrucciones, nuestro oficial nos indicó la ubicación de los cuartos de agua al final de la cuadra para asearnos antes de comer. Sin esperar más, corrimos hacia los baños igual que niños, impresionándonos por la esplendidez de sus instalaciones. Los muros estaban cubiertos por delgadas losas de cerámicas decoradas con bellos dibujos. A ambos costados del recinto, sobresalían de las murallas caños de bronce que vertían un chorro constante de agua cantarina en las bañeras talladas, donde un hombre podía estirar las piernas sin mucho esfuerzo. Alegres nos desnudamos para sumergimos en las tinas gritando, haciendo bromas soeces y lanzándonos agua con las manos. Mientras algunos tiraban las piezas de jabón humedecido al

techo de madera, que luego de algunos momentos caían sobre la cabeza de algún distraído. Con paños de albo lino que recibimos de los mozos que nos asistían, me esparcí por el cuerpo el oloroso jabón refregándome con esmero para sacar la tierra impregnada en mi piel, instando a Ulf a hacer lo mismo pues hedía como un oso al terminar el invierno.

Ya limpio y satisfecho, apoyé la espalda contra el borde dejando que el blando chorro de agua cayera sobre mi cabeza, notando al rato que de a poco el agua iba subiendo la temperatura, hasta que de verdad estaba algo más que tibia. Todos nos asombramos por ese alarde de lujo e ingenio, relajándonos al contacto con el líquido caliente, acallándose las voces y chanzas, que se convirtieron en murmullos que se perdían entre los vapores. No sé cuánto tiempo estuvimos allí, pero tuvo que venir el mismo Wolf a sacarnos, ya que nadie quería abandonar ese paraíso a pesar de las quejas de los quechuas a cargo.

Vestidos con ropas nuevas dispuestas para nosotros: calzas azules, sayas blancas, capas y botas de un cuero; seguimos a Wolf al comedor para mitigar el hambre que fue satisfecha con varios tipos de carne, papas cocidas y un licor de maíz que disfrutamos luchando contra un enorme sueño que se apoderaba de los párpados, llevando a algunos a postrarse sobre sus camastros sin descalzarse apenas terminó la cena.

Dormí. Hacía tanto que no descansaba en una cama limpia con sábanas. Para cuando por fin me incorporé apoyado en los codos, observé que el dormitorio estaba casi vacío y solo algunos continuaban durmiendo lanzando ronquidos destemplados que me hicieron sonreír. Tratando de abrir los ojos y desemperezarme me quedé algún rato más bajo las mullidas mantas de lana de “ovejas largas”, hasta que el hambre y la necesidad de saber donde estaban mis amigos me hicieron por fin salir de la cama. Calcé mis botas y luego me aproximé al comedor contiguo, donde Ginil con otro guerrero de Schleswig-Holstein llamado Ottman *Colmillo largo*, comían en un mesón servidos por un muchacho indígena, que presto se apresuró en ir a la cocina en busca de algo para saciar mi apetito.

Me senté con mis camaradas conversando de las muchas impresiones que nos habían producido los eventos del último día, hasta el regreso del mozo con una vasija llena de papas hervidas, acompañadas de gachas de avena y un cuenco con infusión de hoja de “Coca” para suprimir los efectos de la altura. Le agradecí con una venia por la comida, correspondiéndome con una gran sonrisa que no dejó de impresionarme por la blancura y perfección de su dientes. Según me explicó Ginil cuando estuvimos solos, se debía a que el agua que se utilizaba para beber en la ciudad y sus alrededores contenía un prodigioso mineral que evitaba que los dientes se mancharan y perdieran su vigor.

-“Ayer he visto ancianos con la dentadura completa.-Eso es increíble- Ya quisiera haber sabido de esto antes”. –Agregó Ottman mostrando sus dientes molidos y oscuros.

Luego de comer me despedí de mis compañeros saliendo al patio central del cuartel, donde Ginil me dijo que podía encontrar a mis amigos. Los vi a lo lejos, sentados en unos taburetes

afeitándose y trenzando mechones de su cabello ante un espejo de bronce que sostenía un muchachito, mientras un hombre indígena de fina saya roja los observaba con el semblante imperturbable. Al llegar a ellos me llenaron de pullas riéndose de mi gran capacidad para dormir:

-“¡Ajaaaá!, Ahí llega el gran Thorvald!” –Bromeó Ragnar- “Ya no os llamaremos *Espada larga*, sino Thorvald “El del sueño largo”, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!

Ulf y Thorffin lanzaban risotadas golpeándose los muslos gozando mi desconcierto. Que superé rápidamente para contraatacar, señalando que no era lo más largo que tenía, meneando mi pelvis.

Los tres exclamaron un burlón: ¡¡Oooohhhh!! Expresión que Thorfinn coronó diciendo:

- “Claro, si sabemos que lo más largo que teneis es la lengua ¡ja!, ¡ja!, ¡ja! - Esa que usareis cuando de viejo os convirtáis en *Ergi*”⁴⁸ ¡ja!, ¡ja! Y los tres se rieron a carcajada batiente, hasta que yo comencé a reír también.

El mozo quechua que sostenía en espejo ya demostraba su fastidio, instando con señas a mis amigos para que concluyeran su acicalamiento. Ahí me fijé que Ulf se trenzaba la barba del mismo modo que el rey Ingvar.

-“Oye Ulf: ¿Estáis imitando al gran rey? ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, Vos que me decíais que no pensara más en la Völva Gudrun porque es una noble hermana del rey, y ahora queréis pareceros a él. ¡Ja!, ¡ja!. Los hechos demuestran que al parecer el *Ergi* sois vos. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

Ulf acusó el golpe y sin mirarme siguió con su trenzado, mascullando que las órdenes que teníamos nos obligaban a seguir las usanzas de los habitantes de la capital de los Atumuruna.

La repuesta me devolvió de inmediato la interrogante que ni Ginil ni Ottman supieron contestar. Así que les pregunté sobre cuáles eran las tareas que teníamos para el resto del día.

Los danemann y el “pequeño rey” Ulf se miraron divertidos respondiéndome todos a la vez que las órdenes eran hacer: “¡Nada!”.

-“¿Qué? ¿Cómo que nada?” Exclamé desconcertado.

-“Así es Thorvald “El del sueño largo”. Las instrucciones son descansar y recuperar fuerzas durante los tres próximos días, para el cuarto día en la mañana recibir nuestras órdenes para el entrenamiento que se extenderá por tres meses. Después de ello, debemos elegir entre ser asignados como sargentos en algún batallón o ingresar a la escuela de alféreces para ser oficiales luego de dos años. Además a los que estábamos en pie desde temprano se nos dio la soldada por el servicio que hemos prestado el último mes”.

⁴⁸ **Ergi:** Aunque no existen registros históricos directos sobre personajes homosexuales en la época vikinga hay indicios indirectos de su existencia. En la lengua nórdica antigua existen palabras que describen el concepto y sus prácticas: el sustantivo *ergi* o *regi* (y sus formas adjetivales *argr* o *ragr*) significan literalmente afeminado o impropio del varón.

-“¡Siiii!, ¿de verdad, y mi parte donde la pido?” Pregunté con alegría. Sin atender la difícil decisión que debería tomar en unos meses.

-Ulf ya de pie señaló a Kipana que era el nombre del quechua de saya roja que nos seguía observando a cierta distancia.

-“El será nuestro consejero durante este primer tiempo en Tiawanaku, que nos ayudará a conocer las costumbres del imperio para integrarnos con más rapidez”.

-“Así que Kipana como se llama, os llevará a la intendencia donde recibiréis vuestra paga”. Completó Ragnar haciendo tintinear alegremente las monedas que llenaban su talego.

Kipana se aproximó revelando su distinguido porte y en perfecto norrés me pidió que lo siguiera. Asombrado por su dominio de nuestra lengua, caminé a su lado sin poder dejar de preguntarle sobre cuando había aprendido el idioma de los hombres del norte.

-“Lo aprendemos desde pequeños”- Me respondió esbozando una sonrisa cómplice y prosiguió disfrutando de mi sorpresa- “La mayoría de nosotros hablamos vuestro lenguaje, así como de las otras razas que habitan el imperio. Como también vuestra gente habla la nuestra y otras más”.

-Sin pensarlo exclamé una maldición en mi dialecto Svear, que Kipana se apresuró en condenar usando la jerga de Svealand.

Pasmado lo miré y antes que dijera nada, Kipana me explicó que Oleg le había enseñado la lengua de los hombres del reino Svear, y esa fue una de las razones por las cuales fue asignado a ser el guía de los seis recién llegados.

-“Seis, cuales seis Kipana?”

El ujier dijo que aparte de nosotros cuatro, le habían encargado instruir a dos guerreros más de nombre Ekath y Snorri. Pero que nos los encontró en la mañana pues habían salido muy temprano a recorrer la ciudad.

-¡Puuff! No sabéis lo que os espera amigo mío. Ya conoceréis los caprichos de Ekath y los desvaríos de Snorri.

Kipana solo me miró ante mi comentario y como habíamos llegado frente a la puerta de la intendencia, se detuvo indicándome que entrara preguntando por maese Thermald. Este resultó ser un viejo funcionario, que al darle mi nombre me entregó una pequeña bolsa llena de monedas de oro y plata, que eran más valiosas que todas las riquezas que había tenido alguna vez. Feliz por la gran suma de dinero, accedí a marcar mi nombre sobre un registro de pergamino piel. Recibiendo el comentario del tesorero de que ya no habían muchos jóvenes que escribieran en Futhark. Advirtiéndome con duras palabras antes de marcharme:

-“Jamás debéis enseñarlo a los hombres oscuros. Ya sabréis la razón, ahora idos”.

Sin esperar, apenas tomé en cuenta el comentario de Thermald, y sopesando el dinero que había recibido salí de la estancia rápidamente al encuentro de mis amigos que me esperaban sentados jugando a los dados.

-“¿Y qué tal vuestra paga? -Me preguntó Ragnar.- Es más de lo que soñamos en tener alguna vez, cierto Thorvald”.

-“Si, es increíble. Quiero salir a conocer la ciudad ahora mismo y comprar todo lo que vea”.

-“Lo haremos juntos, solo os esperábamos a vos. Añadió Ulf incorporándose, plegando los faldones de la capa de lana bermeja que lo abrigaba del frío clima a pesar de ser ya mediodía”.

-“Kipana será nuestro guía en esta expedición y nos describirá los portentos de la ciudad”.

Kipana que permanecía en silencio levantó su mano derecha deteniendo el entusiasmo que nos poseía, aconsejando que primero bebiéramos la pócima de “Coca” antes de salir, pues todavía no estábamos habituados al rigor de la altura y era peligroso esforzarse mucho sin tomar esa precaución.

Al ir detrás del previsor Kipana rumbo a la cocina, aproveché de vestir mi capa y dejar parte de mi nuevo tesoro guardado en el cofre con llave. De regreso a la cocina bebí una escudilla de la infusión, para luego seguir a nuestro mentor hasta los portones de entrada del cuartel. Antes de cruzar el puesto de guardia hacia el exterior del fuerte, Kipana nos advirtió de no hablar con nadie y de no beber licores, pues eso podía hasta matarnos si no estábamos acostumbrados a la altura.

Ya fuera, recibimos la colmena que era Taipikala de un golpe, abrumándonos con su despliegue de vida y de tráfico, tanto de personas como de bestias de carga, en todas las direcciones. Hombres y mujeres de todas las edades y razas se mezclaban en un bullicioso ir y venir atendiendo sus asuntos, llenando el espacio de voces y gritos en el regateo por los productos que se vendían en cada tenderete que se plantaban a orillas de las calles.

Los hombres y mujeres quechuas, aymaraes, chipayas y de otras tribus como los uros, lucían orgullosos sus túnicas de colores rojos, blanco, negro y anaranjado, que usaban hasta la rodilla y ceñían a sus cinturas con una faja de trenzado plano. En cambio los nordmanners seguían la usanza de las vestimentas de ultramar, pero estas ropas eran hechas de los tejidos de lanas de “Las ovejas largas” o de otras telas locales.

Kipana que ya nos había comentado que nuestro recorrido solo sería por el “templo de las piedras paradas” y un templete subterráneo junto a él, nos llevó con seguridad por entre la multitud hasta el frontis mismo del Kalassasaya, encontrándonos con una gran cantidad de peregrinos que traían ofrendas de grano y pescado extraído del gran lago del Titikalla, como dádiva al templo y a los dioses.

En el gran portal de entrada había dos soldados que llevaban coraza y un yelmo de metal dorado similar al que usaba la escolta y los trompetistas del rey en el homenaje. Ante el comentario de Ulf sobre cuando podíamos tener una armadura de oro como aquellas, Kipana se apresuró en responder de que no era oro de lo que estaban forjadas, sino que era una aleación de metal llamado electrum que era muy resistente, permitiendo que las armaduras fueran livianas y flexibles, lo que proporcionaba una ventaja adicional frente a los enemigos.

Satisfecha la curiosidad del “Rey” Ulf que no dejaba de tocar las trenzas de su barba, nos enfrentamos a una serie de grandes escalones que ascendían hasta una poterna apoyada en una sólida estructura de columnas de sillares cortados, que levantaban muros de hasta sesenta pies de altura, rematados tanto en tanto en gárgolas como en goteros de desagüe para las aguas de las lluvias. Deslumbrados, iniciamos el ascenso hacia el dintel de la enorme puerta tallada de una sola pieza de piedra, que al traspasarla nos permitió ver una estatua cincelada en roca de más de diez pies de alto, que representaba un hombre con unos extraños objetos en cada una de sus manos. Kipana que daba trancos de siete leguas, nos esperó a un lado del gigantesco monolito riéndose por nuestra falta de aliento, y luego, recuperada su usual gravedad, nos reveló el significado de tan misteriosa figura:

-“Esta imagen representa a un ser divino, que tiene dibujados en sus brazos, a dos serpientes que son el poder de la energía que se traspasa entre cada mano: la mano izquierda está sosteniendo con los dedos "hacia adentro" un vaso, pero la mano derecha, está orientada "hacia afuera". Esto quiere decir que todo trabajo tiene que salir de adentro hacia afuera, y luego debe volver de afuera hacia adentro. Lo que sostiene en la mano derecha, es el hombre serpiente y el cinturón con emblema solar en señal de unión entre el padre, la madre y el hijo: la sagrada trinidad”.

-Anonadados por la increíble descripción de nuestro guía. Lo seguimos apenas nos hizo una seña, sin ocultarnos la satisfacción que le producía el dejarnos boquiabiertos por la grandeza de la cultura del imperio de los dioses.

-“¿Kipana, por qué este templo no tiene techo?” -Pregunté apuntando hacia arriba- “Creo que no es porque no puedan hacerlo”.

- El consejero quechua nos esclareció que era porque todos los templos del imperio estaban orientados al cosmos, y que las estrellas y el cielo del universo eran el techo eterno de los dioses, que habían venido desde otros planetas a habitar entre los hombres y dejar su descendencia.

Continuando con el recorrido pudimos ver el gran patio interior del templo, que estaba rodeado por pequeñas habitaciones semi-subterráneas dispuestas de manera que siete estaban a cada lado del patio. Curiosos avanzamos siguiendo a una pequeña fila de funcionarios indígenas hacia el fondo del templo, hasta llegar a un recinto dividido por un muro construido a base de cubos de arenisca. Esta muralla cierra los sectores Este, norte y sur, dejando a ambos costados una especie de atrio ceremonial donde los orantes dejaban sus dádivas. Estas ofrendas serían más tarde retiradas por los aprendices de los sacerdotes encargados del culto al dios sol, para luego llevarlos a los altares sagrados a los cuales solo tenían acceso los sacerdotes y la familia real.

Contemplamos por largo tiempo la sucesión continua de gentes que adoraban a los dioses de la gran meseta. Posteriormente nos retiramos subiendo por una escalera lateral a la explanada superior, para toparnos con un segundo muro periférico, que en su lado norte poseía dos bloques, en los que en su tercio superior había sido horadado un orificio que imitando en gran

tamaño una oreja de hombre. Kipana explicó que mediante ese artilugio se pueden escuchar ruidos o conversaciones que se producen en sitios alejados. Eso lo comprobamos de inmediato, prestando atención a como unos niños jugaban con este prodigio, recibiendo el regaño de sus mayores que ya se retiraban por una puerta posterior. Apenas las familias quechuas se perdieron de vista, nos miramos y como chiquillos corrimos dándonos empujones hasta el asentamiento de las piedras con agujeros, que Ulf y Ragnar alcanzaron antes. Nos divertimos mucho tiempo lanzando gritos y mensajes groseros de los cuales nos reíamos de buena gana, discutiendo sobre la razón por la cual esta maravilla amplificaba los sonidos de esa forma.

Cansados de jugar, decidimos que ya era hora de visitar el templo subterráneo que cruzamos antes de ingresar al Kalassasaya. Pero antes de llegar a la salida posterior, vimos una gran puerta de piedra verdusca que Kipana la mencionó como “La Puerta del Sol”. Este umbral fue tallado en un solo bloque de roca cincelado con relieves, donde está representado el Dios de los Báculos, que era una deidad simbolizada de frente con un extraño tocado que le da un aspecto solar. Sobre sus mejillas caen lágrimas, y en las manos sostiene dos báculos que están adornados con cabezas de cóndor y de puma. A sus lados está decorada con otros relieves de numerosas figuras aladas, unas con cabeza humana y otras de ave. Según Kipana que nos explicaba todo esto satisfecho por la completa atención con que atendíamos su relato; el dios de los báculos recibía el nombre de Wiracocha, que era nada menos que el dios creador de todas las cosas que surgió del gran lago Titikalla antes de que existiera la luz y que luego creó a una raza de gigantes. Sin embargo, Wiracocha vio que eran demasiado grandes, por lo que los hizo a su propia escala, creando así a los humanos. Pero éstos eran codiciosos y estaban llenos de odio, por lo que convirtió a algunos en piedra, a otros en otras formas, y otros fueron tragados por la tierra o por el mar. Después, cubrió toda la Tierra con una gran inundación, de la que se salvaron sólo tres hombres, de los que Wiracocha se valió para crear a la raza humana de nuevo. Acto seguido, hizo aparecer al sol, la luna y las estrellas. Después, cuenta el mito, Wiracocha puso rumbo a Tiawanaku, donde grabó en piedra imágenes de todas las naciones que había creado. En el mito también aparecen dos sirvientes del dios, que lo ayudan en su labor de creación. Finalmente, cuando los tres terminan su labor, se alejan caminando sobre las aguas en dirección Oeste.

Merodeamos por la plaza del gran templo del Kalassasaya por algún tiempo más, comentando la leyenda que recién habíamos escuchado de nuestro sorprendente ujier, que al rato nos llamó de un silbido para que abandonásemos el lugar por una escalera que daba a la calle. Reunidos al pie de esa salida secundaria nos preguntó si éramos capaces de seguir explorando la ciudad o preferíamos ir al barrio del mercado para comer algo.

-“¿Nos llevareis a otro templo Kipana”? Inquirió Ulf mirando con los ojos encendidos a unas chicas que nos sonreían más allá.

El guía respondió que al templo subterráneo que vimos antes de entrar al Kalassasaya, y que no nos demoraríamos mucho en su recorrido.

Accedimos sin pensarlo, siguiendo a Kipana una vez más por entre medio del tumulto de gentes que transitaba en todas direcciones. Al llegar al templo hundido, descendimos algo así como siete pies por escalones tallados en piedra de maravillosa perfección, para vernos en una planta cuadrangular embaldosada, rodeada por muros sostenidos por cincuenta y siete pilares de arenisca roja, que el ujier nos invitó a admirar. Luego continuó su relato contando que los muros estaban decorados con más de diez y siete veces diez cabezas de piedra, cuyos rostros representarían las diferentes razas vasallas del imperio. Cada una de ellas talladas con los rasgos de gentes jamás vistas por nosotros.

Kipana captó que la duda nos embargaba, y ante la desconfianza que mostrábamos solo reía y nos daba golpecitos en la espalda, instándonos a seguir avanzando. El templo poseía un sistema de drenaje obrado mediante canales de piedra, con un declive que hacía desembocar las aguas de las lluvias en un recolector que se situaba en un rincón del edificio. Luego de revisar los cuatro muros del templete giramos hacia el centro de la plazoleta, donde se erigían imágenes labradas de dioses. A la más alta, Kipana la llamó Pachamama o madre tierra, que medía alrededor de veinticinco pies. Otra de las estatuas representaba al dios Kon Tiki, que extrañamente era barbado, lo cual generó nuestro interés.

-“Todo esto es muy antiguo⁴⁹-Dijo nuestro guía- La ciudad ya estaba aquí antes de que los hombres blancos llegais, siendo los mismos dioses venidos del firmamento los que construyeron esta ciudad”.

-“Lo que nos habéis mostrado ha sido impresionante. Creo”-continuó Thorffin -“Que ninguno de nosotros había visto en su vida algo semejante Kipana. Pero en el cuartel escuché de un magnífico puerto que posee la ciudad en el lago, que es tan grande que parece un mar. ¿Es eso cierto?”.

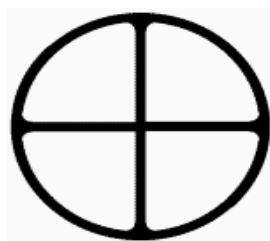
⁴⁹ En su famoso libro “Tiawanaku, la cuna del hombre americano”, Arthur Posnansky propone dos pruebas que según él son esenciales para considerar a Tiawanaku como la ciudad más antigua del mundo. Primero que todo, la prueba arqueo-astronómica: estudiando el sitio arqueológico, Posnansky sostuvo que cuando se fundó el templo Kalasasaya, el eje terrestre (polo norte-sur) estaba inclinado en la perpendicular de la eclíptica de 23 grados 8' y 48'' (actualmente es de 23 grados y 27'). Según los cálculos de la conferencia internacional de las Efemerides, esa inclinación del eje terrestre correspondía precisamente al 15.000 a.C. La segunda prueba es arqueológica: Posnansky encontró huesos de toxodonte (mamífero de la megafauna extinto en el 12.000 a.C.) junto a huesos humanos en el mismo estrato estratigráfico. En 1930, Posnansky tuvo contacto con el estudioso alemán Edmund Kiss (1886-1960), quien sucesivamente se unió a las SS de Heinrich Himmler. El 23 de septiembre de 1930, los dos estudiosos fundaron, en La Paz, la Sociedad Arqueológica de Bolivia. Cabe notar que el 23 de septiembre, día del equinoccio de primavera, fue considerado por Kiss como el día de partida del calendario de la Tiwanaku antediluviana. El objetivo de los estudios andinos de Edmund Kiss, que fue incluido luego en la Ahnenerbe, la entidad de investigación arqueológica creada por Himmler en 1935, que tenía el disparatado propósito de demostrar la superioridad de la imaginaria “raza aria”, era el de encontrar evidencias para probar la teoría del hielo universal de Hans Hörbiger. Según esta teoría, los Atlantes, luego del cataclismo que destruyó su continente, se habrían fugado navegando hacia el sur y se habrían establecido en el altiplano andino, fundando Tiawanaku 15 milenios antes de Cristo.

-“Si lo es joven soldado, pero lo que habéis visto hoy ya es suficiente. Hay que dejar que la mente y el cuerpo descansen para así poder asimilar todo el conocimiento que ya está dentro de vosotros. Ahora buscaremos un lugar para comer y luego regresaremos al fuerte para que beban más infusión de “Coca.”

Sin dejarnos reaccionar, Kipana nos condujo hasta un comedor público cerca de un mercado de lanas y pieles. Tomamos una mesa vacía para pedir por consejo de nuestro ujier, un guiso de vegetales, papas y carne de ave que resultó ser una delicia de la me convertí en un voraz seguidor. Ulf intentó pedir algún licor, pero fue tajantemente prohibido por Kipana que argumentó que nuestros cuerpos no estaban preparados para las bebidas fuertes.

Más tarde, ya saciados regresamos al cuartel para descansar y recuperar las fuerzas suficientes para visitar la mañana siguiente “La puerta de los pumas”, y el puerto a orillas del gran lago Titikalla, que decían era el más grande del mundo conocido. Luego de beber la infusión de “Coca”, nos retiramos a las estancias, para jugar a las cartas con mis amigos antes de dormir. Estábamos repartiendo la baraja cuando sentimos gritos pidiendo ayuda, provenientes del patio. Reconocimos las voces de Snorri y Ekath, que entraron azorados al dormitorio tapándose la boca y las narices que manaban gran cantidad de sangre. Las caras de espanto de nuestros camaradas nos hizo pensar que habían sido envenenados Mas el olor a licor que exhalaban sus cuerpos nos permitió darnos cuenta de lo valioso de los consejos recibidos de Kipana, quien alertado de la situación, ya les daba de comer una pasta de ajo molido a los insensatos que lo habían desobedecido.

Wolf no tardó en aparecer rojo de ira, buscando a Kipana que en sordina lo puso al tanto del estado de los guerreros postrados en sus camastros, a quienes se les castigó con la suspensión definitiva de sus días de franco, y con la asignación de trabajos menores dentro del cuartel hasta que su conducta fuera la propia de un soldado al servicio del imperio. Sentí algo de lástima por Snorri y Ekath que perdían todos sus derechos por una tontería, pero comprendía que la vida les pendía de un hilo por su porfía. Decidimos dejarlos descansar en paz, saliendo de la cuadra hacia al comedor, donde con otros soldados del continuamos el juego de cartas, comentando de los ostentos vistos durante el día, como de lo provechoso que prometía ser el futuro por la cantidad de riquezas que habíamos observado por doquier.



El sol comenzaba a ascender en el firmamento cuando ya estábamos preparados para salir a recorrer los muelles contiguos a la gran “Puerta del puma”, al otro lado de Taipikala y admirar la belleza legendaria del lago Titikalla o “Piedra de luz”, donde se decía que había llegado el primer rayo de albor, después del gran diluvio que destruyó la tierra hace miles de años.

Apenas rompimos el ayuno con una especie de pan de maíz y la consabida infusión para “el mal de la montaña”, seguimos a un alegre Kipana rumbo al norte de la ciudad hacia el Puma-punku, cruzándonos por el camino con los primeros madrugadores que nos saludaban con gran cordialidad. La recta acera de grava por la que transitábamos, era escoltada por conductos de agua conectados a cisternas o pozos, por donde fluían aguas límpidas que eran utilizadas por los habitantes de las casas y edificios a la vera del camino. Cuando la luz bañaba por completo a la tierra con sus halos dorados, entramos por el portal principal del Puma-Punku⁵⁰ que estaba situado sobre una serie de terrazas de piedra tallada, adornadas con placas de oro pulido y de cerámica de colores brillantes que hermoseaban el complejo, que ya era recorrido a esa hora por innumerables ciudadanos vestidos elaboradamente y algunos sacerdotes cubiertos de joyas exóticas. Embobados seguimos en dirección al lago avanzando por una plaza de más de cien pies de ancho, que terminaba en una calzada pavimentada junto al gran lago donde rompían las mansas olas azul verdoso del Titikalla.

Con la respiración agitada disfrutamos de la ilusión de un mar en medio de la alta tierra. Sin embargo, mis cavilaciones fueron otras cuando trepé hasta un promontorio, desde donde se veía la amplitud del lago rodeado en la lejanía por imponentes montañas de crestas nevadas.

-“¿Por qué esta ciudad estaba construida tan lejos del mar y tan cerca del cielo? , ¿Por qué los nordmanners habían cruzado océanos y selvas para dominar una posesión tan extensa y lejana?”. Estas interrogantes me sumieron en una serie de pensamientos, pero un grito de

⁵⁰“**Puma-punku**”: Estas ruinas han sorprendido a todos los viajeros que las han visto durante los dos últimos siglos, pero los primeros en describirlas científicamente fueron **A. Stübel** y **Max Uhle** (*Die Ruinenstaette von Tiahuanaco im Hochland des Alten Perú*, 1892). Las fotografías y los dibujos que acompañaban su informe demostraban que los gigantescos bloques de piedra caídos habían formado parte de varias estructuras de sorprendente complejidad que podían haber formado el edificio oriental del lugar. Las cuatro partes del edificio, que se derrumbó (o fue derribado), parecen enormes plataformas, con o sin las partes que las unían en una sola pieza, verticalmente o en otros ángulos. Las porciones individuales, rotas, pesan alrededor de cien toneladas cada una; están hechas de arenisca roja, y **Posnansky** (*Tiahuanacu - The Cradle of American Man*) demostró concluyentemente que la cantera de estos bloques, que pesaban tres o cuatro veces más cuando eran una unidad, estaba en la costa occidental del lago, a unos quince kilómetros de distancia. Estos bloques de piedra, de los que algunos miden más de 3,5 por 3 metros, y casi 60 centímetros de grosor, estaban llenos de muescas, surcos, ángulos precisos y superficies en diversos niveles. En determinados puntos, los bloques tienen unas muescas cuya finalidad parece que fue albergar grapas metálicas de bronce, para sujetar cada sección vertical a las adyacentes.

Ragnar me avisó que debía alcanzarlos, pues el pequeño grupo se alejaba rumbo a los muelles cercanos.

Alineadas junto al malecón, había decenas de embarcaciones parecidas a los Drakkars. Pero estas estaban fabricadas de un tipo de junco entrelazado llamado “Totora”. En el horizonte numerosos navíos surcaban las pacíficas aguas del Titikalla, ondeando extensas velas cuadradas con las enseñas del imperio en su centro y en las banderolas de los mástiles. Kipana nos explicó que se dirigían desde el puerto a todos los embarcaderos del gran lago y viceversa, cargados de objetos de metal, ganado, textiles, granos y otros frutos agrícolas, además de todo lo que se pudiera vender y comprar, ya que Taipikala aparte de ser una ciudad santuario, era el centro comercial más importante del imperio. Ese último comentario me recordó las andanzas en el puerto de Dieppe, narrándole a Kipana y a mis amigos de Dannemark las historias que escuchábamos de marinos y soldados en las cantinas del puerto Normando, que fue lo que nos hizo emprender la travesía hasta Sydland. Ello me empujó a preguntar la razón por la cual los metales preciosos solo eran comerciados con los normandos, y no con otras naciones que tal vez pagarían importes más ventajosos.

-Kipana meditó algunos instantes una respuesta que me pareció no era totalmente veraz:: “Lo que sucede es que el gobierno del gran rey Ingvar, hace ya muchos años heredó de su antecesor la obligación del comercio de esas riquezas solo con *La orden de los caballeros del templo*. Ellos tienen los derechos absolutos de compra y venta del oro y la plata y otros metales, que llevan desde Tiawanaku hasta sus puertos de ultramar. Ahora miren hacia allá”- Exclamó señalando un edificio con su mano hacia el poniente- “Ese es el cuartel general de los caballeros del templo en Taipikala. La llaman abadía y desde su interior se organiza y despliega el poderío de los monjes-guerreros al resto de la tierra del medio”.

Contemplamos durante unos instantes la enorme mole del monasterio, que sobresalía por su altura de los otros edificios que lo rodeaban, destacándose las gruesas torres almenadas arbolado de emblemas de la orden. Sus altas murallas no dejaban paso a la vista a su interior, mas la opulencia de su estructura permitía deducir que la abadía era un símbolo que tenía la misión de hacer presente que los monjes habían llegado para quedarse, mientras sus defensas decían que no serían expulsados sin resistencia.

-Cuando iba a comentar mis reflexiones al grupo, se me adelantó Thorffin preguntando. “¿Pero no es más conveniente comerciar con varios países para así obtener un mejor precio?” - Agregando- “Es muy claro que no es un buen trato”.

-“Noto que los males de la altura no ha mermado vuestros sesos joven guerrero”.-Se burló el quechua, condescendiendo a la agudeza del Danemann: “Es lo que todos pensamos, pero no sabemos qué poderosas razones obligan a nuestro soberano a esquilmar los tesoros del imperio, a cambio de casi nada en esta época de guerras y amenazas”. -Remató con amargura.- “Es como

si esos monjes, como ustedes los llaman, sean dueños de cierta influencia entre los consejeros del rey”.

-Extrañado Ulf interrumpió a Kipana: “¿Por qué razón esos monjes cristianos tienen los derechos sobre el oro y la plata y no otras órdenes religiosas?”.

Un Kipana que cada vez más nos descubría no ser un simple funcionario, nos respondió sin ocultar su desazón que: “No lo sabía, pero que desde el principio de la historia del quinto imperio llamado de los Atumurunas, la sagrada alianza entre los hombres blancos del norte y las naciones indígenas funcionó sin problemas, dando grandes satisfacciones a todos. Recordando que la expansión territorial, propia de un estado fuerte y dominador, fue posible a partir de llegada de los nordamnners hace más de dos siglos, logrando bajo su mandato la unidad de los cuatro pueblos que habitaban la gran meseta. Pero eso terminó con el arribo de la orden de los caballeros-monjes, quienes han concentrado riqueza y poder, creando más de un conflicto entre los ciudadanos de Tiawanaku, que toman partido según su propia conveniencia o según la religión que profesan”.

-“¡Claro! Es lo que nos contaba Ymir”- Interrumpí.-“El soldado de cerro Corá. Ulf.: ¿Recordáis lo que nos dijo cuando nos bañábamos en el riachuelo cerca del fuerte?”.

Ulf asintió y aprovechó de explicarles a nuestros amigos daneses, el conflicto que el imperio vivía por el acaparamiento del comercio de los metales preciosos por parte de los caballeros templarios, como se los conocía en Normandía. -Intercambiamos varias opiniones más sobre el problema, dándome cuenta de cómo Kipana conducía la discusión a su antojo como el más hábil de los embajadores de oriente, quedando todos de acuerdo de que alguien le debía abrir los ojos a nuestro regente, que al parecer los tenía más bien puestos en la bóveda del cielo, que en las necesidades terrenales de sus súbditos. No quise emitir ninguna opinión, ya que mi intuición me advertía callar mientras no averiguara la verdadera identidad de nuestro extraño ujier y conocer sus intenciones. Luego de pasear por las dársenas donde recalaban los grandes barcos de guerra del rey, Kipana propuso regresar a la ciudad pasando a visitar la gran pirámide de Akapana, dentro del centro religioso organizado en su conjunto como un modelo del cosmos.

El Akapana representaba una montaña cósmica, cuyo eje ceremonial conectaba los tres mundos. Este gran templo tenía siete niveles asociados al padre cielo y sus siete direcciones: norte, sur, este y oeste, además de centro, arriba y abajo. La gran pirámide tenía su eje trazado en orientación este-oeste, que habla de los puntos de salida y puesta de sol en los equinoccios, cuando el sol cruza el ecuador celeste donde se ubica la constelación de Orión. Al llegar a la cima del séptimo nivel encontramos un patio hundido en forma de cruz, que simboliza los puntos cardinales que recibía el agua de lluvia y la drenaba fuera de los muros verticales de cada nivel. Estos ductos conducían el agua horizontalmente por debajo de la superficie de cada tramo y luego la vertían, haciéndola caer en cascada por todos los niveles de la pirámide, convirtiéndose el Akapana en una montaña de agua, que revivía a su vez el agua del espíritu.

Aturdido por la innumerables muestras de sabiduría y conocimiento de los constructores de Taipikala, me dejé llevar por un remanso de paz que obró en mi temple, apoyándome en un roca de la mampostería para descansar un poco. No me di cuenta cuando cerré los parpados hundiéndome mis sentidos en la nada. Las imágenes que atravesaban mi mente confundían el entendimiento con extrañas alegorías de gigantes cortando piedras, cargándolas y construyendo la ciudad que ahora habitábamos en medio de inmensas montañas. Cuando abrí los ojos nuevamente me sentí fresco y liviano, pensando que había transcurrido una gran cantidad de tiempo. Pero no, me equivocaba; mis amigos guiados por Kipana recién advertían mi presencia detrás de ellos, aprovechando de unirme al grupo. En un momento, mientras caminábamos, me topé con la mirada suspicaz del viejo cortesano, que evitó cualquier comentario y me invitó a escuchar su declamación sobre los otros edificios que desde la altura alcanzábamos a ver:

-“Hacia acá” -Nos dijo señalando para abajo con la mano izquierda- “Está el templo del Putuputuni que significa en Aymará: “Donde hay huecos”. Como vosotros podéis observar, tiene una planta rectangular con una plataforma de cuatro pies de alto. En los muros interiores se encuentran cámaras funerarias con acceso al patio central. Estas cámaras poseen un sistema de cerramiento que consiste en una "Puerta corrediza" de piedra, que se desliza al ser humedecido el piso. La entrada al templo muestra rebajes escalonados que terminan en un pórtico. En la parte Oeste de la plataforma y a una profundidad de unos siete pies, existen canales matrices que sirven para evacuar aguas, que son parte de uno de los más perfectos sistemas de alcantarillado que existen en el imperio. En la parte superior de esta monumental edificación, se halla un pequeño templete con sus respectivos canales de desagüe. Hacia el Este posee una escalinata de acceso. El recinto principal: una estructura de cuatro habitaciones situada al noreste, está construida con grandes moles de roca tallada, unidas entre sí por grapas y anillos de cobre utilizados para la unión de los sillares, tanto en el sistema de canales de drenaje como en el refuerzo de las plataformas ”.

Kipana se detuvo para saber si teníamos alguna pregunta que hacerle. Pero estábamos tan agobiados con la gran cantidad de conocimientos que adquiríamos en tan corto plazo, dejándonos sin la curiosidad necesaria para preguntar nada más. Luego de un corto silencio nos comentó de otra estructura llamada Kerikala, que significa "Piedra de fuego", que se hallaba ubicada a unos noventa pies del Putuni en dirección Oeste. Sin darnos tregua Kipana nos invitó a escuchar su descripción al bajar por las escaleras posteriores del Akapana: “El templo de Kerikala es un recinto de forma rectangular con un patio central de carácter ceremonial...”.

Realmente mi cabeza no podía absorber más. Y creo que mis compañeros tampoco. Afortunadamente Kipana lo percibió abreviando su disertación, indicándonos que ya era hora de volver al cuartel. Cruzamos el barrio de los orfebres, abriéndonos paso por calles y avenidas rebosantes de vida, llenas de gentes de todos los colores que iban y venían comprando y

vendiendo, o simplemente husmeando las estanterías y mesones que exhibían todo tipo de joyas, que competían entre sí en belleza y esplendor.

Seguimos luego por la zona de las atarazanas de los herreros, oficio que por decreto real sus artesanos solo podían ser de origen nordmanners. Kipana nos guió entre el gentío hasta la entrada de una gran forja, advirtiéndome que visitaríamos la más célebre casa de armas del imperio. Un muchacho pelirrojo que salió a recibirnos, se perdió entre los fuegos del interior en busca de su patrono. Este apareció saludando a nuestro ujier con manifiesta alegría, correspondida por Kipana con muchas muestras de amistad. El maestro de la fragua se presentó como maese Vingold, antiguo oficial del ejército imperial, que al licenciarse continuó el oficio de sus mayores, añadiendo que las espadas forjadas en su taller eran las mejores de toda Taipikala. Luego nos mostró las diversas faenas que allí se realizaban, pasando entre los vahos que emanaban los metales ardientes al hundirse en las tinas de enfriamiento. El calor acentuaba un desagradable olor a mezcla de humo y el hedor agrio de los herreros, que golpeaban sin cesar sus martillos, ensordeciéndonos con el ruido de hierros. Vingold nos describió el proceso de forja de sus afamadas armas, gritando para ser escuchado entre el bullicio de las labores. Finalmente nos hizo seguirlo hasta una bodega, donde relucían magníficas espadas y armaduras que colgaban de pescantes desde altas vigas, para la admiración de posibles clientes que gastaban buenas sumas de dinero para satisfacer las necesidades de guerreros y señores.

Al llegar al cuartel Kipana nos abandonó sonriendo, despidiéndose hasta el día siguiente, cosa que no supe si era una invitación o una amenaza. Agotados por la gran cantidad de vivencias, solo conseguimos comer algo antes de caer rendidos en nuestros camastros, durmiendo pesadamente hasta bien entrada la tarde.

Como en muchas otras ocasiones en mi vida, desperté sobresaltado por terribles pesadillas. Mis sueños se revelaban como visiones infernales, que se parecían mucho al Ragnarök que narró el *Seid Askeil*. Mi descanso era rebozado con ilusiones de seres fantásticos sentados comiendo y bebiendo en una gran mesa, tan larga que se perdían de vista sus extremos. Nadie me prestaba atención en ese lugar y sin darme cuenta me vi desplazado hasta hallarme frente a ellos, cuando uno de los titanes se puso de pie interrumpiendo el festín con estas palabras de cruel anuncio: ***“¡Oid! estirpes divinas, grandes y pequeñas nacidas en un tiempo lejano que dieron nuevos mundos. Mas, los hijos de Odín formaron los nueve mundos y crearon la tierra media donde brilla el sol desde el norte tanto sobre palacios como de la verde hierba.***

Desde el norte lanzó el sol, compañero de la luna, su mano derecha al confín del cielo llamando a la mañana, también al mediodía, la tarde y la noche, para contar los años desde que se construyeron los grandes templos, y altares, se hicieron las fraguas, se forjaron las joyas, se fraguaron tenazas y se hicieron herramientas. Los niños jugaban en sus patios, y estaban alegres, no les faltaba en absoluto el oro hasta que vinieron tres lobos gigantes desde el Jötunheim.

Es hora de enumerar a los hombres que saben de un fresno que se alza, se llama Yggdrasil, árbol alto de la vida, bañado de blanca humedad; de él baja el rocío que cae en los valles; se alza en la verde fuente. Es hora de enumerar a los hombres que recuerdan el gran combate, el primero del mundo, cuando a Gullveig traspasaron con lanzas, la mansión de Hár tres veces la quemaron, tres veces renació, de nuevo, sin cesar, y aún sigue viviendo. Es hora de enumerar a los hombres que consagran la hora en que arrojó Odín un venablo a la hueste infernal, fue el gran combate primero en el mundo; roto quedó el muro del fortín de los dioses. Pocos hombres saben ya estas historias; se han roto juramentos, palabras y promesas, los firmes acuerdos que entre dioses y hombres había.

Heimdall llama la alerta nuevamente con su corno de oro. Fluyen desde el sur un río de seres oscuros por valles venenosos con hachas y lanzas que vadean densas corrientes. Hombres asesinos y perjuros que beben la vida de nuestra raza muerta. Se tiñe el Ásgard con roja sangre; negro será el sol en el verano y el clima espantoso

Lucharán los hermanos, y se habrán de matar, terrible es el mundo, hay gran adulterio; días de lanzas y espadas, se raja el escudo, días de tormenta y lobos, se hunde el mundo, no habrá hombre ninguno que a otro respete.

Tiembla Yggdrasil, mas el fresno está firme, gime el viejo árbol; sufren todos en las sendas de Hel.

Más allá veo aún el duro destino de los dioses enfrentados a las hordas que llegan del sur, abrasan las ramas, fulgura la espada del dios de los muertos: las montañas chocan, los monstruos se derrocan, pisan las vías de Hel, y el cielo se desgaja.

El sol se oscurece, se hunde la tierra en el mar, se agitan del cielo las brillantes estrellas; surge vapor furioso, el fuego se alza y llega hasta el mismo cielo, hundiendo la civilización de los hombres blancos para renacer más allá del tiempo.”

Ya había caído la noche cuando desperté. Desde muy pequeño que sufría de esos delirios que alteraban mi ánimo, y que mi padre interpretaba como un don de los dioses que me transmitían en sueños sus deseos. Pero para el niño que yo era, solo significaban gran disgusto y mucho miedo. Me senté en la cama y me puse las botas, cruzándome la capa de lana para protegerme del frío de la noche, y caminé hasta el comedor donde encontré a mis amigos engullendo la cena. Como las noches anteriores, una vez terminada la comida, bebíamos la infusión de “Coca” que nos hacía hablar incansablemente sobre todo lo visto y experimentado con otros soldados, entre los cuales estaban Sunold y *El Gikolan*. Mientras Ekath con Snorri daban cuenta de sus platos en silencio, rechazando las invitaciones a compartir con nosotros.

–“¿Os habéis fijado en los cráneos deformados de los niños nativos? Exclamó Sunold poniendo el tema sobre la mesa con otra pregunta: ¿Sabéis por qué lo hacen?”.

Sin esperar respuesta nos dijo que el ujier de su pelotón, les había contado que la deformación se producía en los niños desde muy pequeños aplicándoles presión por medio de tablas, cintas de cuero, ataduras de tela y otros artefactos. Y que debido a la presión constante las cabezas de

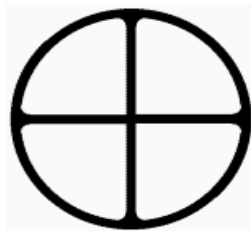
los infantes se deformaban para siempre como señal de belleza y linaje, como también lo era el eliminar los pómulos salientes tan característicos de su raza.

-Al terminar *El hijo fuerte*- Siguiendo la costumbre pidió la palabra Ginil alzando la mano, para contarnos sus impresiones recibiendo la atención de todos: “Son muy extrañas las costumbres que hemos observado aquí, pero sabíamos que al venir al otro lado del mar nos encontraríamos con un mundo nuevo con sus propias formas de interpretar la vida. Así mismo, no deja de impresionarme la gran civilización que es la del imperio Atumuruna, pero no logro comprender, ¿Por qué se decidió fundar Taipikala sobre las ruinas de otra ciudad mucho más antigua?

-Todos guardaron silencio mirándose unos a otros, hasta que Ragnar alegó largamente que era por las riquezas que allí había.

-“No creo que sea por eso” -dijo Ulf luego de pedir la palabra- “Mis amigos han escuchado como yo desde la boca de nuestro ujier, que este es el quinto imperio que se funda sobre las ruinas de los anteriores cuatro, pero no nos dijo nada más sobre ellos. Tal vez pensando que no era el momento. Por tanto la pregunta de Ginil debe de tener respuesta en algo más que las prodigiosas riquezas que manan de las tierras del imperio. El misterio del asentamiento en este lejano lugar debe ser algo relacionado con la magia y la hechicería, que se explica en la presencia de los magos blancos bajo el báculo del gran *Seid Askeil*”.

La discusión se enardeció. Todos tenían su propia respuesta ante el enigma de la fundación de la ciudad. Pero nadie conseguía la aprobación de la mayoría, creándose un gran alboroto, donde cada cual esbozaba fabulosas historias buscando adeptos. Esto duró hasta que Wolf se asomó por el quicio de la puerta, ordenando que todos fueran a dormir de inmediato.



Al día siguiente desperté muy temprano. Salí de la cama enseguida para ir a asearme en los baños, para luego romper el ayuno en el comedor, donde ya desde antes de la madrugada trabajaban los auxiliares de servicio. Como no aparecía nadie conocido, ni Kipana daba señales de vida, decidí recorrer un poco la ciudad yo solo. Me aproximé a la guardia dando mi nombre y señalando como destino, uno de los mercados próximos para comprar algunas cosas.

Ya fuera del cuartel, caminé sin prisa errando por la ciudad azul. Las calles ya tenían cierta actividad y los primeros puestos de los mercados abrían sus puertas y estiraban los toldos que

los cubrían tanto de los rayos del sol como de la lluvia que nos visitaba regularmente. Merodeé por el centro ceremonial recordando las descripciones que de ellas hiciera Kipana, pero me engañaba, pues en realidad lo que quería ver era la casa matriz de *La orden de los caballeros del templo*. Pregunté por ella a uno de los pocos nordmanners que esa hora caminaban rumbo a sus ocupaciones, indicándome las señas de la calle donde se ubicaba la casa central de la orden o abadía como dijo Kipana que se llamaba. Deambulé por algunas callejuelas sin mucho tino, pero después me orienté hasta llegar a una enorme edificación en piedra gris coronada por torretas almenadas, que alzaban orgullosas una gran bandera blanca signada por la cruz roja Paté.

El edificio era más parecido a una fortaleza que a un convento de sacerdotes cristianos. Pues estaba sellado por todos sus costados, dejando solo pequeños ventanucos y troneras al exterior, además de un gran portón encajado entre la mampostería de sillares de piedra. Me acerqué a la puerta de entrada, observando que en su friso superior tenía tallado un gran escudo de armas, que dibujaba a dos guerreros armados montados sobre el mismo caballo. La imagen ecuestre estaba rodeada de un círculo, cuyo borde tenía grabada una frase que alguna vez había visto en Normandía: "*Non nobis, domine, non nobis, sed nomine tuo da gloriam*", que comprendí como: "No para nosotros, señor, no para nosotros, sino en tu nombre danos gloria".

Gran actividad y diversas maniobras se podían ver por los portalones abiertos, que dejaban entrever a caballeros, sargentos, siervos, escuderos y numerosos artesanos que iniciaban las tareas con perfecta armonía sin entorpecerse. No me extrañó la fama de la orden de inmensa riqueza y poder, su grado de organización y laboriosidad eran tal que habían llegado a ser prestamistas de los mismos reyes de la cristiandad, extendiendo su brazo por todo el mundo conocido.

Extasiado por todo lo que allí veía y atesoraba en mi mente, ya me disponía a seguir con mi vagabundeo cuando vi salir de la abadía a una muchacha que se despedía de los guardias con familiaridad. Todo su atuendo era de color blanco y contrastaba con su cabello lacio y negro que, a la luz del sol, desprendía destellos azulados. Me quedé mirándola sin tapujos, extrañado de que una chica tuviera acceso a ese recinto de guerreros-sacerdotes. Ella caminó en dirección hacia donde me encontraba con pasos veloces, pasando a mi lado sin mirarme a pesar de que la devoraba con los ojos. Alelado por su cercanía, no pude decirle nada, pero reaccioné con rapidez y con un desparpajo que no me conocía, me acerqué a ella a sus espaldas preguntándole su nombre.

Se detuvo. La muchacha giró. Miraba hacia el suelo y el pelo le tapaba la cara que debía de ser hermosa. Ante mi insistencia por saber su nombre, la muchacha alzó un instante la mirada y pude vislumbrar unos ojos negros, grandes de forma almendrada. No debía tener más de quince años. Fue un instante, porque bajo la vista enseguida. Pero me hizo sonreír y despertó en mi una sensación vaga, una sensación que ni siquiera sabía cómo llamarlo en mi idioma.

-“¡Salud mujer!”. La saludé con falso aplomo.

-“Salud nordmanner”- Musitó por fin, bajando aún más la cabeza en una especie de reverencia. No la volvió a levantar; prorrumpió en un torrente de palabras que no comprendía. Su voz era sorprendentemente grave, profunda para una criatura tan joven y menuda. Tuve la sensación de que hablaba muy, muy rápido, oculta por su cabello. Estaba claro que así la muchacha no podía ver mi cara de absoluta perplejidad reprimiendo una carcajada. Me acerqué más a ella y procuré interrumpirla.

-“Yo soy Thorlvald *El de la espada larga* de Uppsala”. Dije intentando impresionarla.

Se quedó paralizada. Le puse un dedo bajo su barbilla con suavidad, rozándola apenas. Levantó al fin su mirada y repetí mi nombre y mi origen, señalándome a mí mismo, con una sonrisa. Luego la señalé a ella con cara interrogativa.

- “Maud”. -Murmuró con esa voz grave- Y no se detuvo más con un interrogatorio sobre todas mis señas y el motivo por el cual me encontraba en Taipikala.

Al saber que era un soldado recién llegado de ultramar al servicio del rey Ingvar, su ceño se endureció, tornándose algo hostil su conversación. Al inquirir sobre la razón de su cambio de actitud que no comprendía, me miró de arriba abajo con aire de suficiencia sorprendida por mi ignorancia. Respiró hondo y resopló, antes de explicarme que ella era la hija de un alto canónigo de “*La orden de los pobres caballeros de Cristo*” en Taipikala, que se sentían hostilizados por el rey Ingvar y sus nobles por el control de las rutas de comercio y de las minas de plata y oro. Luego me preguntó que hacía fuera de la casa mayor de los caballeros del templo. Le respondí que simplemente quería ver si eran ciertas las habladurías sobre su riqueza y laboriosidad, indicándole que todo lo que había escuchado estaba en la verdad.

Mi respuesta alivió su ceño y relajó sus brazos que pesaban debajo de su túnica, diciéndome que muchos soldados nordmanners les querían hacer daño, pues la envidia y la codicia nublaba los corazones de los nobles de la corte del rey Ingvar.

-“¿Pero qué tenéis que ver vos con los caballeros de la *Cruz Paté*?”. - Le pregunté riéndome- “Que por lo que veo no sois uno de ellos”.

-Con los ojos en llamas me contestó, que ella por supuesto no lo era, pero que si su padre, Don Pedro de Estella, quien era el canciller del capítulo de Taipikala de la orden”.

-“¿Vuestro padre?”-Exclamé incrédulo- “No es posible, los sacerdotes cristianos no tienen esposa ni hijos. Lo tienen prohibido”.

-“Si, es verdad nordmanner. Pero mi padre ingresó en la orden cuando enviudó, dejándonos a mi hermano mayor y a mí en la custodia de un tío, quien es senescal de sus posesiones en el reino de Navarra.

-“¿Y habéis venido a visitar a vuestro padre, pues habéis salido de su cuartel principal?”.

-“Sois muy perceptivo guerrero del norte”. Se burló con picardía. “Veo que vuestras extrañas costumbres y más extrañas creencias no han mellado vuestra inteligencia todavía. Debéis de ser muy fuerte en vuestra voluntad”.

-Le sonreí. Ella estaba radiante nuevamente y caminando sin rumbo fijo continuamos el duelo de ingenio con afiladas frases hasta llegar a orillas del gran lago, donde nos sentamos en una grada continuando nuestra charla.

Le conté casi toda mi vida, y por ella conocí que desde muy pequeña había sido criada por nodrizas en su feudo de Estella, mientras su padre consagraba sus votos en la orden de los pobres caballeros de Cristo. Luego, al paso de los años, cuando su padre fue destinado a Tiawanaku, les envió a buscar, y desde hacía muchos años que vivían en Taipikala, donde su hermano Alonso había seguido el ejemplo de Don Pedro y pronto sería ordenado como monje de la orden. La conversación fluyó sin prisas hasta que la noche se anunció con sus sombras. La acompañé hasta las cercanías de su solar, quedando de reunirnos al otro día, y después al otro día, y así hasta completar un año de cortejo a escondidas.

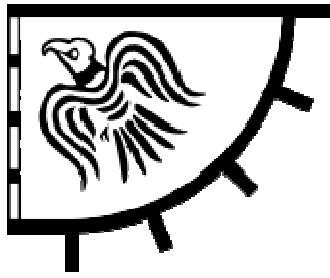
Evoco con gozo aquella época; todo iba sobre ruedas, pues mi amor por ella crecía correspondido con igual o mayor fuerza por Maud, que anhelaba fuera mi esposa en el mañana. También tuvimos serias discusiones debido a los diferentes cultos que profesábamos, tomando partido por cada una de las facciones que minaban con sus luchas el poder del imperio. Pero finalmente nos reconciliábamos, en la certeza de que los dioses de cada uno debían asemejarse en su poder, ya que ninguno aniquilaba al otro ni a los fieles que los seguían, saliendo el sol todas las mañanas, sin embargo las enconadas disputas que los humanos libraban en su nombre. Maud me hizo olvidar el conjuro de los ojos de la princesa Gudrun, de quien solo tenía noticias por Sagarth, quien me contó que estaba recluida en el claustro de las Skjold-Meyar o “Vírgenes del escudo”, dedicada a la adoración de la diosa Frigga. Tal vez Ulf tenía razón; ella jamás se hubiera fijado en mí. Pero sin embargo, de vez en cuando sentía su presencia en mi mente, o a veces la percibía como si fuera un fantasma que me seguía los pasos. De ello jamás confesé algo a mi prometida, no lo hubiera comprendido, como yo no comprendí ese extraño vínculo hasta mucho más adelante en el futuro. Tampoco le conté nada al *Seid Askeil*, a pesar de estar asignado en forma permanente a la guardia del templo solar que habitaba junto a los otros magos blancos.

En ese tiempo lejano, junto con casi todos mi amigos habíamos optado por pasar dos años en la academia que nos prepararía para ser oficiales del imperio. Éramos jóvenes, y podíamos prorrogar nuestros deseos de fama y riquezas hasta terminar el entrenamiento para oficial. Esta instrucción se ejecutaba sin descanso en dos fases. En la mañana lecciones de historia, ciencia y matemáticas, idiomas, filosofía y por supuesto estudios del arte de la guerra; mientras en la tarde continuábamos con el adiestramiento militar de acuerdo a los reglamentos y usos del ejército de Tiawanaku. Después me aseaba y salía a encontrarme con Maud, cada vez que ella podía eludir la vigilancia de la vieja aya que la tenía bajo su cuidado. Debía ser así, pues su padre, el canciller, no hubiera aprobado que su única hija se prometiera a un guerrero

desheredado nordmanner, y menos aceptaría mi “culto idolatra” -como les gustaba decir a los seguidores del Cristo- a los fieles de los antiguos dioses del norte.

Solicité a través de numerosos mensajes en latín, una entrevista con el padre de Maud. Pero el tiempo pasó sin que pudiera conseguir una audiencia con el canciller, para pedirle que me entregara a su hija como esposa. Como era de suponer se negó a mi deseo con fuerza. Pero insistí una y otra vez. A través de Kipana -en quien desahugué mis tribulaciones- conseguí un amanuense que tradujo a la lengua de Navarra, que era el idioma materno del canciller, las cartas donde exponía mis razones para casarme con su hija y la falta de juicio que significaba que fueran las religiones de nuestros padres lo que nos separara. En esos largos pliegos argumenté entre otras cosas, que en Uppsala como también en Sydland, eran muchos los que profesaban al mismo tiempo el cristianismo y la adoración a Odín sin contradicciones. Además si en la orden de la cual el canciller era uno de sus principales Jarls, lo sabían y toleraban sin disgusto. No podía excluir a su hija de conocer y querer como esposo a “un pagano salvaje”, que era como él me llamaba.

El tiempo pasó velozmente ese segundo año, “El año de las cartas”, como llamamos a ese periodo con mi prometida riéndonos de las dificultades. Al comienzo no recibí ninguna respuesta. Pero más tarde, pasado unos meses, me respondió con elocuencia que fue correspondida por enardecidos correos que defendían la religión de mis ancestros, como mi rol en la tierra nueva regida por nuestro soberano. Le escribí contándole de mi familia y de nuestras costumbres, como también del origen del mundo, y de las aventuras y caprichos de nuestros dioses. Finalmente, luego de decenas de correos, apareció una solución inesperada a mis anhelos de casarme con mi Maud: La guerra. La guerra salvaje de oriente.



Saga sexta.

“Las guerras salvajes de oriente”.

Razón tenían mis mayores al señalar que los mejores guerreros, los más audaces y temerarios en batalla, eran aquellos que no tenían esposa ni hijos, pues nada los detenía en su arrojo en el combate, ya que nadie los ata a este mundo, ni sufren con la herrumbre de la melancolía en sus corazones ante la lejanía de sus querencias. A la cabeza de mi compañía de infantería ligera de aymaraes, dejaba que mi fiel *Fehu* siguiera la senda empedrada rumbo al oriente, recorriendo *El camino mullido* que nos llevaría al puerto fluvial de Kollabamba, donde el río de los Moxos se ha alimentado con el tributo del cauce del Kaka. Allí embarcaríamos para arribar cerca de la región donde ya se sabía, se habían librado feroces combates contra las tribus bárbaras que provenían de la cuenca gran río-mar.

Mi mente no descansó ni un instante durante la marcha de aquellas jornadas, pensando en Maud. Esta era la primera vez que debía de salir de Taipikala desde que llegué a Tiawanaku hacía más de dos años, y mi pecho estaba abrumado por la posibilidad de caer en la batalla, y no poder tocar más el cabello suave y perfumado de la que sería mi esposa, si es que regresaba con la victoria. No existía otra manera. El mismo rey había intercedido ante el padre de Maud, conmovido por la profundidad de mis sentimientos y el deseo mutuo de unirnos a pesar de las diferencias de raza y religión, que nos hacía más fuertes, enfrentando juntos la desidia y la reprobación de nuestros paisanos. La llevaba dentro de mí, era tan fuerte su presencia que sentía que ella miraba a través de mis ojos todo lo que yo veía en el trayecto de cada día.

A la cuarta jornada de marcha, ya ascendíamos con dificultad por el *Peabiru*, cruzando las alturas montañosas donde encontraríamos el cruce al norte, pasando la mole de “El puente de hueso”⁵¹. Como había sucedido antes, los soldados nordmanners resentían la gran altura y resoplaban bajo el peso de las armas, boqueando agotados por la falta de aire, cayendo algunos desmayados, estrellándose con todo su peso en el barro endurecido que cubría la calzada de piedra. La penosa marcha continuó sin más sorpresas que un par de llamas desbarrancadas y

⁵¹ “Puente de hueso”: Chacaltaya es una montaña ubicada en el departamento autónomo de La Paz, Bolivia con una altura de 5.421 msnm localizada en la Cordillera de los Andes. Esta a 30 kilómetros de la ciudad de La Paz y muy cerca del Huayna Potosí.

algunas decenas de soldados nórdicos inutilizados por “El mal de las alturas”, lo que provocaba las burlas y risas de los soldados naturales, que eran respondidas apenas por los inválidos. Sin embargo el ánimo y la camaradería gozaban de buena salud, confirmando el espíritu indomable de las tropas y de su seguridad en la victoria. Pronto las penurias se extinguieron, con el anuncio de la vanguardia de la proximidad del camino cuesta abajo, el cual seguiríamos para alcanzar la ribera izquierda del río de los Moxos, continuando el recorrido hasta las aguas profundas que permitirían navegar río abajo con los soldados y su impedimenta: corazas, caballos, acémilas y demás bestias de carga.

Desde un promontorio hasta donde cabalgué, antes de bajar por las faldas orientales de las grandes montañas, pude observar la columna de miles de jinetes e infantes que eran la flor de los ejércitos del imperio. Allí desfilaban las gallardas filas de ballesteros del “Dannebrog” al que pertenecían mis amigos Thorffin y Ragnar, pues este cuerpo estaba formado únicamente por soldados dannemanns. más atrás en la columna pude reconocer que venían los honderos quechuas del “Amauta”, después el batallón de “Los hijos de sirio”, los temidos “Skjolders”, “Los guardias del sol”, incluso un escuadrón de las “Vírgenes del escudo”; y claro, los dos batallones de infantería ligera de mi regimiento: el garboso “Sonnebrog”. Debíamos derrotar a los salvajes y recuperar los fortines conquistados por ellos, pero el mandato de nuestro soberano también incluía el avanzar dentro de su territorio y destruir sus aldeas expulsándolos al norte o en dirección hacia el mar, para asegurar las vías de comercio hacia el océano de los Atlantes y Normandía. Nunca alguna hueste de Tiawanaku había realizado una incursión tan lejos de la gran meseta, lo que me llenaba de preocupación. No solo por los enormes peligros que conllevaba, sino también porque la campaña duraría muchos meses, sino años.

Mis amigos de antaño, los reclutas que arribaron conmigo en Nye Hedeby, ya eran oficiales con mando en sus respectivas unidades como yo. Pues casi todos habíamos egresado en los meses previos a la campaña que iniciábamos, siendo destinados a las unidades de las cuales ahora éramos parte. Cada vez que nos encontrábamos durante esos días de marcha, era motivo de sincera alegría, poniéndonos al tanto sobre nuestras suertes en las distintas reparticiones militares del imperio. Ulf, quien como yo había sido asignado al regimiento estandarte “Sonnebrog”, era el oficial de una compañía, pero del otro batallón del regimiento. Por lo que nos visitábamos regularmente, intercambiando las peripecias que experimentábamos en la vida de cuartel, o con nuestras prometidas, lo cual a veces era más duro que la vida militar.

Durante las noches, una vez establecido el campamento y las guardias, me reunía con Ulf y otros camaradas como Sunold, Ekath, Ginil, Snorri y los inseparables Ragnar y Thorfinn, quienes ya se habían casado con dos hermanas hijas de colonos nordmanners. Al calor de los fuegos, bebíamos algún licor y narrábamos historias jocosas de la vida de cuartel o de las mujeres que habíamos frecuentado durante la época de alféreces en Taipikala. Esos felices momentos los llevo guardados en mi memoria como huellas imborrables, que se unían a los

recuerdos de la primera campaña en la defensa de los fuertes del Amambay. Pero todo cambiaría, e íbamos a conocer el lado más cruel de la guerra, que se reveló en la espesura de la selva a orillas del Mamoré.

Un par de semanas después, arribamos a la posta fluvial de Thoring, que era una de las fortificaciones avanzadas que defendían la marca hacia las selvas de oriente. La vanguardia de exploradores regresó de su batida con la noticia de que el fuerte estaba vacío, pero que por doquier habían rastros de la lucha que había ocurrido en ese lugar. Describían también que en el suelo además de armas rotas, se encontraban regueros de sangre seca, no hallando ningún cadáver. Simplemente, la guarnición de cinco veces diez soldados entre nordmanners y aymaraes habían desaparecido junto con sus familias.

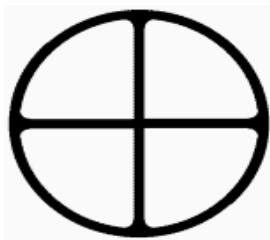
Al tomar la posesión del fuerte de Thoring, el Jarl de mi regimiento ordenó que con mi compañía, más una docena de ballesteros del “Dannebrog”, registrara todo el campo hasta dos leguas al Este. Empecé la marcha dispersando a mis hombres en abanico, dividiéndolos en grupos de diez con la instrucción imperiosa de no separarse por ninguna razón. Nos adentramos en la campiña lentamente. Paso a paso avanzamos por la vegetación que se espesaba, dejando que algunos claros abrieran la oscuridad con halos de luz sin encontrar rastros del enemigo. Pasada la primera legua, el calor nos hacía emanar chorros de sudor por debajo de yelmos y armaduras, que parecían doblar su peso, dificultando la respiración que ya eran solo resoplidos. Cuando uno de los soldados alertó el hallazgo de una coraza de infante, pero aparte de eso no hubo más señas de la guarnición del fortín. Ya finalizábamos la segunda legua, cuando un grito desgarrador en la distancia nos erizó los cabellos, e inmediatamente con los pelotones más próximos nos pusimos en guardia, formándose mis guerreros en dos filas, hombro con hombro en círculo con las espadas y lanzas en ristre, buscando en todas direcciones el ataque que debía de venir de entre la tupida vegetación. Pero no sucedió nada y el silencio se colaba entre nosotros que esperábamos lo peor en tensión absoluta. Sentía el latir del corazón del soldado a mi costado, y con la lengua sorbía la humedad cálida que me resbalaba por la cara. Solo los cantos de algunas aves trizaban la quietud de aquel paraje, que debía de ser hermoso, pero en ese momento me parecía una manifestación oscura del inframundo. Sin más novedades que algunos ruidos de animales al acecho entre los arbustos, ordené avanzar en fila cerrada en dirección adonde se había escuchado el grito, uniéndose otros pelotones en el trayecto, hasta que un par de nordmanners nos salió al paso con los rostros perturbados, informando que habían encontrado los despojos de los soldados desaparecidos.

Todos intuimos el horror, y así fue. Un sargento me solicitó un poco más allá de la tropa, donde se veía una enorme mancha oscura, que al aproximarme resultó ser la huella de una hoguera, que humeaba los restos de huesos carbonizados de piernas y brazos humanos. Un acre olor a carne quemada invadía el aire. Asqueado, vomité allí mismo, y para cuando pude levantar la vista, el sargento me hizo girar hacia el bosque. Mis ojos se espantaron con la visión atroz de

incontables torsos colgando como frutos macabros desde las ramas más altas de los árboles. Los restos, como decía, eran solamente el tronco, ya que les habían cercenado la cabeza, los brazos y piernas, dejando que las aves de rapiña dieran cuenta del resto que todavía goteaba sangre, formando pequeños charcos en el suelo. Solo hallamos cuerpos de hombres; de las mujeres y niños no había rastros. Ello nos produjo un nuevo pesar, pues a aquellos desdichados les esperaba una vida de esclavitud entre los bárbaros que los disputarían como un preciando botín. Demudado de ira, envié un pelotón de regreso al fuerte con un mensaje para Kunt, el Jarl del “Sonnebrog”. Mientras nosotros descolgábamos los pedazos de cuerpos y reuníamos lo que pudiéramos de la hoguera. Los hombres, tanto aymaraes como nordmanners, se hermanaban en la penosa tarea de reconocer si los trozos quemados pertenecían a su propia raza, pues queríamos que tuvieran el ritual fúnebre que correspondía a cada pueblo.

Un par de horas más tarde, Kunt acompañado por el mismo Oleg se presentaron en el claro con un gran destacamento de guerreros, que traían las capas grana con que envolverían a los caídos en el rito de su despedida, que nuestro Jarl superior iba a dirigir en su calidad de *Godi*. Pero antes de hacer los preparativos del funeral, quiso examinar los restos que habíamos logrado agrupar en montones, que debían de corresponder a cada uno de los soldados de la trágica guarnición. *Águila blanca* empalideció ante la vista de lo que nuestros camaradas habían sufrido más allá del dolor de la carne. Pues habían sido escarnecidos en lo más sagrado de los privilegios de un guerrero, que era el ritual de muerte de su cuerpo inmolado.

Regresamos al fuerte recuperado con los despojos de los soldados envueltos en las capas, y al oscurecer Oleg realizó los ritos que correspondían, declamando las oraciones frente a una gran pira donde ardieron juntos los cadáveres de los soldados nordmanners muertos. El fuego sagrado elevó al cielo el espíritu de los héroes caídos, que fueron rodeados en su ascensión por todo el ejército Atumuruna que los despidió con los honores de un rey. Por su parte, los infantes aymaraes montaron un gran ceremonial, cantando letanías en su lengua y prometiendo venganza en coros que se prolongaron toda la noche hasta la madrugada. Con la luz del nuevo día, depositaron los restos de sus hermanos de raza en una fosa común que cubrieron con piedras, formando un túmulo que se elevaba al padre sol.



El impacto por la manera en que los salvajes se habían ensañado con la guarnición del fortín caló hondo en el ánimo de la tropa, que se percibía en lo tenso de los semblantes y lo duro de los juramentos de venganza. Inclusive, aquellos soldados que adoraban al “Dios blanco”, estaban poseídos por la furia y deseaban la orden de salir a enfrentar a esas bestias sacrílegas cuanto antes. Sin embargo nuestro Jarl se limitó a enviar exploradores guaraníes a la selva y a doblar los guardias del perímetro, aumentando el número de hombres destinados a reconstruir y aumentar las defensas del fuerte Thoring, que pasaría a ser el cuartel central desde donde partirían todas las expediciones contra los enemigos. Unos días más tarde, los exploradores regresaron con las funestas noticias de que los otros tres fuertes río abajo habían corrido la misma suerte que el destacamento de Thoring, agregando que los rastros acusaban como agresores a los parintis, pero que no estaba solos, pues esa tribu jamás se hubiera atrevido a romper su vasallaje al rey Ingvar sin ayuda de otros pueblos. Así lo demostraron los rastros de cientos de guerreros guarayos y waikás, revelando que los parintis tenían poderosos aliados que incluían a los feroces guerreros-demonios thakanas, oriundos de la banda entre el río Purús y el gran Marañón.

Pocos días pasaron antes de que *Águila blanca* convocara a un consejo general de oficiales. Los exploradores habían regresado informando sobre una gran cantidad de bandas de salvajes que merodeaban el encuentro del río Mamoré con otro caudal más grueso llamado río “De las maderas”. Ese era territorio de los parintis, que hasta solo unos meses atrás juraban lealtad al imperio, y ahora se unían con otras tribus salvajes en guerra arrasando con los pequeños fortines. Sin mediar una larga deliberación, el mandato de Oleg era partir en dos albas hacia la zona dominada por los enemigos, dividiendo el gran ejército en tres secciones: una que permanecería en el cuartel reforzando su empalizada y cavando un gran foso alrededor, además de explorar la zona sur, abatiendo a los hostiles si allí los había. Entretanto las otras dos divisiones avanzarían por ambas riberas del Mamoré destruyendo toda resistencia que existiera río abajo, sin dejar nada en pie y sin tomar prisioneros no importando si eran mujeres o niños. La estrategia de tierra arrasada se llevaría a cabo hasta llegar algunas leguas hacia el oriente del curso del río “De las maderas”, para luego seguir hasta a la unión de los tres ríos en un lugar llamado Manoa, donde recibiríamos nuevas órdenes.

Todo se cumplió como había sido planificado: como una enorme segadora, las más de tres veces mil soldados, avanzamos por ambas orillas del río destruyendo todo a nuestro paso, matando a todo ser vivo que se cruzara ante el poder de nuestras armas ansiosas de venganza, clamada por las almas de nuestros camaradas asesinados en los fuertes. Las aldeas que hallábamos en el avance, eran quemadas después de la débil resistencia de sus guerreros que solo poseían lanzas de piedra y flechas envenenadas que rebotaban en las cotas de malla y corazas. Los dardos de las ballestas eliminaban a los salvajes que se emboscaban en los árboles, para atacarnos en medio de gritos de guerra que más nos divertían que atemorizaban. Las fuerzas de la expedición

no encontraban barreras, en un avance que dejaban regueros de cadáveres e incendios como huellas de su paso rumbo al norte. Los pocos caídos y heridos de nuestras filas eran enviados a Thoring en grandes barcasas río arriba. La campaña era un éxito, mas no dábamos con el rastro de las mujeres y niños secuestrados, pero no perdíamos la esperanza de encontrarlos con vida, sabedores de lo valiosos que eran para los bárbaros.

La expedición siguió su cometido durante varios días sin ninguna misericordia y llegó un momento en que ni siquiera oíamos los chillidos de las aves, quedando la selva sumida en un gran silencio que redoblabla el sonido rítmico de los pasos de la tropa y el ruido de hierros de las armaduras y arneses. Orillando el Mamoré, luego de dos semanas, pudimos reunirnos con las otras unidades en Manoa, que era una bahía estrecha, protegida por un cerco de suaves lomas a su alrededor, rematada con una colina que se destacaba por su dominio de los grandes afluentes que convergían un poco más al Este.

Oleg mandó fundar allí un fuerte, pues ese era el deseo de nuestro regente que había comprendido la necesidad de un asentamiento poderoso que mantuviera las vías fluviales abiertas, inhibiendo a los enemigos de realizar sus incursiones dentro del territorio del imperio. De acuerdo a las instrucciones de un alarife que venía en la expedición, levantamos una empalizada con un foso de tres veces diez pies de ancho, y también construimos un puesto de observación en la parte superior de la colina, a la que llamamos “El torreón”, donde se enarbolaron los estandartes del imperio para que fueran vistos por las hordas salvajes que escudriñaban nuestra posición desde las selvas de las inmediaciones. La visión del futuro fuerte de Manoa debía ser un símbolo del poder de los ejércitos del imperio, un signo inequívoco de que el rey Ingvar podía alcanzarlos con su mano de hierro en cualquier sitio donde estuvieran, por muy profundo que se internaran en la selva.

El campamento se situó dentro de la fortaleza, dividiéndose las dos divisiones por unidades y regimientos, quedando mi compañía situada a orillas de la ribera del río, muy cerca de la bahía donde ya se levantaba un largo muelle, para el recalado de las naves que debían traer provisiones y correos, así como para poder evacuar a los heridos y enfermos de fiebres. Mi compañía solo lamentaba ocho bajas: dos muertos por dardos envenenados, cuatro heridos por flechas o lanzas del enemigo y dos soldados enfermos de fiebres. Bastante menor comparado con la desolación de los innumerables enemigos muertos que hicimos, con las aldeas quemadas y sementeras arrasadas que se contaban por decenas en casi dos meses de campaña. El descanso nos vino muy bien, y a pesar del calor agobiante de cada día y los aguaceros ocasionales, el campamento estaba lleno de actividad debido a la construcción de las defensas y el incesante acarreo de carga y alimentos necesarios para abastecer a las tres veces mil guerreros que albergaba el fuerte.

Con el pasar de los días, la rutina de cuartel comenzó a adquirir sustancia, y el mantenimiento de las armas y los ejercicios militares volvieron a ser el asunto principal de cada jornada. Oleg

envió partidas de exploradores guaraníes río abajo, hacia el gran Marañón y a destacamentos de soldados de línea a internarse en las marcas de territorio hostil en la ribera opuesta del río. Una de esas expediciones fue asignada a mi compañía en dirección al norte donde se abría un gran territorio que terminaba en un río que los guaraníes llamaban Purús. Bajo mi mando y la asistencia de ocho oficiales y sargentos nordmanners, mi compañía de soldados de infantería ligera, subió en cinco barcazas en el muelle de Manoa atravesando la suave corriente del río “De las maderas”.

Desembarcamos en la orilla opuesta donde se situaba el fuerte, iniciando la marcha por una huella de cazadores apenas perceptible entre la verde fronda. El sendero nos condujo por una ruta serpenteante entre la espesura, que era tan breve en su anchura, que nos obligaba a hacer filas de dos y en algunos trechos solo podíamos avanzar de a uno en fondo. Esto me producía un gran desosiego, ya que éramos demasiado vulnerables a los posibles ataques de los enemigos que pudieran esperarnos emboscados como solían hacerlo. Ello no ocurrió, al avanzar no hallamos presencia de aldeas ni caseríos, ni tampoco rastros de bandas de guerreros salvajes. Los cinco batidores guaraníes a mi servicio volvían cada noche informando que no existía presencia de aldeas, pero si huellas de hombres que se movían con rapidez al norte, lo más probable, huyendo de nosotros. Pero que anduviéramos con cuidado, pues no debíamos bajar la guardia en ningún momento. Eso lo sabíamos y por ello los centinelas en la noche se redoblaban, siendo tajante la orden de no dejar nunca las corazas y cascos, aunque nos estuviéramos quemando por dentro durante el día, cuando el sol nos abrasaba.

La tercera noche los guaraníes no regresaron, ni tampoco en la madrugada siguiente. Eso era una muy mala señal e invoqué a los dioses, pues la lealtad de nuestros aliados indígenas era a toda prueba y si no se habían reportado, era porque les había sucedido algún mal que no tardamos en descubrir al par de horas de camino, como un reguero de pozas de sangre que eran manadas en gotas desde arriba de nuestras cabezas. Los cuerpos de los guaraníes colgaban de las ramas de los árboles, o mejor dicho, solo sus torsos, mientras de sus brazos y piernas no había rastros. La incertidumbre llenó el aire y se mezcló con el aroma dulzón de la sangre fresca. Era mejor avanzar cuanto antes y evitar que la tropa se dejara tentar por la desazón. La orden fue seguir a paso redoblado hasta llegar a un claro que nos permitiera tener alguna visión más amplia en caso de sufrir un ataque. Al cabo de tres horas de recorrido, vinimos a hallar una planicie despejada de vegetación junto a un pequeño arroyo donde descansamos y saciamos nuestra sed. Dispuse de las guardias y me reuní con mis oficiales, todos más jóvenes que yo a deliberar sobre las acciones que debíamos seguir. La discusión consistió en decidir entre continuar avanzando al interior o regresar y dar cuenta de la situación a nuestro Jarl. La prudencia me decía que debíamos volver, pero los arrebatos de mis novatos subalternos los llevaba a contradecirme; ellos querían avanzar y vengar a los exploradores asesinados. Pero me impuse: nos atrincheraríamos allí mismo y al clarear el alba del día siguiente desharíamos el

camino regresando a Manoa. Ordené cavar un foso y levantar una empalizada en semicírculo en torno al campamento, dejando libre la zona del arroyo que tenía algo de profundidad, lo que anularía un ataque por sorpresa en ese lugar.

La espera por la luz de la mañana fue tensa, sin que nadie pudiera conciliar el sueño hasta que por encima de las copas de los árboles aparecieron haces de sol, iluminando la estrecha explanada donde nos situábamos. El corno sonó breve, y cada uno de los soldados se preparó para la marcha de regreso. Pero los sonidos de aves se percibían cada vez más agitados, escuchándose cada vez más cerca el rumor de la vegetación al ser transpuesta en diferentes lugares. Alertados por los usuales ardides de los salvajes, di la orden de formar una línea con los escudos de bronce aparejados como un muro, dejando que los arqueros de la compañía ocuparan el centro atentos a la señal de disparar. El ataque no demoró en llegar: decenas de guarayos y waikás con el cuerpo pintado corrían hacia nosotros, dando alaridos y lanzando sus proyectiles que rebotaban en el metal refulgente de los escudos. Como había previsto, desde el arroyo no venían enemigos, entonces organicé a la compañía en doble fila, como una falange con las lanzas largas en ristre protegiendo la empalizada exterior, defendiendo la posición hasta hacer retroceder a la primera ola de atacantes. La nueva forma de las filas dejó entrever algunos vacíos en mi tropa, debido a los muertos y heridos víctimas de los dardos envenenados con carurú que los habían lacerado. Pero la carga de nuevas fuerzas de enemigos me hizo desistir de ir en su ayuda para ponerme a la cabeza de la defensa. Las flechas de los arqueros y la acción de las lanzas impedían que los hostiles cruzaran la cerca, llenando de cuerpos el perímetro, lo que dificultaba más todavía su avance. La situación parecía controlada, hasta que uno de mis soldados que se había rezagado atendiendo a los heridos, me dio aviso de que en la ribera opuesta del remanso, se alistaban decenas de guerreros Kanelas a cruzarlo, nadando asidos a troncos de árboles que talaban ahí mismo con gran empeño. Inmediatamente dejé el mando a mi oficial de enlace, tomando a tres pelotones de soldados para dirigirme a la orilla del arrollo que ya era alcanzado por algunos salvajes, que emergían del agua gritando y agitando sobre sus cabezas sendas hachas de piedra. Con mis hombres detuvimos la carga inicial matando a todos los enemigos, pero ya llegaban más y debimos de retroceder agrupándonos. Una segunda horda venía sobre nosotros en un número no menor al de cinco veces diez, entabándonos con denuedo en un combate cuerpo a cuerpo que dejaba en evidencia la superioridad de venablos y espadas y el entrenamiento de mis soldados. En un instante, me vi rodeado de tres kanelas que daban vueltas en círculo a mí alrededor, hasta que uno de ellos saltó sobre mí asiendo el escudo, que cayó por el peso del salvaje que ultimé de un mandoble abriéndolo en canal. Quedé con mi flanco desamparado por algunos instantes que demoré en girar hacia los otros dos que ya estaban encima, y sin demora, uno de ellos hundió su hacha en el casco aturdiéndome; pero logré hendirle la espada, atravesando su cuerpo hasta la misma empuñadura, debido al esfuerzo que hizo el salvaje en llegar hasta mí. Desesperado por verme desprotegido, pugnaba por

destrabar mi arma de las costillas del enemigo muerto, y ese fue el momento en que el tercer hostil aprovechó para golpear con su hacha la mano con que sostenía la empuñadura de la espada. El dolor fue terrible. Me dejó con el entendimiento nublado haciéndome caer de rodillas, arrastrando al salvaje en un forcejeo para evitar su intento de darme el golpe de gracia. Reaccioné sacando el cuchillo de mi cinto con mi mano sana, y con todas mis fuerzas lo enterré en el cuerpo de mi agresor, hundiéndolo en su carne hasta que exhaló su último aliento. Me levanté a duras penas, comprobando que mi diestra tenía tres dedos menos, cuyos muñones manaban sangre en forma constante. Miré a mi alrededor y con la espada en mi mano siniestra, di orden de retroceder a las menguadas filas de las escuadras que comandaba, reuniéndolos con el grueso de mi compañía que había rechazado otra carga de los asaltantes. Reagrupados, nuevamente ordené cerrar la rueda de escudos, mientras fui asistido en el intertanto con un vendaje que detuvo la hemorragia.

Ya debía ser la hora sexta, pues el sol se dejaba caer desde el cenit, atormentándonos con un calor abrasador que los yelmos y corazas reverberaban. La potencia de los rayos del dios padre nos agobiaba, no era así como necesitábamos de su asistencia, pues nuestras energías se debilitaban en la medida en que la hora de la canícula se aproximaba, sabedores de los límites de nuestra resistencia debido al peso y grosor del armamento que nos hacía indestructibles. Nos revolvíamos nerviosos rezumando sudor, pensando en la manera de llegar hasta el riachuelo con el menor riesgo posible, hasta que se inició un tercer asalto, esta vez abriendo un frente en la selva con nuevos contingentes de refresco. De poco sirvieron estas nuevas fuerzas del enemigo, pues sin ningún orden ni concierto, corrieron atacándonos con los rostros desfigurados por la posesión maligna de los brebajes que ingerían antes de cada batalla, y que los transformaban en demonios que no cesaban en sus intentos por aniquilarnos, siendo fácil presa de los arqueros aymaraes que hacían estragos en sus filas. El combate arreció con toda su fuerza, pues a pesar de los montones de cadáveres que provocaban las flechas, los salvajes saltaban sobre la empalizada usando los cuerpos de sus compañeros como rampa, produciéndose en varios sectores de la defensa una enconada lucha cuerpo a cuerpo. La disminución de nuestras fuerzas era una verdad a ojos vista; ya solo debían de tenerse en pie, algo así como seis veces diez soldados, además de todos los oficiales. Pero en menos de una hora, los habíamos rechazado otra vez, y se replegaban dejando una gran cantidad de caídos en el campo.

El precio de esa efímera victoria fue altísimo. El número de nuestros caídos crecía, mientras a los heridos solo podíamos auxiliarlos tendiéndolos en el centro de la empalizada, detrás de los restos de las filas de la unidad, dejándolos allí gimiendo y clamando por agua. Durante esa forzada tregua realicé una rápida revista, que reveló que de la centena de soldados de la compañía, solo estaban en condiciones de seguir luchando la mitad, el resto sufría heridas que no les permitía estar de pie o se sumaban a los muertos. De los oficiales y sargentos, todos teníamos heridas de consideración, aunque podíamos ofrecer resistencia unas horas más. Pero

debíamos abrir una brecha entre la muchedumbre de salvajes que nos rodeaba, de lo contrario todos moriríamos allí y nuestros cuerpos serían profanados.

El sol seguía su recorrido lanzando halos de fuego directamente sobre los escudos de bronce alineados detrás del cercado, reflejando luces de artificio contra el follaje de los árboles. En el telón de espesura se dibujaban orlas resplandecientes que crecían o disminuían de acuerdo al ángulo de inclinación del escudo, juego que entretuvo a algunos soldados en la espera de la siguiente embestida, que podía ser la que finalmente nos derrotase. De improviso una idea asaltó mi mente, y reuní a mis oficiales para hacérselas comprender. La situación ameritaba decisiones extremas: el número de enemigos nos superaba con creces y las tropas que quedaban en pie estaban heridas y agotadas. No nos llegarían refuerzos, eso estaba por descontado y solo quedaba usar el ingenio para espantar a los enemigos que poco o nada estaban en sí, por el efecto de las pócimas narcóticas que consumían. El plan era usar eso a nuestro favor, más a nuestro padre sol, que nos bendeciría con su poder para ganar esa batalla.

Dejamos tumbados los escudos en el suelo detrás de los restos de la empalizada, cuidando que quedaran enfrentando la posición del sol. Cuando el asalto final se anunció con el griterío de los enemigos que avanzaban a través del bosque, nos formamos en dos líneas erizadas de espadas y lanzas que todavía estaban en buen estado. Los primeros salvajes aparecieron de entre los arbustos totalmente poseídos por efecto de sus pociones, arrancando en una loca carrera contra nosotros, apenas alcanzaban el espacio libre del claro. Eran decenas y abarcaban todo el angosto trecho que estaba despejado de setos y matorrales, acercándose rápidamente. Los arqueros hacían su trabajo con eficacia mortal, aumentando los cuerpos que entorpecían la fuerza del choque de la desbocada carga de los bárbaros. Mis infantes esperaban la señal que habíamos pactado sin aceptar preguntas, obedientes a la férrea disciplina que les exigía matar y morir en batalla. Cuando solo restaban unas cuatro decenas de pies, alcé la banderola de la compañía que era la señal acordada para llevar a cabo mi plan. Como una máquina de artillugio, los escudos bruñidos y brillantes, fueron alzados al unísono por los infantes reflejando los rayos del sol justo a los ojos. Los enemigos se detuvieron en seco cegados por el fulgor centelleante, volteándose para evitar la luz. Confundidos y desorientados, los hostiles se revolvían quebrando su avance. Di la orden de contraataque, el corno clamó y mis hombres avanzaron sobre los cadáveres bramando nuestro grito de combate. Las primeras filas de la compañía chocaron contra grupos dispersos de waikás que eran atravesados por los venablos, aprovechando el terror que los paralizaba en su delirio hipnótico creyendo que éramos seres de otro mundo. La barrera de escudos esplendentes los empujó como una avalancha dorada, hasta más allá del comienzo de la selva por donde huían en desbandada; tris que muy a pesar de mi ánimo no fue hecho valer para aniquilar definitivamente a los rivales, pues no contábamos con hombres suficientes para esa tarea. Ordené a un sargento alzar los estandartes y al corno llamar a reunión. Los sobrevivientes

de la compañía fueron llegando al claro como podían, muchos apoyándose en algún compañero o sangrando las heridas sufridas en el combate.

Convoqué a mis hombres bajo la bandera del imperio, abrazándonos eufóricos, gritando las preces de la victoria. Rodeado por mis oficiales que me felicitaban por el triunfo, fueron ellos quienes entonaron el cántico de *-¡Blikif!, ¡Blikif!* - en mi honor, que fue seguido por los restos de mis agotados hombres durante un largo trascurso de tiempo. Liberados por la purga de loas del miedo y odio, restañamos nuestras heridas en el agua fresca del arroyo y revisamos las armas que todavía servían. También fueron reconstruidas las defensas, pues dispuse que pasáramos la noche allí para que los heridos pudieran recuperarse y aguantar la marcha de regreso que comenzaríamos al día siguiente. El conteo de las bajas dio paso a la terrible realidad- Solo sobrevivíamos cuatro decenas de soldados y seis oficiales- Lamentando la caída de los sargentos Brattil y Jogund, cuyos cuerpos junto con los de los soldados aymaraes, fueron incinerados, para impedir que los restos fueran mancillados una vez que partiéramos.

La noche transcurrió en total calma. Los centinelas fueron desplegados por todo el contorno de la empalizada, reforzada con los cadáveres de los parintis, guarayos y waikás que fueron amontonados como parapeto. Cuando todo estuvo preparado para la retirada del día siguiente, me senté entre mis soldados a descansar, pues estaba exhausto. Fui sumiéndome de a poco en un sopor cercano al sueño, pero comencé a sentir un gran dolor en mi mano derecha, que me obligó a incorporarme y deshacer el vendaje sanguinolento que llevaba en mi extremidad. Sí, había sido cierto, carecía de tres dedos y los pequeños muñones dejaban entrever los huesos, pero mis heridas no estaban laceradas por la ponzoña. Le pedí a uno de mis subalternos que trajera a algún curandero de los que atendían a los heridos. Pronto regresó acompañado de un soldado que me pidió que lo acompañara al arroyo, donde lavó mis heridas que luego embadurnó de un ungüento, vendándome nuevamente con tiras de lienzo que extrajo de su morral. Me sentí aliviado. Seguramente el ungüento actuaba como lenitivo disminuyendo mis dolencias, dándome el ánimo suficiente para dictar el mensaje que enviaría a Manoa con dos corredores, describiendo la batalla y nuestra situación.

Esa noche no hubo nuevas y antes de la hora prima marchamos al sur, cargando a los heridos en las parihuelas que mandé construir. La pequeña columna que dirigía se desplazó con lentitud por el sendero, demorando el doble de tiempo en cubrir la misma distancia, que cuando iniciamos la incursión al interior. Al acercarnos a la ribera del río “De las maderas”, la vanguardia se encontró con una patrulla de ballesteros nordmanners que acudió en nuestra ayuda apenas nos avistó. Su jefe al conocer nuestra situación urgió a un mensajero a cruzar el río, para que del otro lado del cauce enviaran las barcasas necesarias para tomar puerto en Manoa que se distinguía a lo lejos. Al desembarcar en el muelle del reducto -Avisados del arribo- Los restos de mi compañía fueron recibidos por todo el ejército acantonado que formaban una multitud que nos vitoreaba. Nuestros camaradas de batallón rompieron las filas

para acogernos, ávidos noticias de los amigos y compañeros que en su mayoría no regresaron. La alegría de la victoria se confundió con amargura por la gran cantidad de caídos, que serían honrados en una ceremonia días más tarde. Luego de presentar armas a mis superiores, todos fuimos llevados al barracón del dispensario en que se nos brindó consuelo y alimentos, dejándonos dormir custodiados por una férrea guardia, que impidió que los curiosos interrumpieran nuestro descanso.

Al mediodía siguiente nos visitó Oleg en su investidura de primer Jarl de las tropas expedicionarias. Su escolta hizo dos filas rodeando a nuestro líder, quien con voz rotunda declamó una arenga sobre el honor de la lucha que habíamos librado y del escarmiento con que serían castigados los salvajes por su alta traición. Luego se retiró, no sin antes citarme a su tienda una vez que mis fuerzas se hubieran restablecido. Durante el periodo en que estuve en el hospital, fui testigo de los progresos que se hacían por dotar a Manoa de soberbias defensas, construyéndose también viviendas y pabellones que cobijaban a las tropas de la lluvia y el sol ardiente de la selva. Los amigos que me visitaban, describían que el prodigio era obra de cientos de soldados que habían trocado la espada por las herramientas de trabajo. Por doquier se levantaban empalizadas, establos y diversas dependencias con los troncos de los árboles de la foresta circundante, que cedía palmo a palmo ante el hacha, dejando una planicie eriaz. El extenso trecho de terreno desde el foso de la empalizada hasta la jungla, habían sido atiborrados de trampas y estacas afiladas que impedían un ataque por sorpresa desde el interior. El puerto también crecía, y ahora eran varios los muelles en los que se estibaba carga que iba y venía por las vías fluviales. Muchas naves de distinto calado estaban atracadas en los malecones, viéndose su marinería recorriendo el nuevo barrio de los comerciantes y tabernas. Sin duda Manoa iba a perdurar, pues así el rey Ingvar lo había mandado, y pronto sería una importante escala en la navegación entre las tierras altas y el océano Atlante. Todo esto le narraba a Maud en largas cartas que dictaba a Ulf, que luego enviaba en las naves que remontaban el curso del Mamoré hasta la tierra del medio. Parte del acuerdo con Don Pedro de Estella, era el mantener correspondencia con su hija, pero que los correos debían estar dirigidos a él, como dignatario de la orden de los caballeros del templo, y por tanto ser entregados en la abadía de Taipikala y de la misma forma, Maud me enviaría sus mensajes. Era evidente que el canciller leería todo lo que nos contásemos, pero era el precio que se debíamos pagar por mantenernos unidos en la distancia.

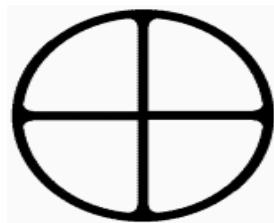
Al pasar un par de semanas, las llagas de los muñones cicatrizaban satisfactoriamente llenándome de bríos, ansiando volver al servicio cuanto antes, pues ya había llegado a mis oídos los rumores de una gran incursión que cruzaría el río “De las maderas”, internándose en territorio hostil para aniquilar a las tribus rebeldes. El anuncio de los preparativos de esta nueva campaña no demoró en hacerse patentes. Por todas partes los soldados de infantería realizaban prácticas de guerra y los caballeros cabalgaban en una explanada de ejercicios descabezando

muñecos de paja. En el puerto se hacía otro tanto, pues las naves desembarcaban carga, acémilas, municiones y nuevos soldados que engrosarían las fuerzas de las mesnadas imperiales. Fue en esos días en que decidí pedir audiencia a Oleg para solicitar mi reincorporación al “Sonnebrog”, que era uno de los cuerpos designados para la expedición que vendría. El Jarl supremo me concedió la cita tres días más tarde, pues estaba colmado de las tareas que demandaba el próximo esfuerzo de la campaña de castigo. Al presentarme en su tienda, lo encontré trenzado en una discusión con otros altos oficiales gesticulando sobre un mapa. Al percatarse de mi presencia me hizo el gesto de que lo esperara allí, sin interrumpir el debate que al parecer llevaría un buen tiempo en resolverse. Por lo que pude escuchar, la cuestión trataba sobre la manera en que realizarían las dos divisiones la maniobra envolvente para destruir a los enemigos; la primera más numerosa, al mando del comandante Urin, iría por tierra siguiendo la ruta de mi incursión, llegando hasta la ribera sur del río Purús. Mientras la división bajo la autoridad de Oleg, navegaría río abajo hasta donde el río “De las maderas” hace un recodo. Allí la división desembarcaría barriendo toda la región hasta encontrar el Purús, subiendo su curso por la ribera norte cerrando la tenaza. El problema se centraba en el desconocimiento del terreno y de los pueblos que lo habitaban, pues nunca las huestes de Tiawanaku habían explorado esa región, ignorando si existían caminos o senderos que permitieran el paso de una tropa de miles soldados. *Águila blanca* zanjó el asunto a través de un oficial de exploradores que explicó que la ensenada elegida para el desembarco, estaba habitada por una colonia de guaraníes que actuarían como guías en la invasión. Aquella declaración produjo variadas exclamaciones de asombro. Pues nadie sabía que hubiera guaraníes tan lejos de sus tierras ancestrales. El veterano batidor confesó que desde varios años atrás, que se trasladaba a familias de nuestros aliados indígenas a plazas estratégicas para el dominio de los ríos por donde transitaban nuestras naves. Ellos habían demostrado una gran capacidad de adaptación a las nuevas tierras de caza, que anhelaban, pues sus heredades del sur no daba abasto para la población que aumentaba sin parar, produciéndose agrios conflictos entre los clanes por el dominio de los pocos cotos de cacería que eran abundantes. Con esto la reunión concluyó quedando acordadas las condiciones para la segunda división, retirándose los oficiales en medio de comentarios sobre la futura campaña.

Oleg, al vernos sin compañía, se dejó caer en una banqueta, estirándose mientras exhalaba un resoplido. –“Y pensar que hay quienes envidian este puesto Thorvald. No saben lo que les espera”. Dijo sonriendo desde su sitial invitándome a sentarme junto a él, luego de enviar a uno de sus ordenanzas a traer comida y bebida. Hablamos de la vida de campamento y de mis heridas mientras los ordenanzas disponían la mesa, que sencilla, me sorprendió por algunos alimentos que eran propios de la cocina de Taipikala. Lo cual era una muestra de lo fluido que era el tráfico entre Manoa y la capital.

-“¡Thorvald *Blikif*, hagamos un brindis por tu victoria! No propongo este saludo como vuestro Jarl, si no como un camarada que reconoce el valor e ingenio que pusisteis a prueba en la lid”. Dijo Oleg y alzó el vaso que entrechocó con el mío.

Le agradecí su cortesía y mientras comíamos y bebíamos una excelente cerveza de maíz. Le narré con detalle la batalla de la selva. Pues así lo exigió. El Jarl escuchó con suma atención todo lo que yo le decía y solo comentó al final, que la próxima campaña estaría sellada por la crueldad y de consecuencias impredecibles en el futuro. Charlamos varias horas más; recordando el pasado y a los amigos que no participaban en esta expedición. Al final de la entrevista Oleg me confirmó el regreso a mi unidad como oficial de enlace del comandante, ya que los soldados de mi compañía continuarían en el fuerte, asignados a tareas menores en la medida en que su salud se los permitiera. Cuando nos despedimos me hizo entrega de un atado de cartas de mi Maud, diciéndome que llegaron todas juntas el día anterior en el barco del correo. “¡Vuestras hazañas ya se conocen en Taipikala hombre de los rayos! Don Pedro no podrá negar mano de su hija a tan distinguido soldado”. Me sonrió y yo me fui feliz. Mi Jarl estaba en lo cierto, había cumplido y el canciller debía aceptarme, pues de lo contrario deshonoraría su palabra ante el rey.



Cada día se sumaban nuevos contingentes de tropas al ejército de Manoa que participarían en la siguiente etapa de la guerra. Eran tantos, que los barracones y cuarteles no daban abasto para hospedar a tantos soldados que venían de todos los rincones del imperio. Este problema lo resolvió nuestro Jarl que mandó a los zapadores a despejar de vegetación una extensa zona al otro lado de la colina del fuerte. Este enorme campamento era una verdadera ciudadela donde se alineaban centenares y centenares de tiendas y pabellones de tela con los estandartes alzados de cada unidad. El movimiento de los hombres, caballos y carros originaba allí un gran hormigueo de colores y aceros iluminados por el sol hasta donde la vista alcanzaba. Ahí también instalaban sus tiendas ambulantes los vendedores de armas, de arneses, de vino, de

comida, así como los dueños de burdeles, que traían carros colmados de muchachas, bajo la vigilancia de los alguaciles. Oleg asimismo dispuso de la construcción de un bastión en la otra ribera del río para tomar dominio de esa banda y facilitar el traslado de soldados y carga entre una y otra ribera, añadiendo los trabajos para trazar un camino al interior, para el paso de las tropas en las jornadas venideras. La segunda división se embarcó el día en que cumplíamos cinco meses desde que salimos de Taipikala. Una flota compuesta por siete veces diez barcos, transportaron a cientos de hombres de guerra, cabalgaduras y animales de carga.

La primera división de dos veces mil guerreros, partió días después cruzando el río a bordo de largos bateles hasta los muelles de la otra orilla, que se amparaban bajo la empalizada del nuevo fuerte. Montado en mi *Fehu*, tomé mi lugar junto a Kunt, el comandante del regimiento, cuando los cornos dieron la señal de avanzar. La larga columna aplastó con botas y herraduras el blando suelo del camino recién terminado, que supe llegaba hasta el mismo sitio donde habíamos librado la batalla con mi compañía, donde los ingenieros habían levantado un túmulo de piedras sobre el foso donde enterramos las cenizas de los caídos. La calzada nos ahorró muchas horas de viaje y las penurias que habíamos sufrido cuando la ruta solo era un sendero amenazado por el bosque, alcanzando en la segunda jornada el túmulo funerario junto al arroyo, paraje que había sido denominado como “Escudos del rayo”, en honor al ardid de los que allí peleamos.

El Jarl de la división decidió que acamparíamos en aquel sitio por algunos días, ya que deseaba enviar patrullas de exploradores al otro lado del arroyo, pues no habíamos tenido ningún contacto con los hostiles hasta ahí y posiblemente estaban emboscados en algún lugar de la selva.

La tropa se distribuyó en diversas tareas levantando las tiendas donde dormirían, mientras algunos se adueñaban de los cobertizos que habían levantado los soldados que construyeron el camino. Los zapadores también habían reguardado el contorno con un profundo foso tapiado por una alta estacada y para nuestra sorpresa, incluso habían construido un puente con los troncos de los árboles de la ribera contraria, dejando un claro que permitía que el enemigo fuera visible desde lejos. Cuando el comandante me liberó de su servicio, me dirigí al túmulo que contenía los restos de mis soldados y elevé una oración a los dioses, rogándoles que no importando su raza, los recibieran bajo su gracia. Pues todos ellos, sin importar su color se habían hermanado en la gloria, que es el sol de los muertos.

En la espera de la información que nos traerían los exploradores, los soldados hacían vida de cuartel y se entrenaban en las estrategias para combatir en la selva, pues eran muy pocos los que alguna vez habían luchado contra las tribus de las grandes cuencas. Una de esas tardes, el vigía de una de las atalayas hacia la calzada, dio la alerta anunciando que se aproximaban hombres a caballo. Los comandantes de las unidades y sus oficiales fueron convocados inmediatamente a la tienda de Urin, quien de pie esperó a que los jinetes se presentaran ante él.

Los caballos venían blancos de espuma, y los propios nordmanners con el rostro bañado en sudor y las corazas polvorientas. Uno de ellos desmontó pesadamente y pidió hablar con el Jarl de la hueste y, después de acercarse, le dijo: “Mi señor. Estoy bajo las órdenes de mi Jarl *Águila blanca*, de quien os traigo noticias. Os informa de que os atacarán hordas de salvajes, con miles de guerreros en sus filas, pues muchas son las tribus que se han unido en una alianza para expulsarnos de su territorio. Bandas de guarayos, tupíes, waikás, guakaríes, kanelas y otros pueblos, liderados por los thakanas os darán fiera guerra, y avanzan desde sus regiones ancestrales para aniquilar vuestro ejército”. El mensajero continuó su relato diciendo que en los días pasados la división de Oleg se había enfrentado a los bárbaros en varias escaramuzas, y que los prisioneros habían confesado bajo tortura que la confederación de tribus había sido posible bajo la influencia de una poderosa hechicera de la tribu thakana, quien también les suministraba las pócimas que los enloquecía. Urin oyó todo sin decir una palabra hasta que el estafeta terminó de responder las preguntas que hicieron algunos oficiales. Luego él y sus compañeros que lo secundaban se retiraron para descansar. Sin mas, nuestro comandante de división comunicó que las tropas romperían la marcha hacia el norte en dos días, confiando la protección del fuerte de “Los escudos del rayo” a un batallón quechua, que debería fortalecer la posición.

Dos jornadas después, liderados por Urin, el ejército cruzó el puente internándose en el oscuro bosque por el sendero que la vanguardia abría a golpes de hacha y hoz. El lento andar de aquellas jornadas exasperaba los nervios, pues progresábamos leguas tras legua sin encontrar ningún indígena montaraz; solo bosques espesos, suelos pantanosos, espinosos arbustos y charcos de agua de las lluvias cada vez más frecuentes. A veces oíamos algún animal, pero la comarca parecía muerta y, con todo sabíamos que nos encontrábamos en el territorio de las tribus salvajes más feroces que alguna vez un soldado imperial hubiera enfrentado. De súbito, los exploradores de la avanzada comunicaron un descubrimiento algo extraño. Urin quiso verlo con sus propios ojos y lo escoltamos hasta un claro de la selva. El olor a carne y pelo quemado era repulsivo. En medio del claro había una pila de restos humanos carbonizados. Urin nos miró en actitud interrogante. Eran las cabezas y extremidades de los soldados de una de las patrullas de exploradores enviadas días antes a batir la zona. Espontáneamente levanté la mirada, buscando en las copas de los árboles los torsos de los desdichados, pero no los habían colgado, y aunque fueron buscados por todas partes no fue posible hallarlos, enterrándose los restos de los exploradores en un túmulo sin sus troncos. Habíamos comprendido el mensaje. La lucha sería sin misericordia y solo viviría aquel que hubiera triunfado sobre su oponente.

Al final de la quinta mañana desde que dejamos el fuerte “De los escudos del rayo”, llegamos a un pequeño cauce de aguas terrosas. A la izquierda del riachuelo había una colina muy poblada de árboles, a su derecha una elevación pelada que nuestros guías habían determinado como plaza para el campamento. Urin envió un escuadrón de caballería con los honderos quechuas del “Amauta” a inspeccionar mejor la zona. No obstante, también ese paraje ofrecía la visión de un

vacío irreal, como la totalidad del territorio que habíamos transpuesto en todos esos días de marcha, como si perteneciera a otro mundo. Solo un cálido viento que soplabla entre las elevaciones simulaba cierta vida. Sin embargo, de repente salieron del bosque decenas de guerreros guarayos, que se precipitaron sobre la caballería y los honderos con un griterío inimaginable. Pero en cuanto los hombres de la avanzada se dispusieron en formación, los salvajes emprendieron la retirada y desaparecieron en la oscuridad del bosque tan de prisa como habían llegado. Y pocos instantes después volvieron a abalanzarse en otro punto; atacaron abatiendo a algunos infantes, y volvieron a desaparecer en sus bosques protectores. Nadie se atrevió a perseguirlos. Urin dio de inmediato la orden de cambiar la formación de la marcha. Los seis aguerridos batallones, más de tres veces mil hombres, dejaron los fardos y la impedimenta y marcharon a la cabeza de la columna en formación de combate.

Yo cabalgaba junto a mi comandante. Mientras algunas compañías del primer batallón ocupaban el claro donde se situaría el campamento, y entonces escuchamos los alaridos de guerra de los bárbaros ocultos en la retaguardia. Los guarayos apoyados por los temidos guerreros thakanas se lanzaron a la caravana de fardos que aparecía entre las dos colinas solo resguardada un par de compañías aymaraes. La caballería galopó en su auxilio. La batalla había comenzado.

Los cornos dirigieron a la columna a cerrar un anillo, alzando los escudos como parapetos que cubrían a los infantes de las flechas y dardos envenenados que carcomían las filas de las compañías que no alcanzaban a protegerse. Kunt espoleó su cabalgadura y galopó hacia la tercera compañía del regimiento, que se hallaba en grave peligro de ser rebasado. Vi como arengaba a sus soldados a voz en grito mientras una lanza casi le rozaba. Volví a grupos recorriendo todo el sector que tocaba defender al “Sonnebrog”. Cientos de enemigos se estrellaban contra las hileras de escudos que resistían con grandes bajas. Los gritos, chillidos y los bramidos de los heridos impedían dar y recibir órdenes y por ello casi llego a enloquecer. En el centro del círculo, los arqueros llenaban el cielo de saetas que cobraban decenas de muertos entre los guarayos y thakanas, pero que no detenían sus ataques, agregándose nuevas bandas a la batalla.

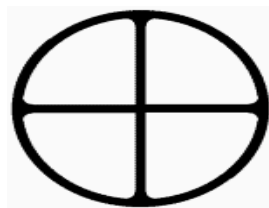
A pesar de que algunas unidades ya no podían recibir más órdenes, se entregaron a la lucha por su cuenta. Esa era la ventaja incalculable de un ejército experimentado en la guerra. Todos sabían lo que tenían que hacer sin la orden expresa de su Jarl. Por el lado izquierdo, los batallones “Paytiti” y “Varing” se impusieron aplastando a las primeras filas de enemigos, tiraron sus lanzas y luego se arrojaron al ataque llegando hasta el río que cruzaron para perseguir a los que huían. De ese modo, el flanco derecho quedó completamente descubierto. Los thakanas aprovecharon ese punto débil avanzando en una gran horda bajo el mando de su cacique supremo, ocupando el espacio entre los restos del anillo y la retaguardia. De esa forma cortaron el camino a la caballería dispersa que luchaba defendiendo las vituallas y provisiones.

El ensordecedor griterío nos hizo apretar filas apoyando los escudos en tierra, dejando pequeños quicios por donde los ballesteros nordmanners hacían estragos en los primeros agresores. La lucha arreciaba en todas partes. De pronto divisé a Urin en el tumulto de la batalla; lo reconocí por su capa azul y el brillo de su coraza de electrum. Se apeó del caballo imitado por el estado mayor, y luego de recoger el escudo de un soldado muerto se precipitó a la primera línea peleando como un Berserker. Ante el ejemplo de sus capitanes, los soldados parecieron adquirir nuevas fuerzas, estabilizándose las filas que empezaron a hacer retroceder al enemigo lentamente. De repente aparecieron a paso ligero los dos batallones que habían cruzado el río, insuflando nuevos ánimos en las tropas que terminaron por derrotar a los thakanas, dándose los salvajes a la fuga, abandonando a sus heridos entre los que estaba su jefe. La caballería restablecida, persiguió hasta donde la floresta lo permitía a los restos de las bandas guarayas y thakanas, ultimando a los rezagados que corrían en busca de la selva.

El resto del día lo empeñamos en recoger los cadáveres de nuestros camaradas y atender a los heridos, mientras un batallón fortificaba las crestas de las dos colinas que serían nuestro refugio hasta que tuviéramos alguna noción de las consecuencias de la derrota que asestamos a las tribus salvajes. Pues solo dos pueblos de la alianza habían luchado aquel día y no sabíamos de los movimientos de los otros, que debían ser al menos una decena.

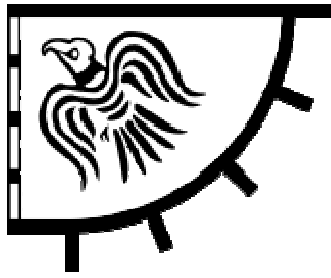
Mientras Urin informaba de la victoria dictando mensajes dirigidos a Oleg y al rey en Taipikala, cada día morían decenas de soldados en las tiendas levantadas como dispensarios. Cada mañana, el primer galeno, comunicaba el número de bajas que se había producido durante la noche. El que había recibido una flecha envenenada moría deprisa. Mientras las heridas en los músculos o huesos se trataban con relativo éxito, pero no se podía hacer nada con las heridas internas. En resumen el enemigo había sufrido más de un millardo de muertos, contra un quinto de nuestras tropas que yacían muertas o inutilizadas por sus heridas. Los heridos en estado de soportar el viaje, eran trasladados a el fuerte “De los escudos del rayo”, y luego seguían viaje hasta Manoa, desde donde llegó un batallón de refuerzo y numerosos correos.

Dentro de la correspondencia, nuestro Jarl recibió un importante mensaje de Oleg, que comunicaba que su división solo era blanco de ataques sorpresa sin mayores consecuencias, de lo cual deducía era un stratagema para distraerlo. El Jarl supremo tampoco tenía noticias de las otras tribus confederadas, pensando que reunían fuerzas para una gran ofensiva. Había que avanzar cuanto antes y tocar el río Purús. Esa era la consigna y la cumpliríamos.



“Sé que os sorprendéis mi relato Vaemond. Las sagas ignoran las gloriosas gestas de los hijos de Odín en esas lejanas tierras, pero por los dioses que así fue. En dos semanas estábamos preparados para adentrarnos en ese territorio oculto al dominio de Tiawanaku. No os mentiré. Ansiábamos la lucha, pero la queríamos para terminar por fin con esa pesadilla y volver a casa y a nuestras querencias”. Reiniciamos la marcha rumbo al Purús, y cada día que pasaba, era un prodigio de sobrevivencia. Los ataques de los montaraces se multiplicaron en cada recodo y en cada soto. Salían de todas partes: del agua de los esteros, detrás de las rocas e incluso caían de las copas de los árboles, siendo asaeteados por los ballesteros. Pero avanzábamos sin detenernos a pesar de los obstáculos. Al décimo día desde la partida del fuerte de las dos colinas, nos alcanzó un correo a mataballo, quien informó del choque entre las fuerzas de Oleg y los indígenas rebeldes. Al igual que nuestra brigada, había triunfado con severas bajas, pero seguían avanzando al punto de reunión como se convino. Las batallas se sucedieron con frecuencia, empujando a las tribus salvajes al cauce del Purús sin descanso. Los muertos y heridos de nuestras filas eran cuantiosos, pero los vacíos de cada unidad eran restituidos por nuevos batallones que luego de arribar a Manoa, marchaban por la calzada siguiendo la vía abierta al norte, escalonando su avance en los fuertes fundados como una línea al borde la nueva ruta. Las lluvias comenzaron a sucederse cada vez más profusas, advirtiendo el fin de la estación seca, pero no nos amedrentábamos y seguíamos marchando al septentrión, muchas veces cantando viejos himnos en norrés y en lenguas indígenas. Finalmente los exploradores guaraníes avisaron que en cosa de días alcanzaríamos el punto de encuentro, pero que no existían rastros de la segunda división, lo que nos preocupó angustiosamente. Tal como dijeron los guías, llegamos al vado del Purús en pocas jornadas en medio de lluvias torrenciales, que nos dificultó la edificación de un asentamiento que nos cobijara de las inclemencias del tiempo. Los días pasaron con rapidez, y en los espacios de cielos despejados toda la división ayudaba a edificar un alcázar que demostrara el poder del imperio. Para ello las piedras del río eran cortadas y montadas como cimientos en un muro doble distanciando varios pies entre uno y otro. Estas murallas median la altura de dos hombres, cuyo interior se rellenó de tierra y cascajo, donde se izaron las agudas astas de la empalizada. Alrededor del fuerte se excavó un foso de cien pies de anchura que se inundó con aguas del río. Algunas veces fuimos atacados, pero las soberbias defensas nos hacían fácil el rechazo. Y así pasaron las semanas hasta que una tarde llegó un destacamento de caballería con la noticia de que la división de Oleg estaba próxima a cruzar desde la ribera contraria. Los jinetes del escuadrón enviado por *Águila blanca*, narraron con holgura los combates que libraron, y como en una gran batalla habían aniquilado a las hordas de las tribus hostiles que eran dirigidas por la mismísima hechicera que fue muerta por la espada de Oleg. Unos días más tarde la primera división apareció en el horizonte marchando por el camino que abrían junto a la ribera norte del Purús, mientras una flota de naves y barcas los seguía. Luego de dos meses los dos cuerpos del ejército imperial se reunían completando exitosamente

su mandato. Urin salió al encuentro de la vanguardia de la división de Oleg con su estado mayor, protegidos por una compañía de infantes. La reunión de los dos jefes fue solemne y juntos atravesaron montados el vado hasta el cuartel que se convirtió en nuestro hogar el siguiente invierno.



Saga séptima.

“El mensajero del crepúsculo”

La comida del campamento de invierno era variada. Comíamos unas tortillas de harina de maíz parecidas a las gachas, que se convertían en algo comestible al añadirles sal, especias y panceta ahumada. Pero también disponíamos de carne fresca, queso, huevos, leche y las verduras autóctonas que se encontraban en el mercadillo contiguo al fuerte. La carretera desde Manoa había extendido su brazo desde la ribera norte del río “De las maderas” hasta la orilla sur del Purús, resguardada por la línea de fortificaciones que se habían levantado, asegurando la comunicación de los nuevos territorios conquistados. Sin perder el tiempo, nuestro soberano decretó el traslado de cientos de familias de pueblos indígenas leales hasta la tierra abierta a la colonización, que se sumó a una invasión de mercaderes y buhoneros que avanzaban en caravanas, emplazando sus tiendas allí donde los negocios podían prosperar. De a poco aparecieron postas y puestos camineros que controlaban a todo el que iba y venía por la vía, pues la región todavía estaba en estado de guerra, y aunque pasaran los meses sin señales de los salvajes, sabíamos que estaba allí, al otro lado del Purús, y que cualquier día aparecerían de entre los matorrales para vengarse de las derrotas que los expulsaron al norte.

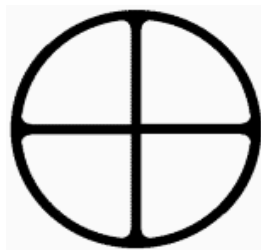
En enero llegó hasta nosotros, a caballo, un estafeta desde Manoa. Solo traía correspondencia para Oleg que exigía movilizarnos apenas el clima lo permitiera. El recado estaba firmado por el jefe de estado mayor del ejército en Taipikala y por el mismísimo rey Ingvar. Entretanto, los salvajes empezaron a inquietarse. Se habían percatado de que a las puertas de sus milenarios solares, tenían pasando el invierno a cinco veces mil hombres de guerra que no mostraban intención de regresar por donde habían venido. Un espía que fue capturado en los alrededores, confesó ante el hierro candente que ya sabían que los invasores embestirían en cuanto las últimas lluvias hubiesen caído y los ríos bajaran su caudal.

Y así sucedió. Urin mandó levantar un puente de balsas entrelazadas sobre el vado del río. Los zapadores clavaron gruesos postes de madera en el lecho del cauce donde la corriente es baja, y con cuerdas y clavos de hierro fijaron los rampas, que flotaban unidas entre sí formando un camino sobre el agua. Oleg dejó en el fuerte a dos batallones y con el grueso de las tropas

atravesó el puente marchando. Río abajo navegó una flotilla de exploración que debía llegar hasta el encuentro del Purús con el gran río Marañón, con la misión de evaluar la conveniencia de levantar un puerto que facilitara la navegación en aquella zona.

Los batidores guaraníes informaron que algunas tribus como los waikás se habían retirado de la confederación sin beligerancia, pero que otros pueblos se unieron a los hostiles bajo el mando de un nuevo líder thakana. Luego de dos semanas de marcha, los exploradores comunicaron la presencia de una inmensa horda de guerreros a dos leguas del campamento en que pernoctábamos. Nuestro Jarl ordenó doblar la guardia y esperar allí. Lo cierto es que entre las tribus y nosotros había un pantano y nadie quería ser el primero en atravesarlo. No obstante, los salvajes no tenían mucho tiempo; sus recursos escaseaban a pesar de estar en su propia tierra, pues eran miles de hombres hambrientos que ya habían agotado las posibilidades de alimentos varias leguas a la redonda. Además los guaribos se habían enterado de que los traicioneros waikás habían devastado sus aldeas aprovechando su ausencia, y por tanto, querían correr en ayuda de sus clanes. Por ello la confederación de tribus de la selva se decidió a presentar batalla inmediata y corrió hacia su perdición la mañana siguiente. Esa misma noche, después de la derrota, se desperdigaron hacia todos los puntos cardinales y huyeron cada uno a hacia la región de su tribu. Urin, al clarear la mañana, salió en su persecución con la caballería y los mastines, no había nada más fácil y menos peligroso que aplastar a los fugitivos. No fue en la batalla donde cayó la mayor parte de los bárbaros, sino durante su huida. Ese mismo día Oleg llevó al ejército en una marcha forzada de catorce horas hacia la tierra de los guarayos, arrasando con aldeas y pueblos, dejando una estela de incendios y cadáveres, entre los que acampamos esperando nuevas órdenes.

Luego de unos días, los batallones reanudaron la marcha. La máquina de guerra se deslizaba por llanos y bosques al igual que una serpiente acorazada. Al vernos las tribus vecinas de los guarayos se rendía ofreciendo rehenes y alimentos sometándose al poder del imperio. Pero todavía faltaba someter a una tribu, los más salvajes de todos aquellos a quienes habíamos enfrentado: los guerreros- demonios thakanas.



La tierra de los bárbaros thakanas, la voy a recordar como el país de la bruma. Los vapores de humedad se desprendían de la superficie en espesos velos que ascendían hacia las copas de los arboles, pero el follaje era tan espeso que retenía las nubes creando un paisaje de ensueños. Era como si pisáramos un cielo invertido, cuyo suelo lodoso intuíamos por el sonido del pegoteo de las botas, que no alcanzábamos a ver ocultas entre el vaho. Algunos pájaros chillaban protestando por nuestra presencia; un crujido de ramas o el gruñir de algún animal eran las únicas demostraciones de vida en esos parajes recónditos.

Las columnas de la gran mesnada de Tiawanku progresaban con lentitud jornada tras jornada, abriéndose camino hacia el corazón de esa región salvaje, cuando repentinamente escuchamos un gran alboroto en la retaguardia, se dio el alto y nos pusimos en alerta. La alarma provenía de la primera compañía del regimiento y pronto supimos de que se trataba: un soldado que salió de la columna para vaciar el vientre, había encontrado restos humanos cerca del sendero. Dejé a la compañía al mando de un subalterno y me encaminé en sentido contrario a la marcha. No fue difícil orientarme, la tierra revuelta aquí y allá me mostraron el camino. La maleza se hizo más densa, mis jadeos más fuertes, y pronto debí sonar igual que un uro que se abría paso entre los matorrales. Mis compañeros, sin embargo, no se movieron cuando los alcancé. Estaban plantados en el suelo mirando absortos un grupo de altos árboles que se elevaban frente a ellos junto a un claro. Mi mirada, que vagaba sin rumbo, se quedó clavada entonces en un racimo de negras siluetas que colgaban. Cuando comprendí de qué se trataba, una brisa trajo hacia nosotros un hedor a putrefacción que rompió el hechizo. Nos acometieron unas arcadas tan fuertes que los ojos nos lagrimearon, pero no fuimos capaces de alejarnos de aquel horror. Dimos unos pasos con otros oficiales emulando a Kunt, y con manos temblorosas examinamos el montón cuidadosamente apilado de cráneos, tibias, fémures que había en el centro del claro. Algunos parecían viejos y curtidos, otros todavía tenían jirones de carne, y esa visión seguiría atormentando mis sueños muchos años. El suave crujido que sonaba sobre nosotros no procedía de la madera, sino de las sogas que oscilaban por el peso de los ahorcados. El metal de sus corazas y espinilleras ya comenzaba a llenarse de un moho verdoso. Dentro de los restos de las botas, los huesos de los pies conservaban trozos de carne negra y reseca, algunos de los cuales habían caído al suelo, que sin duda habían desaparecido en las fauces hambrientas de los animales de la jungla. – “Son los exploradores que salieron del fuerte “De los escudos del rayo”. –Dijo Kunt con la voz entrecortada- “Deben de llevar meses ahí colgados”.

Oleg enterado de la situación, dispuso armar las tiendas allí mismo y de fortificar con una empalizada la posición de cada unidad, pues como siempre, debíamos darles a los cuerpos de nuestros camaradas la sepultura que merecían. La noche pasó sin novedades, pero me sentía inquieto y eso se lo transmití a Ulf y a Thorfinn, Ragnar y Sunold que pudieron darse un respiro para reunirnos a la luz de un fuego. Sunold que era oficial del batallón “Amauta”, contó que sus quechuas sudaban de terror y que le aseguraban que estábamos dentro de una esfera maldita. Un

lugar fuera del tiempo y que moriríamos allí si no nos íbamos pronto. Para sumar más espanto que el que ya nos poseía, Ragnar añadió que una patrulla del “Dannebrog” encontró enormes cestas llenas de huesos podridos bajo algunos árboles que tenían huellas de sangre en su corteza. No había duda que estábamos acampando sobre un santuario de los guerreros-demonios y eso los enfurecería.

A la mañana siguiente, nuestros centinelas estaban muertos, la luz del alba nos mostró que estábamos rodeados. Los guerreros-demonios sabían que nos detendríamos a dar digna sepultura a los exploradores, pasando allí la noche. Nos habían esperado en ese lugar sagrado, pues los cadáveres de nuestros camaradas eran una ofrenda a los dioses que habitaban los árboles. Podíamos ver a los thakanas entre el follaje, inquietantemente silenciosos, los cuerpos desnudos, los rostros pintados. Ni un sonido, ni un movimiento llegaba hasta nosotros desde sus hordas ocultas en la bruma. A veces, nuestra visión borrosa nos hacía creer que las cabezas pintadas se volvían a confundir con el paisaje, y entonces parpadeábamos irritados, nos tambaleábamos de un lado a otro y oíamos el zumbido de una flecha que mataba a un soldado. Una caída sorda, un grito, luego volvía a reinar la inmovilidad en ambos bandos. Ninguna de las figuras pintadas se acercó lo bastante para que valiera la pena arrojarle una lanza, nadie osaba iniciar el ataque definitivo. -Esto no puede ser –Masculló un veterano oculto tras su escudo. - ¿Por qué no atacan de una vez?, Se escuchó que se quejaba otro. Nadie respondió.

-“¡Mirad como sube la bruma! –Exclamó un soldado con la voz crispada.

El grito no recibió al principio ninguna atención. Pero era cierto, las nubes hinchidas de humedad crecían cubriéndolo todo con su velo. El calor creciente producía una intensa evaporación de la humedad encerrada en la tupida selva.

Entre la espesa niebla los pude ver. Era cierto, los demonios avanzaban. Ya casi podíamos distinguir sus rostros. Empuñé mi espada. Los atacantes se acercaban, su bramido se alzaba como una tormenta mientras agitaban sus hachas contra nosotros. Sin embargo, también las nubes que teníamos encima se hacían más densas, iban tomando forma como un poder mudo, se acumulaban sobre la tierra, incluso parecía que quisieran aplastarla. Repentinamente los cúmulos taparon todo el campamento con su sombra cuando se tragaron el sol. De pronto hizo mucho frío.

-“¡Alinead los escudos, formad filas de dos en fondo!”- Ordenó Kunt por encima del griterío de los salvajes”.

-¿No luchaba ya el “Paytiti” un poco más allá, o sólo me confundía con las lonas de las tiendas que ondeaban? Giré en círculo. En algún lugar se oían gritos y se enfrentaban los guerreros. Entonces una masa golpeó la barrera de escudos haciendo que se tambaleara. Los cuerpos húmedos y fríos de los thanakas surgían como un muro negro frente a las líneas de mi compañía. Los guerreros-demonios se estrellaban contra el baluarte de bronce intentado saltar sobre las cabezas de los soldados, pero los pocos que lograban su cometido, terminaban

ensartados en las lanzas de los hombres de las filas traseras. Sin embargo en algunos puntos la línea cedió y los enemigos entraron como un tropel declarándose una encarnizada lucha cuerpo a cuerpo, que resultó una masacre sobre los thakanas a pesar de su valor demencial. Al sonido del corno los soldados del “Sonnebrog” se formaron escudo con escudo dejando un espacio por donde usaban el venablo, enterrándola en los cuerpos inermes de los bárbaros y retirándola para seguir avanzando sobre los cadáveres enemigos. Esta operación se repitió una y otra vez hasta despejar el claro en nuestro sector, continuando con la matanza media legua dentro del bosque. Regresamos al claro a la orden de Kunt, que había restablecido la comunicación con el grueso del ejército que había derrotado a los thakanas, causándoles cientos de muertos y heridos que eran rematados sin compasión. De los miles guerreros-demonios que nos emboscaron, la mayoría yacían sin vida esparcidos por doquier, cuyos cadáveres fueron quemados en enormes fosas que se cavaron para ello. Pero nuestras bajas también fueron cuantiosas, si bien, la suma de muertos y heridos nos era ni la décima parte de la cifra de muertos del enemigo, igualmente significaba una dolorosa merma, que incendió el deseo de venganza de los soldados.

Oleg mediante un mensajero declaró el exterminio para nuestros enemigos, que comenzaría con la tala del bosque sagrado que quedó reducido a la nada. Luego los bosques mutilados se extendieron como una huella por donde pasáramos, como también fueron arrollados los cercados y aldeas que quedaron convertidas en cenizas, sus campos socavados y asentamientos destrozados. Todo lo que alguna vez fue posesión de los thakanas fue destruido para siempre y sus gentes asesinadas por cientos. Doy fe de que nadie quedó con vida de ese pueblo, y los escasos fugitivos que se perdían en la selva, eran presa de nuestros perros de guerra. De aquella tribu nunca más hubo una noticia y las guerras salvajes de oriente, como se les conoció, habían terminado.

Nos retiramos lenta y ordenadamente de la región conquistada hacia el sur del río Purús, no sin antes hacer parlamento con los jefes de cada tribu sometida y exigir rehenes que serían llevados a Taipikala para su educación en las costumbres del imperio Atumuruna. Su vasallaje sería pagado con mantener la paz con su nuevo señor y hacer la guerra a las bandas hostiles al dominio de Tiawanaku.

Ya en el fuerte de Purús, Oleg asignó como guarnición a un batallón recién llegado y diez días más tarde rompimos la marcha de regreso a Manoa, después de casi quince meses de guerra. Al llegar a Manoa, me admiré de los adelantos que allí se veían por doquier, era una verdadera ciudad, con un gran mercado de metales nobles y piedras preciosas, pues la región era rica en aquellos tesoros, motivo suficiente para atraer a muchos colonos tanto nordmanners como de los pueblos de la alta meseta. El portento de Manoa se simbolizaba en la construcción sobre la colina de un enorme castro de piedra, cuyos sillares eran traídos desde la misma Taipikala, en carretas por tierra y en barcos de carga en los ríos atravesando cientos de leguas. El rey Ingvar así lo había dispuesto, pues para todos sus súbditos y nuevos vasallos debía entenderse que el poder de su reino no tenía límites, y por ello Manoa fue signada como la capital de la nueva provincia del “Oriente lluvioso”.

La entrada triunfante a la ciudad de la piedra del medio fue algo que jamás olvidaré. Las calles de los suburbios estaban atestadas de multitudes que se apartaban al paso del ejército victorioso. Mi regimiento, el “Sonnebrog”, desfilaba dividido en compañías lideradas por sus oficiales y sargentos, atentos al orden de la formación. Jinete en mi leal *Fehu*, encabecé a los restos de mi unidad, tieso de orgullo por la ovación que nos brindaban los ciudadanos de Taipikala, giré la cabeza para mirar a mis hombres: gallardos, con las manos agarrotadas sosteniendo las armas, poseídos por la emoción. Dentro de los muros de la ciudad, pareció que las gentes se multiplicaban, no había sitio libre donde poder pie para ver pasar al áscar vencedor, los balcones y techos estaban colmados de hombres, mujeres y niños que nos gritaban saludando y lanzaban pétalos de flores que caían como una lluvia de colores sobre nuestras cabezas. Sobre uno de los balcones la vi, allí estaba Maud resplandeciente agitando los brazos sonriéndome. A su lado su padre con el rostro marcado por un gesto de grave dignidad y un joven monje que debía ser su hermano Alonso.

Los batallones “Paytiti”, “Dannebog”, “Varing”, “Guardias del sol”, “Skjolders”, “Hijos de Sirio”, los honderos quechuas del “Amauta”, las cazadoras del “Skjold-Meyar” el cuerpo de exploradores y otras unidades pasaron bajo el atrio del rey Ingvar presentando homenaje con las armas en ristre, produciendo el delirio de la muchedumbre que regaló una gran aclamación al pasar con sus estandartes al viento. Al llegar el turno del “Sonnebrog”, Kunt, nuestro Jarl rígido por el orgullo, dio la orden a los cornos de tocar “avance”. La bandera del imperio presidía los emblemas del regimiento, Kunt venía después con sus oficiales y luego marchaban las compañías marcando el paso rítmicamente. Los grandes vacíos en las filas demostraban lo fiero

de la lucha librada en las selvas de oriente. Pero la gloria de las batallas perlaba la frente de los bravos soldados del regimiento, conmoviendo las fibras más íntimas de los que allí nos vieron desfilar ese día. De pronto la multitud comenzó a gritar: ¡*Blikif!*, ¡*Blikif!*, que se escuchó en un principio como un eco lejano, pero que fue tomando fuerza hasta convertirse en un bramido emanado por miles de gargantas que en ese momento eran solo una. El aire retumbó con la glorificación, que no era para mi, si no que para todos los soldados del “Sonnebrog”, que ya eran conocidos en Tiawanaku como los “*Blikif*”, “Los guerreros del rayo”.

-“No, no recuerdo nada más de vanidosa satisfacción Vaemond. Lo que si viene a mi memoria es que el rey Ingvar se erigió como el señor resplandeciente de un imperio pacificado y extendido, con sus fronteras demarcadas y las vías de comunicación internas y al gran océano aseguradas, haciendo crecer el comercio y el bienestar a todos los ciudadanos de Tiawanaku. En esos años vivía dedicado a mi familia y a mis obligaciones militares. ¡Claro! Me casé con mi Maud a los pocos meses de regresar de Manoa; las ceremonias de esponsales se celebraron de acuerdo a la religión de cada uno: Primero nos desposamos en la abadía Templaria con el consentimiento de Don Pedro, y luego fue el mismo *Seid Askeil* quien ofició el rito de Frigga para convertirnos en pareja ante los dioses.

¡Aaah! Con que placer me asomaba cada mañana a la ventana de mi casa y contemplaba el ajeteo de las estrechas calles de Taipikala. Aspiraba el olor a grasa de frituras, a talleres, a orines, especias y era feliz. Sí, los carros traqueteaban todo el día, el griterío del mercado me despertaba, el insistente cotorreo de las lavanderas y los barberos no cesaba nunca, ni siquiera en las tardes calurosas. Este era el centro del nuevo mundo. ¿Acaso podía quejarme del ruido y el trajín?

Las sonoras voces del regateo del mercado, las canciones que salían de las tabernas me acompañaban en mis recorridos por los barrios de la ciudad, donde la colada se colgaba de un lado a otro de las calles ondeando en la suave brisa. Y que hermosas eran las mujeres de Tiawanaku. Nunca antes me había dado cuenta de lo bonitas que eran todas, gráciles, algunas robustas, bien alimentadas y coquetas. Pero seré justo, ninguna era más hermosa que mi Maud. Sin embargo a menudo me despertaba bañado en sudor después de oír el alarido de ataque de las hordas bárbaras, o de ver en mis sueños a Tiawanaku destruida, cubierta de fuego y muerte, muerte que iba penetrando en mi y crecía hasta que me oprimía el corazón, y mi grito quedaba ahogado en mi pecho. Después me quedaba resollando hasta recuperar la tranquilidad habitual. Luego salía del lecho en silencio para no despertar a Maud que estaba encinta de nuestro primer hijo, y recorría la casa en la penumbra del amanecer.

Pero si bien los enemigos habían sido sometidos a la mansedumbre, un adversario mucho más poderoso medraba los cimientos de Tiawanaku: Los ciudadanos de Taipikala habiendo perdido la distracción común que había significado las guerras de oriente, habían vuelto a sus antiguas querellas religiosas, registrándose una creciente ola de riñas y altercados entre los fieles de las distintas confesiones. El panorama era complejo, pues aparte de los seguidores de Odín y los cristianos, también había nordmanners que profesaban las dos creencias sin conflicto y ello permitía que hubiese matrimonios mixtos como el mío con mi esposa. También entre los pueblos indígenas había seguidores de las dos partidas, pero muchos más continuaban adorando a sus dioses ancestrales que variaban de acuerdo a cada tribu. En esa época se vieron amenazas garabateadas en los muros de los arrabales con insultos dirigidos para algún bando, y pude percibir que de a poco las gentes agriaban su trato, produciendo un clima de tensión permanente

que se expandió a las provincias como un veneno del cual todos probamos un poco. Pues de vez en cuando discutíamos con Maud sobre el origen a de la rivalidad sin llegar a arreglo. Lo que nos trajo algunas dificultades en la vida doméstica a las que prefiero no referirme.

El consejo presidido por el regente, al tanto de las pugnas que libraban los ciudadanos de Taipikala, dictó una serie de decretos destinados a proteger la tolerancia y la libre profesión de la religión. Nunca antes había tenido que ser impuesta por ley, una costumbre que se daba por descontado que todos cumplirían, simplemente porque así debía de ser. Pero los caballeros del templo objetaron estas nuevas disposiciones, diciendo que solo protegían a los seguidores de Odín, del cual el mismo rey era uno de sus sacerdotes supremos. Su respuesta no quedó ahí, pues pronto hicieron sentir su poder comenzando la construcción de una catedral sobre los restos de un antiguo templo dedicado a Thunupa y a la Pachmama, que eran las principales deidades de los indígenas desde mucho antes de que los nordmanners llegasen a la ciudad del lago. Por lo tanto, aunque solo quedaban los cimientos del antiguo templo, el lugar era sagrado para aymaraes y quechuas, quienes montaron en cólera al saber que se profanaban las ruinas.

El enojo de los naturales fue tal, que revivió a la antigua religión dirigida por un afamado chamán que decían tenía más de cien años, y que su poder era tal, que podía revivir a los muertos, que se levantaban de sus tumbas con los encantamientos del anciano sacerdote, siendo acusado de nigromante por los cristianos que lo rechazaban con horror.

La efervescencia creció sin parar y no se hablaba de otra cosa en las cocinas de las casas, en las tabernas y en las dependencias oficiales. El chamán llamado Pachacutí Yampi, consciente de que su prestigio atraía a miles de sus paisanos, comenzó a oficiar sus ritos en el campo circundante a las obras de la catedral, que pronto fue cercada por los Templarios, pues decían que era tierra consagrada a Jesucristo y a la virgen María.

Los aymaraes, chipayas, uros y quechuas seguidores del gran chamán se enfurecieron ante lo que consideraron una gravísima afrenta a sus dioses, recrudecieron sus hostilidades, que los llevó al extremo de negarse a trabajar para los cristianos. Esto trajo un nuevo problema, pues la inmensa mayoría de obreros, peones de campo y sirvientes domésticos pertenecían a las razas originarias, que cada día se envalentonaban más, exigiendo por todos los medios que cesara la construcción de la catedral sobre las reliquias del templo al sol y a la madre tierra.

Durante esos meses el rey Ingvar dio audiencia a todos los ciudadanos que lo solicitaron, escuchando con infinita paciencia a las numerosas delegaciones que le presentaron sus querellas. El cuadro era muy complejo y el soberano lo sabía, pues no solo su autoridad estaba siendo sopesada, sino también la divinidad de su origen, que era el sustento de nuestra alianza con los cuatro pueblos indígenas de la gran meseta. En una ocasión el rey ordenó que me presentara ante él, para hablar de la convulsión que vivía el imperio producto de las luchas religiosas. Creo que el distinguirme con aquella audiencia se debió a que por mi matrimonio, era que siendo un nordmanner fiel a mis dioses, mi suegro en su dignidad de canciller de los

caballeros del templo, era uno de los más importantes representantes del cristianismo en Tiawanaku. Por tanto debía de tener una visión amplia del conflicto.

Al llegar puntualmente a la cita, me esperaba en la puerta del palacio el noble Kipana, que como consejero del rey había sido enviado a recibirme. Nos dimos un gran abrazo y comentamos en sordina los últimos sucesos al antes de entrar al salón del trono. Una vez allí nos acercamos en silencio, pues el rey escuchaba a un grupo de ricos burgueses cristianos que se lamentaban de los malos negocios que hacían, pues no solo los naturales se negaban a trabajar para ellos, si no que ahora rechazaban sus mercaderías, comprando lo que necesitaban en otros comercios e incluso retornando al trueque entre ellos. El soberano los miraba sin decir una palabra, inundando a todos con esa mirada azul y fría, sin embargo llena de paz. Al terminar de exponer sus quejas, un lacayo invitó a los mercaderes a retirarse citándolos para la semana próxima. Al cerrar la puerta los guardias, el rey resopló y nos miró sonriendo cansado, diciéndome: “No sabéis lo que me gustaría cambiaros mi lugar por el vuestro algunas veces”. Los tres reímos.

Con Kipana seguimos al rey hasta una terraza que daba al jardín interior del palacio, charlando del aspecto de los burgueses y sus demandas. Al llegar a una mesa tallada en un solo bloque de piedra, el soberano nos indicó que nos sentáramos en los taburetes que había alrededor, donde el mismo se dejó caer pesadamente. Los sirvientes trajeron vino, hidromiel y algunos alimentos y frutas en bandejas de plata y se retiraron a una distancia prudente, atentos a los requerimientos del rey. Pero este les hizo un gesto para que se fueran y los lacayos desaparecieron adentrándose en los salones.

-“No puedo confiar en nadie”. Declaró con pesar bebiendo de su copa y alentándonos a hacer lo mismo. “Hay tantas facciones en pugna, que cada una de ellas debe tener seguidores en palacio”.

Kipana le reprochó su desconfianza, pero el rey aseguró que las paredes tenían oídos y que prefería ser lo más discreto posible por el bien del imperio. En ese momento un bedel interrumpió anunciando la llegada del condestable. ¡Ya era hora que llegara Oleg! Dijo Kipana con tono de falso reproche, al ver a *Águila blanca* aproximarse con sus grandes trancos. Oleg saludó ceremonialmente y se ubicó en el taburete que le indicó el rey. Luego continuamos intercambiando juicios acerca de las disputas que iban mucho más allá de las creencias religiosas. Las evidencias nos mostraban que posiblemente los caballeros del templo, hubieran decidido levantar su catedral en el adoratorio indígena, con el fin de crear un clima de perturbación propicio para tomar las riendas del gobierno de Tiawanaku. Oleg añadió la funesta noticia de que durante la noche anterior aymaraes de bandos antagonistas se había enfrentado en las calles de un suburbio, con resultado de dos veces diez muertos y decenas de heridos.

-Nuestro señor empalideció- El condestable continuó agregando que temía que el acertijo en que se transformaba la crisis, se viera acrecentada por la posibilidad de que las razas originarias se

levantaran en armas instigados por el chamán Pachacutí, que había convocado a sus seguidores a un gran ritual a los pies de la catedral para la fiesta del Inti-Raymi que se celebraría en dos semanas.

Pregunté en qué consistía esa ceremonia y Kipana expuso que era la fiesta del sol y la tierra que se celebraba en el solsticio que marcaba el ciclo de las estaciones regido por Thunupa-Wirakocha, que es el nombre que le dan al dios-sol. Este es el dios creador y principio energético y vital de todo lo que crea, anima y ordena el cosmos, no es una fuerza desbocada y devastadora como la contenida por un terremoto, si no una forma de energía controlada y sometida a un orden, la cual actúa como una potencia constructiva. Al ponerse en movimiento, este principio energético ordenador crea al mundo, a los astros y a los hombres, engendra y protege la vida, y es fuente de fertilidad y abundancia.

-“Es tal la importancia de Thunupa y Pachamama, Thorvald”- Prosiguió Kipana- “Que muchos de mis hermanos creen que la profanación del templo hará enfurecer a los dioses negando sus favores a los hombres, castigándolos con la desaparición del sol y la luna”.

-“Y eso puede desencadenar un baño de sangre donde los cristianos se llevarán la peor parte”. Agregó Oleg, que detalló al rey las medidas que se dispondrían a partir de ese mismo momento en toda la ciudad, comenzando con la prohibición de tránsito desde el anochecer hasta la hora prima a todos y a todo. Esto ya era anunciado por los pregoneros en mercados y plazas, siendo la guarnición de Tiawanaku la responsable del cumplimiento del decreto. El ejército patrullaría las calles durante las horas de prohibición, pagando con la muerte todo aquel que fuera sorprendido en acciones fratricidas.

Con Kipana nos miramos consternados. Desde la fundación del imperio Atumuruna, jamás habían existido medidas que apremiaran con la muerte a los ciudadanos. La crudeza de las disposiciones provocaría revuelo. Pero comprendíamos que era necesario, pues tampoco nunca ciudadanos de Taipikala habían asesinado a otros vecinos en el número en que se había incurrido la noche anterior. El rey Ingvar nos miraba sin vernos, su semblante no tenía movimientos y solo sus ojos delataban vida con su penetrante brillo. De pronto salió de su mutismo solicitando nuestra atención diciéndonos: “Queridos súbditos, pronto acaecerán sucesos extraños, jamás vistos en el imperio como los horribles crímenes de la noche de ayer. Los hermanos darán vuelta la espalda a sus hermanos y el padre desconocerá al hijo, la madre abandonará a la cría y las casas quedaran en la desolación. Solo un gran cataclismo fundirá en su fuego aquello que la mezquindad ha desunido.

Los eslabones de la cadena del destino se unirán atándonos nuevamente al carro del sol. Cada uno de vosotros es un eslabón de esa cadena que permite nuestro ciclo vital, por tanto vuestros destinos están unidos al mío, como yo estoy unido a la vida y la muerte del imperio. No temáis, pues nuestra existencia está escrita en los astros del cielo. Cumplid con vuestros mandatos, pues

los mismos hechos por venir os indicarán las acciones que debéis de realizar. Tiawanaku sobrevivirá, perdurará mientras ustedes tres viváis llevando al imperio en el corazón”.

-“Eso es todo lo que tengo que deciros, podéis retiraros”. Concluyó sin desviar la mirada del lejano punto dentro de sí, desde donde nos hablaba.

Salimos del palacio atravesando los magníficos salones sin decir una palabra. En la escalera exterior Oleg se despidió inmediatamente, quedándome con Kipana algunos momentos que aproveché para inquirir sobre el misterioso mensaje de nuestro señor. El noble me contestó que yo solo debía ser testigo de lo que ocurriera y grabarlo en mi memoria, que ya comprendería. Iba a insistir con eso que dijo el rey sobre qué: “los destinos de nosotros tres estaban unidos al él y al imperio”, pues no entendí nada. Pero Kipana me miró a los ojos con entereza, pidiéndome que callara y que cumpliera con mis obligaciones.

-“Os veré pronto Thorvald *Blikif*, ya sabéis que estamos unidos por los astros hasta el final de nuestras vidas”. Exclamó antes de irse con una sonrisa picaresca en los labios.

Le sonreí a mi maestro levantando la mano lisiada a modo de saludo y me fui a casa. Al llegar Maud me entregó un mensaje de la comandancia del regimiento que me ordenaba acuartelarme antes del anochecer. Mi esposa me miraba de pie como pidiendo explicaciones por tener que abandonarla en el último mes del embarazo. Le pedí que se sentara y le explique lo mejor que pude lo que ocurría en Taipikala, y quizás en cuantas otras provincias del imperio. Ella se horrorizó exclamando que nunca se imaginó que las cosas pudieran llegar tan lejos, preguntándome que haríamos.

-“Empacareis lo necesario para algunas semanas y os llevaré a la casa de Ulf, pues allí estaréis más cerca del cuartel y será más fácil visitaros. Además quedareis resguardada con su esposa y su familia que velarán por vos”.

- “¿Pero por qué no me lleváis a la casa de mi padre? Es más segura y tiene muchos guardias a sus órdenes.” Me replicó parándose delante de mí con los brazos en jarra.

- La abracé tomándole la cara con ternura, y le expliqué que quizás las casas de los cristianos importantes sean los lugares donde estalle la violencia en caso de haberla. Y le rogué que preparara su baúl.

Finalmente, cerramos la casa dejando su cuidado a cargo del mayordomo y algunos sirvientes que no tenían donde ir. Y llevé a mi esposa con sus pertenencias en un carro hasta el solar de Ulf, donde la dejé sintiendo el reproche en su despedida. Luego me dirigí al fuerte donde tenía su asiento el “Sonnebrog” tomando el mando de mi compañía.

-“¿Casualidad? Me niego a admitirlo, Vaemond”.

“En realidad, parecía como si el destino tuviera prisa. Como si deseara mostrar todas sus cartas. En especial las marcadas. ¿Casualidad? Aparentemente sí, pero hoy sé que el azar es un espejismo, y que los astros unían y desunían con sus dictámenes las vidas de las criaturas bajo su luz, tal como lo dijo el sabio rey Ingvar. Escribe lo que os he de dictar amanuense, pues los hechos así sucedieron”.

Las voluntades de los ciudadanos de Taipikala se enardecieron cada vez más. Eso lo podía comprobar en las rondas que efectuábamos con mis soldados durante las noches. Las calles estaban desiertas, pero los muros estaban llenos de consignas alentando o insultando a uno u otro bando. El lema más recurrente era “El Inti-Raymi es el día en que se manifestarán los dioses”, que garrapeaban los seguidores del Pachacutí Yampi en lenguas indígenas. También, de vez en cuando hallábamos algún cuerpo atravesado de estocadas tirado por ahí, que cargábamos hasta el cuartel, para que allí fuese reclamado por los suyos al día siguiente.

Los días que faltaban para el ritual del Inti-Raymi, estuvieron marcados por la inquietud y las malas noticias. De todos los rincones del imperio llegaban informaciones de revueltas y altercados entre los fieles a Thunupa y los seguidores del Cristo. También llegaron a mataballo los correos de los Jarls de distintas guarniciones de las provincias de la tierra del medio, que prevenían sobre multitudinarias columnas de naturales, que marchaban hacia la capital para asistir al ritual que oficiaría el gran chamán en el templo profanado.

Tal como fue avisado, pudimos ver como las calles y los eriales contiguos al antiguo templo, se colmaban de campesinos indígenas que montaban sus tolderías alrededor de las ruinas cercadas. Allí se fueron congregando cientos de aymaraes y quechuas esperando el gran día, que el hechicero proclamaba con el principio del fin del hombre blanco sobre la gran meseta. El mal cariz de las cosas aumentó, pues los prelados de la orden de los caballeros del templo dispusieron que un fuerte destacamento de monjes-guerreros, secundados por sargentos y escuderos protegiera la construcción de la catedral, provocando la ira de los naturales, que les lanzaban piedras que generalmente rebotaban en los escudos y armaduras de los soldados de la orden.

El día del Inti-Raymi llegó una mañana de cielo despejado, el gran chamán Pachacutí Yampi, se presentó al amanecer cargado en una fastuosa litera, seguido por un gran cortejo ataviado con vestiduras rituales. La cofradía avanzaba lentamente en medio de la multitud que lo ovacionaba repitiendo: “Por ti padre sol, para ti madre luna”, una y otra vez en un clamor que ensordecía, acompañado del ruido de centenares de flautas, tambores y caracolas. Debieron ser varios miles los asistentes a la ceremonia, ya que no cabía un alfiler en la explanada exterior al viejo templo ni en las calles adyacentes. Mi compañía había recibido la orden de velar por la seguridad en el extremo izquierdo del zócalo, desde donde podía divisar sin problemas el sitio donde se detuvo el carro que llevaba al chamán, que subió sobre los despojos del pórtico del primitivo templo.

Sobre un bloque de piedra caído horizontalmente Pachacutí declamó una oración en las lenguas de las cuatro razas originarias que traducidas al norrés decían:

“Dios Thunupa-Wiracocha, fundamental y presente, ¿Dónde estás?

¿En la tierra superior? ¿En los lugares profundos?

¿O en la tierra cercana y primordial de tus templos sagrados?

Creador del hombre, que lo configuraste de la tierra, que hiciste este mundo y todo lo que existe. ¡Levanta a tus sacerdotes de la muerte!

¡Dales el soplo de la vida y haz que el castigo llegue a los que han olvidado tu poder!

Los miles de voces allí repetían la oración del sacerdote conjurados por el espectáculo de los sacrificios de gran cantidad de animales y aves, que eran degollados sobre la piedra usada como altar. La sangre escurría por las grietas del ara, mientras el chamán bebía un brebaje que escupía a los cuatro puntos cardinales. Las horas pasaron con lentitud. La masa de indígenas hechizados por el ceremonial reproducía las invocaciones a sus dioses sin parecer cansarse, sumidos en un estado hipnótico. Al llegar el ocaso el gran Pachacutí invocó el poder de Thunupa, invitó a su divinidad a manifestarse a través del regreso de los grandes sacerdotes del pasado sepultados bajos sus pies. Ellos debían revivir para restablecer el orden cósmico alterado por los tiranos infernales, que habían sometido a sus hijos a una edad de tinieblas enseñoreándose del mundo. Ante el aspecto que tomaban las cosas, mis sargentos y oficiales acudían a mi posición para requerir órdenes, pues los soldados de sus escuadras manifestaban gran angustia y en algunos casos hasta abierto terror, pues la mayoría conocían del poder del ritual que allí se llevaba a cabo.

Un ordenanza de Kunt citó a todos los comandantes de compañía a un consejo a la hora de la primera guardia. Ya estaba oscuro cuando se efectuó la reunión. Allí me encontré con Ulf, quien comentó que, también los aymarás y quechuas de su unidad sufrían de angustia por las consecuencias que podría tener el eterno ceremonial. El Jarl del regimiento pidió silencio, pero eso era imposible, ya que desde la distancia oíamos el clamor ascendente de las oraciones de la muchedumbre. Kunt continuó informando que al día siguiente seríamos relevados por otro batallón. Exigiendo cumplir el precepto de no intervenir pasare lo que pasare, haciendo hincapié que por ningún motivo disolviéramos a los allí reunidos. Mandato del rey. Algunos oficiales hicieron preguntas relacionadas con el pobre temple de las tropas, pero las respuestas de Kunt fueron interrumpidas por un ruido subterráneo que hizo vibrar a todas las cosas. Recuerdo que nos miramos pensando primero que la tierra temblaba. Pero el mensajero de una de las compañías cercanas al altar del ritual idolatra, nos conminó a seguirlo. El comandante ordenó que cada uno volviera a ocupar el mando de su compañía, y así lo hicimos, para sin desearlo ser testigos de los prodigios del gran chamán.

Los innumerables fieles habían silenciado sus cánticos de alabanza y encendido centenares de antorchas y lucernas. Ellos tanto como los soldados indígenas rezumaban el aire con el hedor del miedo, al presenciar el sortilegio que la luz de las teas permitían ver: Los sillares ruinosos del arcaico templo vibraban. Sí, se movían, y yo agregaría que incluso se elevaban algunos palmos del suelo. Los caballeros y soldados de la orden del temple retrocedieron horrorizados persignándose, para luego retirarse a su abadía en medio de la indiferencia de los seguidores de Pachacutí Yampi. Entonces el rumor de las rocas creció, y con ello la oscilación de las grandes piedras. En la medida en que la muchedumbre en éxtasis clamaba por que Thunupa-Wiracocha se revelara. Las piedras parecían adquirir vida, era como si debajo de su pétreo estructura, hubiera un corazón que palpitara. El chamán elevado por sus aprendices, clamaba imprecaciones a sus ancestros, a los reyes-sacerdotes que habían sufrido el escarnio de sus tumbas. Rogaba que Thunupa les permitiera caminar entre sus súbditos una vez más, y en ese momento un grito lo sacudió todo. Más bien era un lamento que venía desde las profundidades del templo. Era un sonido que podía ser humano, pero no de este mundo, y tuve que hacer valer toda mi autoridad para evitar que mis hombres huyeran como conejos.

Ante los bramidos infrahumanos que provenían del subsuelo, las gentes retrocedieron algunos pasos, como una ola que se recoge al mar: Los cuerpos momificados de sus señores revivían. No sé cómo explicarlo. No recuerdo cuanto duró aquello, pero el hechizo fue roto de pronto cuando el gran sacerdote pletórico de dicha, dio unos manotazos en el aire y cayó desplomado sobre sus asistentes que chillaron descontrolados. Habían asesinado a Pachacutí Yampi. Los seguidores del chamán más cercanos a su cuerpo caído, aullaban hacia las filas de atrás la funesta noticia, quebrando de a poco el encantamiento de la multitud que se retorció nerviosa. Kunt, al tanto de la muerte del brujo, ordenó a los dos batallones del regimiento rodear las ruinas, no dejando a nadie salir o entrar del cordón. Las tropas recuperaron su presteza con la vuelta a la disciplina militar. Cumpliendo con orden las disposiciones de nuestro Jarl. Controlada en parte la situación del terreno, pronto se dio la orden librar a los naturales retenidos dentro del círculo de lanzas y escudos. No tenía caso, pues el chamán había muerto producto de un dardo de ballesta en el cuello, y solo los hombres blancos podían esgrimir esa arma.

La rebelión se extendió por toda la ciudad esa noche. Los aymaraes y quechuas culparon a los cristianos y los atacaron matando a muchos de ellos, tanto blancos como indígenas. En un principio los seguidores del Cristo se defendieron ayudados por los caballeros del temple, llenando de cuerpos despanzurrados las calles de Taipikala, hasta que el ejército imperial tomó el control de la ciudad con ley marcial. Sin embargo, los saqueos e incendios se multiplicaron por tres días de caos y terror. En esos días sangrientos, apenas podía me escapaba junto a Ulf a visitar a nuestras familias. Maud no podía comprender el origen de ese odio nuevo, pues los que hoy se masacraban, ayer eran amo y sirviente, cliente y tendero, o vecinos que compartían

problemas mientras sus hijos jugaban en la calle. Yo la intentaba tranquilizar, pues su gravidez era extrema y en cualquier momento nacería mi primogénito, pues los augures de Askeil aseguraron que sería varón. Dos días más tarde las cosas se calmaron un poco, luego que gran parte de la masa de campesinos que había abarrotado Taipikala para el Inti-Raymi abandonaran la ciudad. De eso nos informaba Kunt, junto al mandato a todas las unidades veteranas de marchar cuanto antes a las provincias donde la sublevación hacía estragos, instándonos a preparar el bagaje y alistar a los hombres. Al concluir la asamblea mi Jarl me llamó aparte, para darme una información confidencial. Extrañado me acerqué para escuchar su mensaje: “Thorvald debo deciros con gran pesar que los alguaciles del rey han dado con el sayón que dio muerte al chamán” -Me turbé, algo me decía el corazón. Pero mi superior continuó con voz grave- “Lamento que se trate de alguien a quien vos conocéis: el asesino es don Alonso de Estella, vuestro pariente, hermano de vuestra esposa. Él es prisionero del rey y será condenado a muerte con la pena del garrote vil”.

Quedé alelado. Las palabras no me obedecían y solo pude articular el permiso para retirarme. Miles de conjeturas me mareaban caminando por el patio del cuartel. ¡Por Odín!, ¿Cómo se lo diría a Maud? Al llegar a las dependencias que albergaban a mi compañía, vi que en la puerta me esperaba Ulf con una sonrisa de oreja a oreja. Lo miré con tristeza, a lo cual mi amigo me reprendió con falso enojo: “¡A alegrar esa cara Thorvald, que os tengo noticias de casa!”.

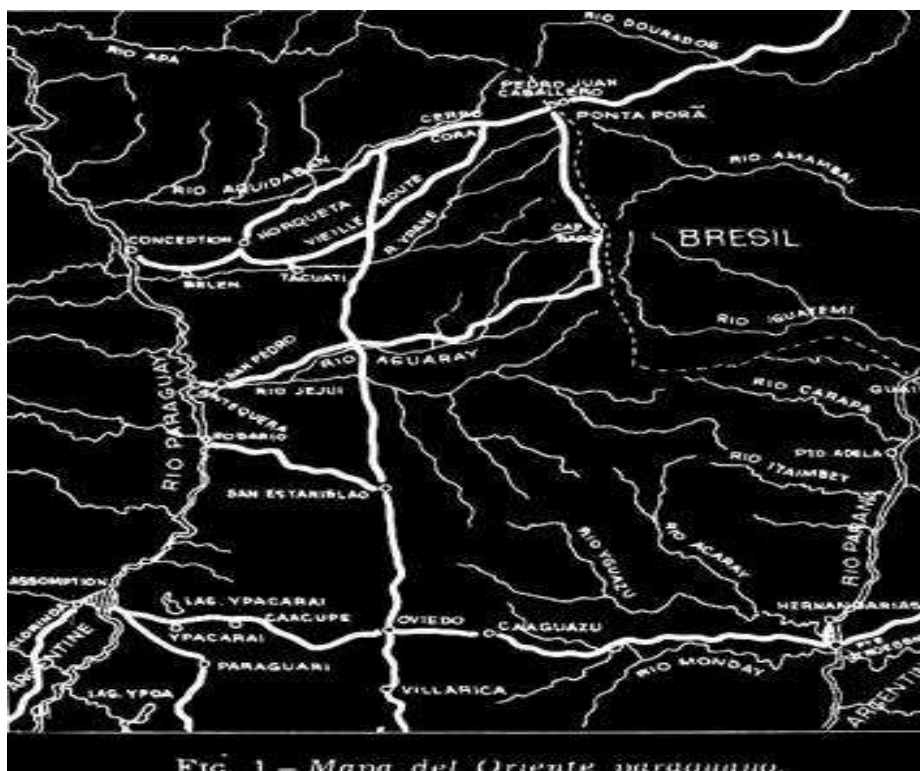
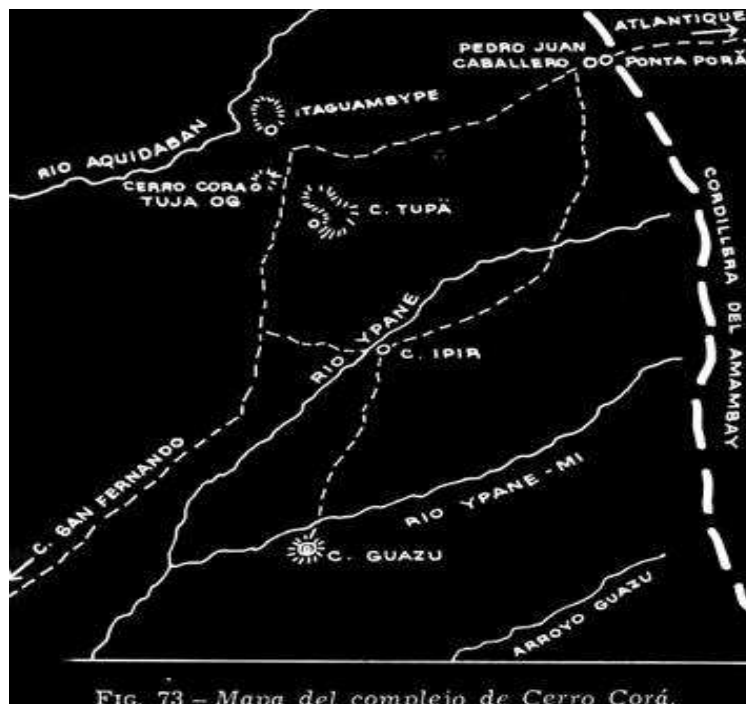
-“Maud” -Balbuceé- “¿Ella está bien?”.

-Ulf me miró con picardía diciéndome: Los dos están bien. Acaba de llegar el mensaje de que eres padre de un varón, tal como lo predijo Askeil. ¡Felicidades amigo!, y fue el primero que me abrazó de muchos que quisieron congratularme por tan buena noticia en días de pesar y muerte.

-“¿Podría ser casualidad todo esto, Vaemond? Os repito que me niego a creerlo”.

Fin primo liber de la Edda de Thorvald Blikif de Uppasala

Mapas de las comarcas de “El cerrojo del Amambay”.



Mapas extraídos del libro-**“El rey vikingo del Paraguay”** (título traducido del francés) / Jacques de Mahieu , editorial Hachette, 1979. Probablemente dibujos del mismo autor

Bibliografía

- “El rey vikingo del Paraguay”** (título traducido del francés) / Jacques de Mahieu, editorial Hachette, 1979.
- “El gran viaje del dios-sol”** (título traducido del francés) / Jacques de Mahieu, París, 1971.
- “La agonía del dios-sol”** (título traducido del francés) / Jacques de Mahieu, París, 1974.
- “Drakkares en el amazonas”** (título traducido del francés) / Jacques de Mahieu, París, 1977.
- “La geografía secreta de América antes de Colón”** (título traducido del francés) / Jacques de Mahieu, París, 1979
- “Historia de la compañía de Jesús en la provincia del Paraguay”**/ Pedro Lozano, Madrid 1754-1755.
- “Wahrhafftige historien einer wunderbaren shiffart”**/ facsímil del a segundo edición de Hulsius 1602, Graz 1962.
- “Los precursores de Colón”**/ Arthur Ponansky, Buenos Aires, 1933.
- “Antiga história do Brasil”** /Ludwig Schwennhagen / Teresina, 1928.
- “History of the northmen or danes and norman”** / Henry Weathon, London, John Murray printed, Albermale street, 1831.

-www.jacquesdemahieu.com

-www.planetarios.com

